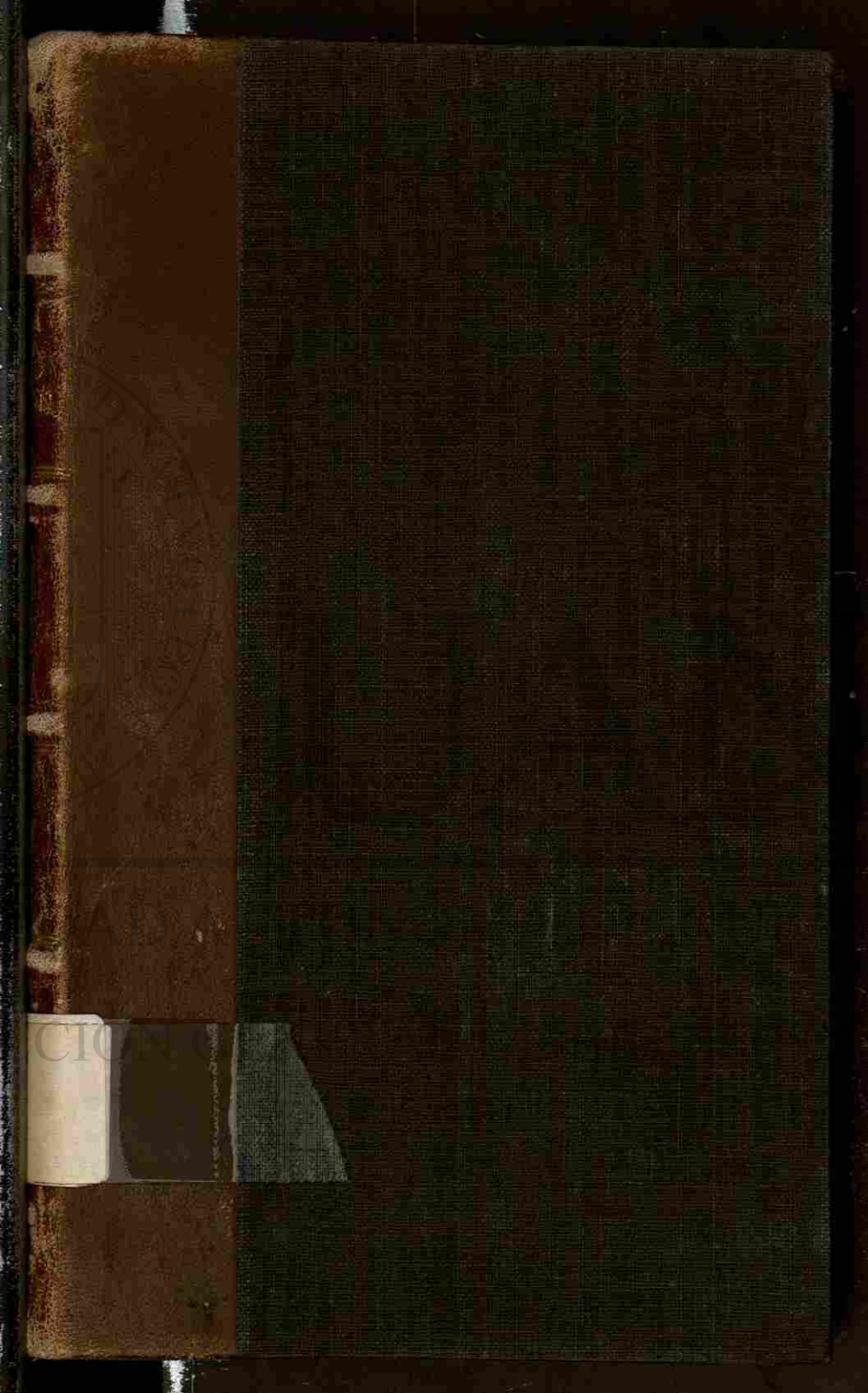




ORVINS

STORIA

DE

POLE

I

TOMO II

DC203

N67

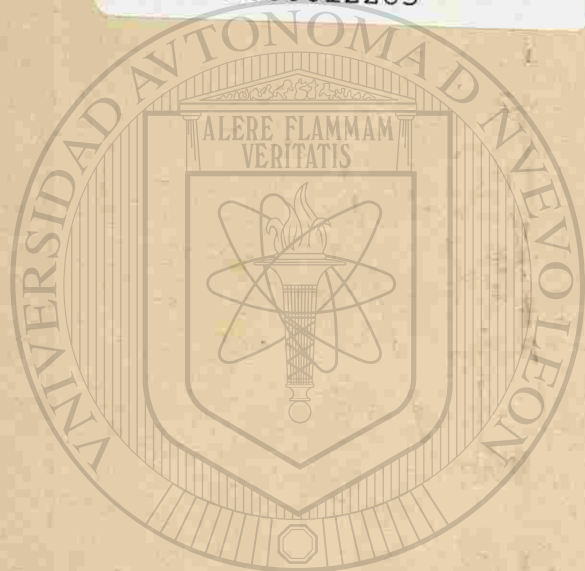
v. 1

t. 2

R. C.



1080012285

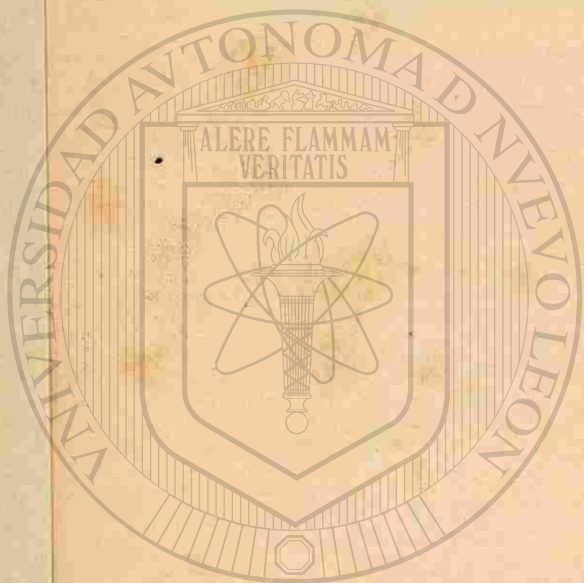


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





HISTORIA

DE

NAPOLEON

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



HISTORIA
DE
NAPOLEON

FOR
M. DE NORVINS.

TOMO SEGUNDO.

*
PRIMERA PARTE.
*

PARIS. — IMPRENTA DE J. TASTU,
CALLE VAUGIRARD, N. 36.

PARIS
DUREY, LIBRERO-EDITOR,
CALLE DE SAVOIE, N. 14;
LIBRERIA AMERICANA,
CALLE DEL TEMPLE, N. 69.

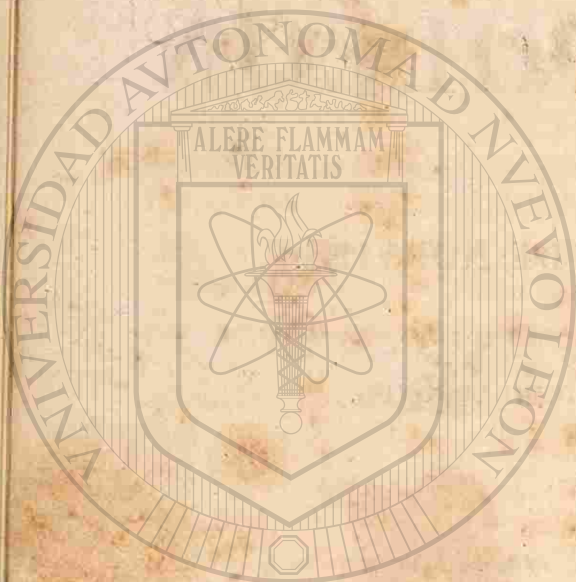
1829

DC203

N67

v.1

+2



FONDO HISTÓRICO
R. CARDO COVARRUBIAS

156546

HISTORIA DE NAPOLEON.

LIBRO QUINTO.

GOBIERNO DIRECTORIAL.

CAPITULO PRIMERO.

JORNADAS DEL 18 Y DEL 19 BRUMARIO AÑO VIII.

(9 y 10 de noviembre de 1799.)

El general Bonaparte fue recibido al desembarcar en Frejus con un entusiasmo inaudito que le sorprendió; esta exaltación del público tenía un carácter diverso de la que había producido la gloria del héroe de la Italia, pues la muchedumbre no saludaba al vencedor

TOMO II.

de los Turcos , al conquistador del Egypto , sino al LIBERTADOR de la Francia. Esta voz fue un oráculo , y desde aquel momento conoció todo el favor de la fortuna , que volvía á llevarle á su patria. ¿ Pero qué era Frejus con respecto á la capital? ¿ Qué eran los habitantes de aquella pequeña ciudad de marineros en comparacion del pueblo de la gran ciudad , que habia proclamado todos los fastos de la revolucion , de aquel pueblo que autor , testigo y víctima de sus tempestades , sobrevivía con el privilegio de prescribir ó de dispensar los triunfos? Bonaparte , *el egipcio* , no podia temer en Paris los recuerdos del 13 vendemiaire , brillantemente amnistiados por los trofeos de Bonaparte *el italiano*. Sin embargo , como en aquella época los Parisienses no estaban aun hartos de victorias , Bonaparte tuvo por conveniente hacerse preceder por el boletin de la batalla de Aboukir , que le presentaba cubierto de las palmas del Oriente.

Al pasar por la isla de Córcega , y despues al desembarcar en Frejus , pudo enterarse del estado fatal en que se hallaba la Francia , que le habia sido indicado en Egypto por los diarios de Francfort. Los Chuanes asolaban la

Bretaña con sus robos y sus crueldades; la guerra civil, encendida con un nuevo furor en el Oeste, iba cundiendo por el departamento del Eure hasta las inmediaciones de Paris; y hacia el Mediodia, amenazaba invadir á Burdeos y á Tolosa. La Italia entera gemia bajo el yugo de los Austro-Rusos, sus nuevos dueños. Joubert, enviado á ese pais por el partido de Sieyes , por adquirir, á la cabeza del ejército y por sus hazañas, la importancia y la popularidad necesarias para un gran papel político que se le destinaba, habia muerto en la batalla de Novi. Bonaparte discurrió que volvía á aparecer en el momento crítico , no para vengar á Joubert ó al Directorio, sino para volver á hacerse dueño de la cuna de su grandeza. Esta conquista le lisonjeaba tanto mas, cuanto Mas-sena, el hombre de todas las victorias de Italia, habiendo destruido en Suiza el último cuerpo del ejército de Suwarow, podía volverse á hallar todavía , como en 1796 , cara á cara con el Austria sola , y esperaba poder dictar la paz otra vez á su alvedrío. Pero lo que sobre todo llamó la atencion de Bonaparte , fue ver al Directorio caido en tal desprecio á los ojos de la Francia, que ni siquiera se le agradecian

los sucesos de Massena en Italia, y de Brune en Irlanda, y todo el lustre de las victorias de Zurich y de Bergen redundaba únicamente en beneficio de estos dos generales.

Bonaparte dió el primer ejemplar de aquella propiedad de la gloria; pero hasta entonces, ningun otro, sino él, habia podido hacerse independiente del favor ó de la desgracia de los gefes del Estado. Cuando vió que Massena y Brune se hallaban por la fuerza de las circunstancias admitidos á disfrutar la misma prerogativa, juzgó que la hora del Directorio y la suya propia habian llegado; sin duda no hay señal mas infalible y mas enérgica de la decadencia de un gobierno que esta parcialidad pública, que no solo atiende á las desgracias y á las adversidades.

El 9 de octubre, á las seis de la tarde, Bonaparte salió para Paris con Berthier, su gefe de estado mayor perpétuo. Desde Frejus á la capital su marcha fue un triunfo continuo. En Aix, Aviñon, Valencia, Viena, y sobre todo en Leon, fue recibido con honores extraordinarios y casi soberanos. Las fiestas y los regocijos públicos iban sucediéndose de trecho en trecho, y tanto las autoridades como el pueblo

manifestaban un júbilo extremado. No le pudo quedar duda de que la Francia, como si hubiese adivinado el porvenir, le miraba como á su libertador. Admitió estos presagios de suceso, y llegó el 16 á Paris, no solo sin el menor remordimiento de haber abandonado el mando de Egypto; pero bien convencido de que no habia hecho sino obedecer á la voluntad nacional. El Directorio solo instruido por la Fama, y testigo del entusiasmo que excitaba la presencia de Bonaparte, estaba tan ciego y tan confiado en lo que los políticos llaman el estado de posesion, que no cobró recelo ninguno de la manifestacion de la opinion pública, y se dispuso tambien á festejar á su desertor de Egypto.

Despues de la muerte de Joubert, y á la vuelta á Paris de Moreau que acababa de ilustrarse con haberse puesto á la cabeza de nuestro ejército empenado en una accion terrible con los Rusos, Sieyes y sus amigos habian dirigido sus miradas hácia este general. Pero Moreau, habiendo oido la noticia del desembarco de Bonaparte, dijo á los directores. «Ya no os hago falta; he aquí el hombre que necesitais para un movimiento; dirigios á él.»

Estas palabras de Moreau dan la medida de las combinaciones estrechas del Directorio que creia volver á cubrir el crédito y la fuerza con obrar un *movimiento*; prueban tambien que Moreau no penetraba mejor que los gobernantes las consecuencias inevitables de esta llegada tan imprevista de Bonaparte. El Directorio encharcado en las sendas de la revolucion no sabia lo que todo el mundo sentia en Paris; ignoraba cuanto se decia en las reuniones públicas y particulares, y no veia que se presentaba un partido nuevo que iba á dominar á todos los demas. Este partido era el ejército, que habiendo aparecido solemnemente el 18 fructidor sobre el teatro político, se disponia á aprovechar el ascendiente funesto que se le habia dado imprudentemente en aquella época. El vencedor de Tolon, de Vendemiaire, de Italia y de Egipto, era el representante de aquel partido, el único temible en adelante. Seguramente el atrevido violador de los reglamentos de sanidad no habia quebrantado aun todas las leyes militares y civiles para venir á ofrecer su apoyo al Directorio.

Bonaparte juzgó muy bien el efecto produ-

cido por el boletin de Aboukir sobre los habitantes de la capital. En todos los teatros se dió aviso de su llegada como de una prosperidad pública. Esta circunstancia sola bastaba para determinarle. Conoció que Paris entraba en su secreto y en sus esperanzas. En efecto, fue acogido por una conspiracion general y rodeado de repente de amistades y de intereses imprevistos. Al dia siguiente, 17 de octubre, fue al Luxemburgo donde expuso, en session particular, la situacion del Egipto; declaró á los directores, que habiendo sabido las desgracias de la Francia, habia venido únicamente á defenderla. Juró sobre la espada que su venida no tenia otro motivo, y que por su parte no tenia ninguna otra intencion.

Bonaparte, pues, no se hallaba autorizado por sus instrucciones á abandonar el Egipto, cuando lo tuviese por conveniente; así debe mirarse como una fábula el supuesto parte del Directorio que le llamaba. Los cinco directores, divididos, no en tres facciones, sin en tres intrigas, admitieron cada uno por sí este juramento militar. Con todo, queriendo evitar sospechas ó el decidirse por uno ó por otro, Bonaparte siguió el género de vida retirada,

que habia adoptado en otras circunstancias. Se presentaba muy poco en público, y cuando iba al teatro siempre se colocaba en un palco cerrado, trataba únicamente con algunos sabios, y solo admitió los convites de los directores en clase de particulares. Sin embargo, no pudo negarse al banquete que le ofrecieron los dos consejos en el templo de la Victoria (iglesia de San Sulpicio); pero apenas estuvo un momento en aquella especie de fiesta de donde salió con Moreau.

Paris miraba con cierto respeto esta soledad de Bonaparte despues de sus hazañas gloriosas; y la opinion pública discurría que alguna combinacion de estado del mas grande interes ocupaba incesantemente el pensamiento del héroe. El público raras veces se equivoca sobre los acontecimientos que estan por estallar, y en esta circunstancia, tenia para no equivocarse un motivo poderoso que era su propia participacion á la conspiracion contra el Directorio. Aunque Bonaparte no hubiese venido de Egypto con el plan formado de mudar el gobierno de la Francia y ponerse á la cabeza de los negocios, la opinion pública le hubiera obligado á hacerlo. El estado verda-

dero de las cosas le fue descubierto por unos observadores expertos, cuales eran, Cambaceres, Rœderer, Real, Regnault de San Juan de Angely, Boulay del Meurthe, Daunou, Chenier, Maret, Semonville, Murat, Bruix, Talleyrand y Fouché de Nantes. Todos instaban á Bonaparte para que se pudiese á la cabeza, no de un movimiento, sino de una revolucion. He aquí el estado de los partidos que era preciso ó abrazar ó combatir en el interior. Jourdan, Augereau y Bernardotte figuraban entre los principales de la faccion democrática, conocida bajo el nombre del *Picadero*. Esta faccion que tenia relaciones con los directores Moulins y Gohier, presidente por entonces del Directorio, se componia de los revolucionarios republicanos. Se hicieron confidencias á Bonaparte por este partido; las admitió, y aparentemente entraba en los planes de Gohier y de Moulins. Sieyes dirigia á los políticos y á los moderados que tenían asiento en el consejo de los ancianos. Proponia á Bonaparte la ejecucion de un golpe de estado, meditado muy de antemano, y le presentaba una constitucion, silenciosamente redactada. Roger Ducos, la sombra de Sieyes,

se hallaba siempre comprendido de derecho en todas las opiniones de su colega. En cuanto á Barras, colocado á la cabeza de los especuladores, y de los hombres de placer, era un ambicioso de serrallo, único de su clase en el Directorio; estaba titubeando entre los dos partidos, deseando deshacerse de uno y de otro. Este era el motivo de la acogida que hizo á Bonaparte, que le llamaba *gefede los podridos*. Existia un cuarto partido, compuesto de los consejeros de Bonaparte, que rechazaban igualmente á la demagogia de Gohier, á la metafísica de Sieyes y á la corrupcion de Barras. Entre ellos figuraba Fouché, entonces ministro de la policía del Directorio. Se habia separado de los republicanos, sus primeros amigos, y á la llegada de Bonaparte, empezó con el Directorio á poner en obra el sistema, que ha seguido constantemente con todos los gobiernos que ha habido en Francia. Sus servicios fueron admitidos porque se hallaba en situacion de perjudicar al general; fue preciso recibir las proposiciones de Fouché como una necesidad. Pero como en aquel mismo momento estaba vendiendo al gobierno, su posicion era peligrosa, así es que tuvo que

contentarse con ser oído, y la confianza no pasó mas adelante. Bonaparte acogia asimismo los avisos y las instancias de otro ministro que su desgracia reciente, causada por el influjo *del Picadero*, incitaba á tomar un color mas franco, y á lograr mas crédito que Fouché. Este ex-ministro era el ciudadano Talleyrand-Perigord; ninguna fidelidad debia al Directorio, y por sus antecedentes, y la naturaleza de su espíritu, tenia sin duda mas razon que el revolucionario Fouché de estar disgustado con la República y sus gobernantes. Reinaba mucha division entre estos últimos. Trabajaban separadamente y con ardor acerca de Bonaparte á la destruccion de su propio poder. Tal es el boletin conocido de las conspiraciones. Pero la que dirigia Bonaparte atraia á todas las demas, lo mismo que un planeta atrae á sus satélites.

Bonaparte estaba resuelto á disolver el Directorio; pero no queria fuese por medio de una revolucion, sino por una mudanza, como lo habia propuesto inútilmente con respecto á la Suiza y á los Estados pontificales antes de salir para Egypto. Bonaparte era aficionado á la guerra, y el menor tumulto popular le hor-

rorizaba. Para lograr sus fines existia un camino constitucional indicado por Sieyes y por el artículo III de la constitucion, que atribuia al consejo de los ancianos el poder de trasladar los dos consejos fuera de la capital. Con esta medida legal, el Directorio se hallaba aislado. Bonaparte discurrió que el momento de entenderse con Sieyes habia llegado, en razon del influjo inmenso de este director sobre el consejo de los ancianos. Bonaparte le conocia desde mucho tiempo, y se inclinaba á entenderse con él; sin embargo los amigos del general le instaban que se viese con Barras; comió con este director el 30. Despues de la comida, Barras le dió á conocer que deseaba retirarse, y que era necesario dar á la Francia otra forma de gobierno. Segun él, el general Hedouville era el único que conviniese para la presidencia de la nueva república. La confianza era poco diestra. El nombre de Hedouville ocultaba el de Barras, que pudo conocer por una mirada de Bonaparte que éste le habia adivinado. Dejó á Barras irritado de que el director hubiese querido burlarle y fue inmediatamente á verse con Sieyes, con quien no tardó mucho en componerse. Quedó

convenido que Sieyes procuraria decidir al consejo de los ancianos á tomar la resolucion autorizada por la constitucion, y que, si fuese menester, Bonaparte apoyaria con la fuerza militar la decision de aquel consejo. Los dos conspiradores acordaron la ejecucion de la empresa, para desde el 15 hasta el 20 de brumaire (6 á 11 de noviembre 1799). Por la mañana siguiente, Barras, á quien sus amigos reconviniéron sobre su conversacion de la víspera, vino á ofrecer á Bonaparte tomar parte en los acontecimientos que se estaban preparando, y acabó con ponerse á la disposicion del solo hombre que, segun decia, podia salvar la Francia. Era difícil abdicar con mas franqueza. Bonaparte se mostró menos confiado que Barras, á quien contestó alegando su salud quebrantada, que le obligaba á buscar el descanso. Se advirtió desde aquel momento que Sieyes tomaba lecciones de montar á caballo. Esta noticia sirvió de diversion á la capital, y particularmente á Barras que se burlaba diariamente de su colega.

La guarnicion de Paris, compuesta de soldados que habian servido en Italia, ó que se habian hallado bajo las órdenes de Bonaparte

en la jornada del 13 vendemiaire, los gefes de la guardia nacional nombrados por él, en aquella época, en que era general en jefe del ejército del interior, y la mayor parte del estado mayor de la plaza, habian pedido el favor de ser presentados al vencedor de Egipto, desde el momento de su llegada á Paris; tres regimientos de dragones solicitaban con ardor el que les pasase revista. El general, temiendo afectar la popularidad militar, usaba dilaciones con ellos, por no dar sospechas al ministro de la guerra, Dubois de Crancé, su enemigo personal, y uno de los individuos *del Picadero*; pero el 15, en una última conferencia entre Bonaparte y Sieyès, la ejecucion de la revolucion meditada quedó fijada para el 18 brumaire (9 de noviembre); los oficiales de la guarnicion fueron citados á las siete de la mañana, para hallarse al anochechar en casa del general. En cuanto á las tropas, los generales Murat, Lannes, Leclerc, cuñado de Bonaparte, y los coroneles, entre ellos Sebastiani, que mandaba el 3º de dragones, se encargaron de disponer á sus oficiales á seguir la nueva bandera. Cada regimiento conoció en la noche del 17 al 18 su orden de

movimiento, los gefes solos sabian para y porque se movian. Bonaparte habia llamado á Sebastiani, su amigo y su compatriota, y despues de haberle enterado de los proyectos del dia siguiente, le dió el encargo de asegurarse de su regimiento, y de dividirlo en dos partes; seiscientos hombres de á pie habian de tomar posicion, el 18 á las siete de la mañana, en la calle real y sobre la plaza de Luis XV, sin comunicar absolutamente con nadie. Sebastiani debia despues ir á casa de Bonaparte con cuatrocientos caballos, ocupar las avenidas de la casa hasta la calle de Montblanc, y mandar á sus centinelas dejar entrar á todos los militares que se presentasen sin permitir la salida á cualquiera persona que fuese. Esta orden se cumplió. El gefe de escuadron Letort quedó con el mando de los dragones de á pie, y el gefe de escuadron Maupetit de los de á caballo. El 18 á las seis de la mañana las tropas estaban en los puestos indicados.

El ministro de la guerra, Dubois de Crancé no habia podido ignorar el movimiento militar que se estaba ejecutando, desde algunos dias, en los cuarteles y entre los oficiales, á

favor del general Bonaparte, tuvo pruebas positivas del plan formado de seducir la guarnición de París, y de emplearla para una revolución contra el gobierno. El 17 fue al Luxembourg, y avisó á Gohier, presidente del Directorio, ofreciéndole mandar arrestar á Bonaparte el día siguiente, enmedio de la ejecución de su proyecto. Pero los directores, que descansaban sobre los informes de Fouché, y sobre los sentimientos de amistad que Bonaparte les habia constantemente manifestado desde su vuelta, Gohier particularmente, con quien Bonaparte contemplaba mucho mas que con los otros, con el motivo de su influjo sobre los repúblicanos, no quisieron admitir la propuesta del ministro, y se quedaron en una ignorancia completa de lo que pasaba sobre la orilla del Sena. Entretanto, Dubois de Crancé, que no queria quedar sorprendido del todo en el caso en que el Directorio despertase, mandó detener todas las tropas en sus cuarteles. El coronel Sebastiani recibió el 18 á las seis de la mañana la orden de ir al ministerio, en el momento mismo en que montaba á caballo con sus dragones. Sebastiani puso la orden en su faltriquera, y llegó con cuatrocientos caballos

á casa de Bonaparte. El general le encargó que convidase á todos sus oficiales á almorzar. Al paso que iba á cumplir con su encargo, encontró al general Lefebvre, comandante de París, que venia en coche, y que le preguntó con severidad, que quien le habia dado la orden de montar á caballo con su regimiento. « El general Bonaparte os lo dirá, » contestó Sebastiani. Lefebvre mandó al cochero volver á su casa. Entonces Sebastiani le notificó la orden que tenia, y aconsejó á Lefebvre que viese á Bonaparte y se entendiese con él. Lefebvre, viendo la imposibilidad del paso, consintió y entró en casa de Bonaparte, á quien preguntó la causa de aquel movimiento de tropas reconvinéndole con violencia. Luego que dejó de hablar, Bonaparte le dijo con serenidad: « General Lefebvre, sois una de las columnas de la República; hoy quiero salvarla con vuestro auxilio y libertarla de los abogados que echan á perder á nuestra hermosa Francia; he aquí el motivo, por el cual os he rogado venir á mi casa esta mañana. » — « Los abogados, contestó el general Lefebvre, sí, teneis razon, es preciso echarlos; podeis contar conmigo. » Así se acabó esta aventura, que hubiera po-

dido tener consecuencias muy serias, siendo tan importante para Bonaparte tener de su parte al comandante de Paris. Luego despues, se presentaron en gran número los generales y oficiales, que despues de algunos dias se habian declarado á favor del contrario del Directorio. Entre ellos estaba Moreau, que se entregó enteramente á Bonaparte. Este temia á Bernadotte, gefe el mas peligroso del partido *del Picadero*; encargó á su hermano José que le entretuviese toda la mañana, y le hiciese almorzar con él. Siempre vigilante, y no olvidándose de nada, quiso tambien asegurarse del presidente del Directorio, y le convidó á comer para el mismo dia de la ejecucion, y para que Gohier no se hallase en situacion de oponer alguna resistencia, luego que llegase á saber la decision del consejo de los ancianos, madama Bonaparte envió á su hijo Eugenio á convidar al director y á su esposa á que viniesen á almorzar con ella á las ocho de la mañana. Gohier no vino, pero sí su esposa. Entretanto, y sin que el Directorio supiese nada, los individuos del consejo de los ancianos, que estaban enterados de la conspiracion, habian sido convocados extraordinariamente desde las

cinco de la mañana. El general Bonaparte se hallaba ya rodeado de casi todos los militares que estaban en Paris, cuando el diputado Cornet vino á traerle el decreto que le ponía á la cabeza del ejército, y mandaba la traslacion de los dos consejos á San Cloud. Si se ha de repartir con justicia á cada uno la parte que le corresponde en este gran drama, es menester confesar que sin el decreto del consejo de los ancianos, el general Bonaparte no hubiera podido ejecutar sus proyectos, ni mudar la forma de gobierno en veinte y cuatro horas, sin correr los lances tumultuosos de una revolucion enmedio de la capital. Este decreto no legitimaba lo que iba á acontecer militarmente; pero lo autorizaba. El centro, el foco y el apoyo indispensable de la conspiracion existian en el consejo de los ancianos.

Fouché, que no habia tenido parte en la direccion del plan concertado, se resarcia con espiar á los dos partidos. Supo, antes que nadie, que Gohier no habia hecho caso de los avisos de Dubois de Crancé y lo hizo saber á Bonaparte. Supo tambien el primero, el decreto de los ancianos, y se dió prisa en avisar al general antes que Cornet, presidente de

aquella asamblea, viniese á notificárselo. Entonces, no pudiendo contener su celo, ó mas bien aprovechando una ocasion de manifestar mucho celo, confesó á Bonaparte que habia mandado cerrar las barreras de Paris y detener la salida de los correos y diligencias. Fouché no se habia olvidado de los medios revolucionarios; Bonaparte se contentó con decirle: « Los valientes y los ciudadanos que me » rodean en gran número, os dan á conocer » que voy de acuerdo con la nacion. Sabré ha- » cer respetar el decreto del consejo y afian- » zar la seguridad pública.» Fouché salió para publicar una proclama que tenia preparada á favor de la nueva revolucion, y luego fue al Luxembourg á dar parte al Directorio de la resolucion del consejo de los ancianos. El presidente Gohier le recibió como merecia. En efecto, era cuando menos inútil que Fouché se presentase á los directores, supuesto que desde la vuelta de Bonaparte no habia cesado de obrar contra ellos por todos los medios que le suministraba la policia. La razon de esta conducta es la siguiente: el proyecto no se habia realizado todavía; se atrevió á decir al presidente que no le habian faltado in-

formes; pero estos informes eran evidentemente falsos, pues este ministro infiel trabajaba contra el Directorio. Añadió que el golpe salia del seno mismo del Directorio, pues Sieyes y Roger Ducos asistian á la comision de los ancianos. « La mayoría está aquí, le con- » testó Gohier con frialdad, y si el Directorio » tiene que dar órdenes, las encargará á perso- » nas dignas de su confianza. »

Gohier tenia razon de hablar de este modo á Fouché; pero no la tenia en esta circunstancia, de no saber conspirar despues de no haber sabido gobernar. No podia ignorar que Bonaparte habia venido para tomar parte en los negocios, supuesto que este general, segun lo dijo Fouché, le habia manifestado el deseo de ser admitido entre los directores, lo que Gohier no quiso proponer bajo el pretexto que no tenia la edad fijada por la constitucion. Lo cierto es que, en esta revolucion, no se hallaban otros hombres capaces, sino los que la ejecutaban, y que un gobierno declarado vacante en su propia capital por la mayoría de sus habitantes y por sus tropas, y que contaba entre sus enemigos á Bonaparte, Moreau, Talleyrand, Fouché, Cambaceres y á todos los

hombres los mas distinguidos y los mas acreditados de aquella época, no podia salvarse y se hacia ridiculo en su caída, que desde quince dias era el secreto de toda la poblacion.

Entretanto el presidente Cornet leia á Bonaparte, en presencia de todos los militares reunidos en su casa, el decreto siguiente:

« El consejo de los ancianos, en virtud de
 » los artículos 102, 103 y 104 de la constitu-
 » cion, decreta lo siguiente: 1º El cuerpo legis-
 » lativo se trasladará á la villa de San Cloud.
 » Los dos consejos celebrarán sus sesiones en
 » las dos alas del palacio. 2º Tendrán que lle-
 » gar para mañana 19 de brumaire á las doce
 » del dia. *Toda continuacion de funciones ó*
 » *de deliberacion queda prohibida en cual-*
 » *quiera otra parte, antes de este término.* 3º El
 » general Bonaparte queda encargado de la
 » ejecucion del presente decreto; tomará to-
 » das las medidas necesarias para la seguridad
 » de la representacion nacional. El general
 » comandante de la 17ª division, la guardia
 » del cuerpo legislativo, las guardias nacio-
 » nales y las tropas de línea, en Paris, en el
 » distrito constitucional, y en toda la extension
 » de la 17ª division, estarán bajo sus órde-

» nes inmediatas y le reconocerán como gene-
 » ral en jefe. Todos los ciudadanos tendrán
 » que auxiliarle siempre que lo pida. 4º El ge-
 » neral Bonaparte está llamado al consejo para
 » recibir una copia del presente decreto,
 » jurar y concertarse con las comisiones de los
 » inspectores de los dos consejos. 5º El pre-
 » sente decreto se pasará inmediatamente al
 » consejo de los quinientos y al Directorio eje-
 » cutivo; se imprimirá, se promulgará y se en-
 » viará con extraordinarios á todas las munici-
 » palidades de la República. »

Tal fue el manifiesto del convenio celebrado entre Bonaparte y Sieyes, en su conferencia del 15, y ejecutado por el consejo de los ancianos.

En seguida, Bonaparte mandó tocar la generala y proclamar el decreto en todos los barrios de Paris. Luego montó á caballo, acompañado de los generales, de los oficiales y de los dragones de Sebastiani, y entró en las Tullerías. Halló á la guardia de los ancianos, que le estaba aguardando, formada en batalla sobre la parte del jardin, que mira al Sena. Llegó al palacio con esta comitiva en medio de las aclamaciones de los soldados y de la poblacion

atraída por la novedad del espectáculo. Se presentó en la sala de las sesiones con su estado mayor, y pronunció el discurso siguiente:

« Ciudadanos, la República estaba pereciendo;
 » lo habeis conocido, y con vuestro decreto
 » acabais de salvarla. Desgraciados de los que
 » buscarán el tumulto y el desorden. Sabré
 » contenerlos con el auxilio de los generales
 » Berthier, Lefebvre, y de mis compañeros de
 » armas. No hay que buscar en lo pasado ejem-
 » plos que podrian detener vuestra marcha.
 » Nada en la historia se parece á los últimos
 » años del siglo décimo-octavo; y tampoco
 » nada en esta época se parece al momento ac-
 » tual. Vuestra prudencia ha expedido este
 » decreto, nuestros brazos sabrán hacerlo
 » ejecutar. Queremos una república fundada
 » sobre la verdadera libertad, sobre la liber-
 » tad civil y sobre la representacion nacional,
 » y lograremos tenerla. Lo juro en mi nombre
 » y en el de mis compañeros de armas. »

Bonaparte recibió las felicitaciones de los individuos presentes del consejo de los ancianos.

El presidente Cornet habia procurado durante la noche anterior formar una mayoría.

Este modo de otorgar la libertad se legalizó luego por las fuerzas militares que el consejo acababa de poner á la disposicion de Bonaparte. Pasó revista á las tropas en el Carrousel, las arengó con la proclama siguiente, que despues se envió á los ejércitos: « Soldados!
 » el decreto extraordinario del consejo de los
 » ancianos está conforme á los artículos 102
 » y 103 del acta constitucional. Me ha encar-
 » gado el mando de la ciudad y del ejército.
 » Le he admitido para auxiliar las medidas
 » que se propone tomar y que todas son en el
 » interes del pueblo. La República está mal
 » gobernada de dos años á esta parte. Habeis
 » esperado que mi vuelta pondria un remedio
 » á tantos males, y la habeis celebrado con
 » una union que me impone unas obligaciones
 » con las que me propongo cumplir. Cumpli-
 » reis con las vuestras y ayudareis á vuestro
 » general con la energía, la firmeza y la cons-
 » tancia que siempre he hallado en vosotros.
 » La libertad, la victoria y la paz volverán
 » á colocar á la República francesa en el rango
 » que ocupaba en la Europa, y que la ineptia
 » ó la traicion solas han podido hacerla per-
 » der. *Viva la República!* » Las tropas contes-

taron con los gritos unánimes de *viva Bonaparte! Viva la República!* Entonces Augereau se presentó á Bonaparte y le dijo: « ¿Cómo es » posible, general, habeis querido hacer un » servicio á la patria, y no habeis llamado » á Augereau? » Con una palabra, Bonaparte le dió á entender que nada se deseaba ni se temia de su parte. El héroe del Directorio, en la jornada del 18 fructidor, no podia ser el hombre de Bonaparte en el 18 brumaire, á mas de que éste no se habia olvidado de que Augereau era uno de los gefes mas acalorados de la sociedad *del Picadero*. La impulsión habia sido dada á la conversion de los militares por el general Moreau, que no participaba de los principios revolucionarios de Augereau.

Diez mil hombres fueron acampados alrededor de las Tullerías bajo las órdenes del general Lefebvre. El mando del Luxembourg pasó á Moreau, que habia ofrecido sus servicios á Bonaparte en clase de edecan. Bonaparte los admitió, y acaso se aprovechó de la ocasion para comprometerle. Lannes tuvo el mando de la guardia del cuerpo legislativo, Marmont el de la artillería y de la Escuela Militar, Berruyer el de los Inválidos; Morand

fue nombrado comandante de Paris y Murat de San Cloud, con el encargo de ocupar militarmente aquel sitio. El general Serrurier con una reserva estaba en la aldea de Pointdujour. El general Andreossy fue nombrado gefe de estado mayor, teniendo bajo sus órdenes á los ayudantes generales Caffarelli y Doucet. El general Lefebvre se quedó con el mando de la 17ª division militar.

Eran ya las once de la mañana, y el Directorio todo lo ignoraba, mientras todo Paris lo sabia, habia mas de dos horas. De repente se halló sin poder, sin guardias y sin relaciones con los consejos, con Bonaparte y con el ejército. Una hora antes, Sieyes, enterado de cuanto pasaba, habia montado á caballo, segun su costumbre, en presencia de Barras, que se burlaba de la poca destreza del nuevo ginete, mientras que éste seguia paso á paso la calle del Bac, dirigiéndose hácia el consejo de los ancianos, donde Roger Ducos llegó un poco mas tarde á pie. Entretanto Barras, Gohier y Moulins, creyendo siempre ser los representantes de la República, llamaron al general Lefebvre, que contestó con el decreto que le ponía y el ejército á la disposicion del general Bonaparte. Los direc-

tores protestaron con violencia contra el decreto de los ancianos; pero Barras adoctrinado por Bruix y por Talleyrand, se hizo cargo de que el reinado del Directorio se había acabado, y quitó la mayoría á sus dos compañeros, dando secretamente su dimision. Luego que supo la resolucion de los ancianos, envió á su secretario Bottot á Bonaparte. Bottot halló al general en la sala de los inspectores del consejo, y cuando empezaba á cumplir con el encargo que tenia, Bonaparte le dijo: « Anunciad á vuestro Barras que ya no quiero oír hablar de él. » Luego alzando la voz pronunció la sentencia de los directores, como si hubieran estado presentes: « ¿Qué habeis hecho de esta Francia que os he dejado tan floreciente? Os he dejado en paz y os hallo en guerra. Os he dejado victoriosos y os hallo desgraciados. Os he dejado los millores de la Italia y he hallado la miseria en todas partes. ¿Qué habeis hecho de cien mil Franceses, á quienes conocia, todos mis compañeros de gloria? Han muerto! Este estado de cosas no puede durar; antes de tres años nos entregaria al despotismo. Pero queremos una república sentada sobre las

» bases de la igualdad, de la moral, de la libertad civil y de la tolerancia política. Con una buena administracion, todos los individuos se olvidarán de las facciones y serán solamente Franceses. Es tiempo por fin que se haga de los defensores de la patria la confianza que se merecen. Si se creyera á algunos facciosos, luego seriamos todos enemigos de la República, nosotros que la hemos mantenido con nuestros trabajos y nuestro valor. No necesitamos de unos hombres mas patriotas que los valientes que han sido mutilados sirviendo á la patria. » Esta última frase anunciaba con bastante claridad bajo que bandera se ponía la libertad.

Dubois de Crancé propuso todavía á los directores Gohier y Moulins arrestar á Bonaparte en el mismo camino de San Cloud; pero el presidente Gohier le contestó: « ¿Cómo es posible que haga una revolucion en San Cloud teniendo yo aquí los sellos de la República? » Entonces Gohier y su colega Moulins vinieron á las Tullerias, y allí, en la sala de la comision de los inspectores de los dos consejos, negaron su consentimiento. Gohier armó una discusion muy viva con Bonaparte,

que la acabó con estas palabras: « *La República está en peligro, es preciso salvarla; así lo quiero.* » En el mismo momento, se anunció que Santerre, pariente de Moulins, procuraba amotinar el arrabal de San Antonio. « *Si se mueve, dijo Bonaparte, le mando fusilar.* » Los dos directores, no sabiendo que hacerse, y no siendo ya nada en el Estado con motivo de la dimision de Barras, volvieron al Luxembourg sin proyecto ninguno, y luego se vieron como detenidos por el general Moreau, que ejecutó las órdenes que tenia con un celo que no se suponía tan ardiente en un republicano tan sincero en apariencia. Podía, como uno de tantos, contentarse con ser testigo; pero quiso ser actor, y desde entonces la opinion se le declaró contraria. Gohier y Moulins, aunque arrestados por Moreau, hallaron facilmente los medios de salir por la tarde del palacio directorial, supuesto que no se deseaba otra cosa. En cuanto á Barras, se alarmó de tal modo, que pidió un pasaporte para Gros-Bois con una escolta. Obtuvo lo uno y lo otro y salió como un preso. Así dió fin el Directorio, y nadie volvió á ocuparse de él. Los acontecimientos del dia siguiente tenían mucha mas

importancia que la caída de aquel débil gobierno, pues interesaban en el primer grado la causa de la libertad, á la que nadie en Paris confundió con el Directorio. Esta primera jornada fue únicamente la jornada de los incautos.

Durante la noche hubo en Paris conciliábulos, y parte de los ancianos que habian tomado parte en la votacion de por la mañana, se espantaron de sus consecuencias probables, y viendo los efectos producidos ya, empezaron un poco tarde á advertir que acababan de nombrar un dictador. Se intentó entre algunos individuos de mas resolucion del partido republicano, organizar un plan de resistencia y oponer Bernadotte á Bonaparte. El plan formado en casa de un diputado de los quinientos, tenia por primer objeto procurar que Bernadotte fuese nombrado por los dos consejos comandante de la guardia. Pero Bonaparte, que todo lo prevenia siempre, habia colocado ya en aquel punto importante á un hombre adicto á su causa. Todo le salió bien, pues el diputado, en cuya casa se habian celebrado las juntas de los descontentos, cobró miedo y denunció el proyecto á Bonaparte.

Durante la misma noche, los partidarios de la nueva revolucion se habían concertado para tener la mayoría en los dos consejos para el día siguiente.

Entre los ancianos, figuraban Regnier, Cornet, Fargues y Lemercier. Entre los quinientos, Luciano Bonaparte, entonces presidente, Boulay del Meurthe, Emilio Gaudin, Chazal y Cabanis. La jornada podía ser mas que tempestuosa, y si Bonaparte no salía triunfante, de cualquier modo que fuese, de los contrarios que le amenazaban, su partido y su persona iban á hallarse de repente expuestos á la fatalidad de una guerra civil ó á la responsabilidad de una conspiracion contra el Estado. Sieyes, que sabia cuán violenta seria la oposicion en el consejo de los quinientos, propuso al general Bonaparte arrestar á unos cuarenta diputados, cuyos nombres le señaló. Pero éste contestó que no habria lucha. « *Mañana lo veremos en San Cloud,* » replicó el político Sieyes. Fouché tambien tenia recelos y pronosticaba que los debates serian violentos, porque la mayoría de los individuos del consejo estaban persuadidos de que se iba á substituir un gobierno militar á la constitucion.

En el consejo de los ancianos al contrario, los enemigos del Directorio formaban la mayoría; pero solo querian una mudanza parcial en el Directorio. Los habitantes de Paris estaban aguardando un grande movimiento; desde la mañana del 19, el camino de San Cloud estuvo cubierto por un sin número de curiosos. Todas las avenidas de aquel pueblo estaban ocupadas por Murat desde la víspera, y presentaba un aspecto enteramente militar.

Los dos consejos se reunieron, á saber: el de los quinientos en el naranjal, y los ancianos en la galeria del palacio; aquellos bajo la presidencia de Luciano Bonaparte, y éstos bajo la de Cornet. En los quinientos, Emilio Gaudin abrió la sesion con un discurso muy diestro; pidió la formacion de una comision encargada de presentar inmediatamente un informe sobre la situacion de la República, y que hasta haberle oido, no se tomase decision ninguna. Boulay de la Meurthe, que sabia de antemano que seria individuo de la comision, tenia el informe pronto. Luego que Gaudin acabó de hablar, los diputados prorrumpieron en gritos de *viva la constitucion! Muera*

el dictador! Delbrel y Grandmaison pidieron que se jurase *constitucion ó muerte*. Los diputados conmovidos y entusiasmados se levantaron en pie, gritando *viva la República!* y juraron individualmente; pero este juramento no se pareció al del *Juego de pelota* en 1789. Con todo, ninguno de los partidarios de Bonaparte tuvo el atrevimiento de resistir al impulso del momento.

En los ancianos, la sesion estaba menos agitada, sea en razon de la edad mas avanzada de los diputados, ó con el motivo del influjo conocido que tenian Bonaparte y Sieyes en el consejo. Sin embargo, á pesar de la falsa declaracion, hecha por Lagarde, secretario del Directorio, de que todos los directores habian renunciado, hubo mayoría para reemplazarlos segun lo prevenia la constitucion. En el mismo instante, Bonaparte, viendo el peligro, discurrió que habia llegado el momento de presentarse. Atravesó la sala de Marte, acompañado de sus edecanes, y apareció de repente en medio del consejo de los ancianos. Es de notar que la víspera, cuando vino á recibir en la sesion de este consejo el decreto que le daba el mando de las fuerzas de la República,

habia evitado prestar el juramento en su nueva calidad.

Despues de haber entrado, pronunció un discurso sobre los peligros actuales y sobre sus propias intenciones: « Se habla de un César, dijo, de un nuevo Cromwell, y se es-
» parece la voz de que quiero establecer un go-
» bierno militar.... Si hubiese querido usurpar
» la autoridad suprema, no hubiera necesitado
» de la autorizacion del Senado; mas de una
» vez, y en circunstancias muy favorables, he
» sido llamado por los votos de la nacion y de
» mis compañeros, de estos compañeros, á
» quienes se ha maltratado tanto desde que no
» estan bajo mis órdenes..... El consejo de los
» ancianos se halla ejerciendo un gran poder;
» su prudencia y su sabiduría son aun mayo-
» res. Consultadlas únicamente; prevenid
» los disturbios, y cuidemos de no perder la
» libertad y la igualdad, que nos ha costado
» tantos sacrificios. » Y *la constitucion!* exclamó el diputado Linglet. « La constitucion,
» contestó Bonaparte con violencia, la consti-
» tucion! cómo os atreveis á invocarla! La vio-
» lasteis el 18 fructidor, el 22 floreal, el 30 prai-
» rial; en su nombre habeis violado todos los

» derechos del pueblo; fundaremos, á pesar
 » vuestro, la libertad y la república. Luego
 » que hayan pasado los peligros que me han
 » hecho conferir poderes extraordinarios re-
 » nunciaré estos poderes.» Y ¿cuáles son estos
 » peligros? preguntaron algunos; que Bona-
 » parte nos los explique. « Si me he de expli-
 » car enteramente, contestó éste, si se han de
 » nombrar á los individuos, los nombraré. Diré
 » que los directores Barras y Moulins me han
 » propuesto ellos mismos derribar al gobierno.
 » Solo he contado con el consejo de los ancia-
 » nos, y no con el de los quinientos, en donde
 » se hallan algunos individuos que quisieran
 » renovar la convencion, volver á levantar los
 » cadalsos, y restablecer los comités revolu-
 » cionarios.... Voy allá; y si algun orador, pa-
 » gado por el extranjero, hablase de ponerme
 » fuera de la ley, que tema de dar este de-
 » creto contra sí mismo. Si me quieren poner
 » fuera de la ley, á vosotros apelo mis valien-
 » tes compañeros de armas, á vosotros mis
 » valientes soldados á quienes he conducido
 » tantas veces á la victoria, á vosotros valien-
 » tes defensores de la República que habeis
 » acometido tantos peligros conmigo para

» asegurar la libertad y la igualdad. Amigos
 » míos verdaderos, me entrego á vuestro valor
 » y á mi fortuna! » Despues de esta arenga,
 » cuya impresion sobre las tropas no podia ser
 » dudosa, el grito de viva Bonaparte salió de
 » todas las bocas. El triunfo de la nueva revo-
 » lucion quedaba asegurado en el consejo de los
 » ancianos de donde Bonaparte salió para en-
 » sayar la conquista difícil del consejo de los
 » quinientos.

La mayor efervescencia estaba reinando en
 » aquel consejo, que se hallaba tan distante de
 » estar enterado de los proyectos de Bonaparte,
 » que acababa de decretar un mensaje al Di-
 » rectorio, que ya no existia. Los ancianos en-
 » viaron á los quinientos la dimision del direc-
 » tor Barras, en el momento mismo en que un di-
 » putado pedia que se les pidiese el motivo de la
 » traslacion en San Cloud, y, mientras se estaba
 » discutiendo sobre la legalidad de la dimision,
 » Bonaparte entró con una partida de granade-
 » ros. Al ver entrar á Bonaparte con sus solda-
 » dos, los diputados prorrumpieron en impre-
 » caciones gritando: *Aquí sables! Aquí hom-
 » bres armados! Muera el dictador! Fuera de
 » la ley el nuevo Cromwell! Para eso vencisteis,*

exclamó Destrem. Bigonet se acercó á Bonaparte y le dijo: *Qué haceis temerario! Retiraos. Estais violando el santuario de las leyes.* Entretanto Bonaparte llegaba hasta la tribuna, á pesar de la mas fuerte oposicion; quiso hablar; pero su voz fue ahogada por los gritos, mil veces repetidos, de *viva la constitucion! Viva la República! Fuera de la ley el dictador!* Varios diputados enfurecidos se dirigieron á él, y entre ellos su compatriota Arena le dijo: *Quieres hacer la guerra á tu patria!*

Bonaparte entonces creyó que se le queria quitar la vida, y no pudo proferir ni una palabra. Al instante, los granaderos avanzaron hasta la tribuna gritando: *Salvemos á nuestro general,* y le sacaron fuera de la sala. Se ha dicho que hubo puñales desenvaynados y soldados heridos; pero la opinion pública hizo justicia de esta acusacion infame.

Enmedio de esta escena tumultuosa, Luciano, que presidia, se esforzaba en vano para defender á su hermano, recordando sus numerosos servicios; pidió que se le volviese á llamar para oírle; pero la única respuesta que logró fue un voto de proscripcion. Todos

los diputados se levantaron en pie y gritaron á la vez: *Fuera de la ley! Vótese el decreto contra Bonaparte!*

El mismo Luciano, para obedecer á la asamblea, tenia que poner á votacion el decreto de fuera de la ley contra su hermano; lleno de indignacion abdicó la presidencia, y estaba bajando de la tribuna, cuando una partida de granaderos, enviada por su hermano, se apoderó de él y le sacó de la sala. Entretanto el general habia montado á caballo, habia arengado á los soldados, y estaba aguardando á Luciano para disolver el consejo de los quinientos. Este llega, monta á caballo al lado de su hermano y requiere el socorro de la fuerza para romper la asamblea; dijo á las tropas lo siguiente: «No reconocereis como legisladores » de la Francia, sino á los que se juntarán » conmigo; en cuanto á los que se quedarán » en el naranjal, han de ser echados por fuerza; » esos bergantes ya no son representantes del » pueblo, son los representantes del puñal. » Luciano, con estas palabras, estaba calumniando al consejo. Protegiendo los dias de su hermano, cumplió con la naturaleza; pero no podia sin delito ir mas adelante y despojar de

su verdadero carácter á los mandatarios del pueblo.

Entretanto, Murat, enviado por Bonaparte, entró en la sala de los quinientos á la cabeza de los granaderos, y echó á los diputados á viva fuerza. Estos se escaparon por las ventanas del naranjal, dejando en todas partes, en su fuga precipitada, sus trajes de uniforme. Jamás hubo violacion mas completa de las leyes de un pais. Pero, á mas de que habia para Bonaparte y sus partidarios riesgo de ser proscritos, desgraciadamente el desprecio en que habia caído el Directorio, perjudicaba á la causa de la representacion constitucional, y resultó de la necesidad de atropellar en que se vió el dictador un inconveniente mucho mayor, que fue perderse del todo la causa de la República, por haberse transformado el santuario de las leyes en campo de batalla, y por consiguiente se estableció materialmente la dictadura militar. El 19 brumaire vino á ser el complemento del 9 thermidor con la destruccion de la sociedad *del Picadero*, que era lo único que quedaba del antiguo partido de la Montaña. Sus individuos, desde la muerte de Robespierre, formaban una es-

cepcion temible, una secta sin popularidad. Sin duda, los buenos ciudadanos no los confundian con los verdaderos republicanos; pero no podia negarse á lo menos que, hasta el último momento, los representantes del pueblo no cedieron sino á la fuerza, y que no dieron el ejemplo vergonzoso de renunciar en presencia de las bayonetas. Sin embargo, como podian excitar alguna fermentacion en Paris, Fouché tomó medidas de policía para que se prohibiese la vuelta á la capital á todos los diputados, hasta nueva orden.

Despues de la dispersion de los diputados, el presidente Luciano fue al consejo de los ancianos, donde propuso los medios de componer un nuevo consejo de quinientos, echando á los individuos mas acalorados. La víspera, Sieyes habia propuesto lo mismo, y sus predicciones sobre la resistencia de los quinientos se habian realizado. Se adoptó la proposición de Luciano, llamando á toda prisa á los diputados partidarios de Bonaparte que se habian quedado en el palacio, y esta minoridad se atrevió á decretar que el general Bonaparte con los generales y los soldados que acababan de disolver violentamente á los fieles manda-

tarios del pueblo, *habían merecido bien de la patria.*

Desde aquel día empezó el contrato entre el poder civil y el ejército para la destrucción de la República. El pudor, la religion del juramento y la virtud pública fueron holladas por las resoluciones que dieron la mayor solemnidad al perjurio de una porción de la representación nacional.

El mismo día se promulgó el acta que debía servir de base legal á la nueva revolucion. El Directorio quedó suprimido y reemplazado por una comision consular ejecutiva, compuesta de los ciudadanos Sieyes, Roger Ducos y Bonaparte. Los dos consejos fueron prorogados, y sesenta y dos individuos, entre ellos el general Jourdan, quedaron excluidos. Una comision legislativa de cincuenta personas, elegidas en los dos consejos, tuvo el encargo de preparar una nueva constitucion, cuyas bases, acordadas con Bonaparte, abrian la puerta á una nueva revolucion en la organizacion política de la Francia.

Los cónsules prestaron en el consejo de los ancianos el juramento acostumbrado *á la soberanía del pueblo, á la República una é in-*

divisible, á la libertad, á la igualdad y al sistema representativo, último homenaje á la nacion francesa, que aceptó todas las garantías del juramento, y que las daba aun ella misma.

A las cinco de la mañana, el nuevo gobierno, establecido de este modo, salió de San Cloud, y vino al Luxemburgo á recoger la herencia del Directorio. Al juntarse los tres cónsules, Sieyes preguntó cuál de ellos habia de presidir. « *No veis*, contestó Roger Ducos, *que al general toca presidirnos.* »

Sieyes habia contado con partir el poder con el general. Suponia que Bonaparte se contentaria con el ejército, y que él se quedaria con el poder ejecutivo. Pero en esta primera conferencia quedó tan sorprendido de la sagacidad singular, con la cual su colega discutia las cuestiones mas intrincadas de la política y de la administracion; sintió tan profundamente el ascendiente inevitable de aquel hombre extraordinario, que, al salir, dijo á Talleyrand, Cabanis, Roederer, Chazal y Boulay de la Meurthe, consejeros privados del general para los designios que acababa de ejecutar: *Ahora, señores, tenemos*))

un amo. Todo lo sabe, todo lo hace y todo lo puede.

Así se acabó la famosa revolucion del 18 Brumaire sin derramamiento de sangre y sin tumulto público, enmedio de un pueblo el mas ardiente de la Europa y por el hombre el mas impetuoso que haya señalado la historia.

CAPITULO II.

COMISION CONSULAR EJECUTIVA.

(Del 12 de noviembre al 14 de diciembre de 1799.)

EN su segunda sesion, los cónsules trataron de formar el ministerio. El general Bonaparte debia componerlo de sus amigos, de aquellos que habian tomado parte con mas eficacia en sus proyectos. La secretaría general de la comision ejecutiva, puesto de confianza y de primer orden, fue dada á M. Maret, con el cual Bonaparte habia tenido confianzas políticas y de amistad antes de su salida para Egypto. El empleo equivalia á un ministerio. Berthier, gefe de estado mayor de Italia y de Egypto, obtuvo el ministerio de la guerra, ocupado por Dubois de Crancé, el mismo que habia querido hacer fusilar á Bonaparte. Gaudin fue nombrado ministro de hacienda, en recompensa de su adhesion y de relaciones íntimas. Cambaceres, uno de los primeros á quien Bonaparte llamó á sus conferencias pri-

un amo. Todo lo sabe, todo lo hace y todo lo puede.

Así se acabó la famosa revolucion del 18 Brumaire sin derramamiento de sangre y sin tumulto público, enmedio de un pueblo el mas ardiente de la Europa y por el hombre el mas impetuoso que haya señalado la historia.

CAPITULO II.

COMISION CONSULAR EJECUTIVA.

(Del 12 de noviembre al 14 de diciembre de 1799.)

EN su segunda sesion, los cónsules trataron de formar el ministerio. El general Bonaparte debia componerlo de sus amigos, de aquellos que habian tomado parte con mas eficacia en sus proyectos. La secretaría general de la comision ejecutiva, puesto de confianza y de primer orden, fue dada á M. Maret, con el cual Bonaparte habia tenido confianzas políticas y de amistad antes de su salida para Egypto. El empleo equivalia á un ministerio. Berthier, gefe de estado mayor de Italia y de Egypto, obtuvo el ministerio de la guerra, ocupado por Dubois de Crancé, el mismo que habia querido hacer fusilar á Bonaparte. Gaudin fue nombrado ministro de hacienda, en recompensa de su adhesion y de relaciones íntimas. Cambaceres, uno de los primeros á quien Bonaparte llamó á sus conferencias pri-

vadas á su llegada á Paris, y que le habia servido con eficacia, se quedó con el ministerio de la justicia, que estaba desempeñando. El ingeniero Forfait fue ministro de marina; el ilustre geómetra Laplace de lo interior, y Talleyrand de las relaciones exteriores, bajo el nombre de Reinhard, nombrado temporaneamente. Talleyrand habia sido uno de los gefes principales de la conspiracion, y la habia fomentado como cosa que le era personal. Sieyes propuso á Alquier para la policia; pero Bonaparte, por una resolucion fatal, prefirió á Fouché, el que, en el mismo momento, acababa de vender con tanta audacia al Directorio. El ministerio, por su composicion, presentaba mucha fuerza; reunia al cónsul un sin fin de opiniones opuestas entre sí y empezó la fusion, que mas tarde confundió todos los intereses antiguos con los nuevos y presentó un asilo á los mismos enemigos de la revolucion francesa. Sieyes, dominado por el miedo, que siempre tuvo en el alma, inclinaba todavía hácia el sistema de proscripciones. Este Nestor de la libertad pidió el destierro, sin juicio, de cincuenta y nueve ciudadanos á los desiertos de la Guayana, y á la isla de Oleron.

El decreto, tan impolítico como injusto, se expidió; pero el cónsul Bonaparte, mejor inspirado, detuvo la ejecucion. En esta conducta de Sieyes no se reconoce al legislador profundo, al sabio, cuya ausencia parecia una calamidad pública al orador mas elocuente de la asamblea constituyente. El reinado del supuesto Solon, improvisado por el entusiasmo de Mirabeau, no debia ser muy duradero. Al dia siguiente de la propuesta de Sieyes, dos decretos, revolucionarios en su forma, pero dictados por la razon, revocaron las leyes odiadas de los rehenes y del empréstito forzoso. La opinion pública, que solo miraba al general cónsul, se mostró agradecida por estos dos decretos. La Francia entera no veia en el gobierno sino á Bonaparte. La superioridad y la independencia pertenecian á su carácter y á su destino. La Italia y el Egipto habian dado la prueba de esta doble vocacion, y se manifestó aun mas con el consulado. Jamas magistratura mas hermosa honró á un gran ciudadano. Esta alta dignidad parecia haberse creado de repente, para señalar á la vez el resultado y el término de la revolucion. El pueblo frances, tan feliz cuando goza, y tan poco desgra-

ciado cuando padece, entró con ímpetu en la carrera de la dependencia, y fue, sin saberlo, el móvil principal del poder secreto que fermentaba bajo las insignias de la libertad. Todo concurría, en aquella época tan memorable de nuestra regeneración, á seducir, á consolar y á exaltar la opinión. El traje antiguo de los directores y de los diputados fue reemplazado por el traje nacional. Los gefes los mas valientes volvieron á aparecer á la cabeza de nuestros ejércitos. Moreau mandó el del Rhin y del Danubio; Massena el de Italia. Un negociador salió para Londres, con el fin de arreglar el cange de nuestros prisioneros, abandonados desde tanto tiempo en las cárceles de la Inglaterra. Bonaparte hizo ejecutar su tratado de Malta llamando á Francia á todos los caballeros franceses. Dió el nombre de Joubert al fuerte Lamalgue de Tolon. Unos hombres de la revolución, entre ellos Roederer, pidieron altamente en sus escritos, que se cerrase la lista de los emigrados, y contribuyeron de este modo á que se nombrase una comisión al efecto. Los naufragados de Calais, encerrados desde cuatro años en los calabozos, se vieron, por fin, restituidos á la sociedad. Fouché,

ministro de la policía, siguió el movimiento dado por el cónsul; mudó sus oficiales y echó aparentemente en olvido todas sus amistades revolucionarias. Bonaparte se trasladó personalmente al Temple, para poner en libertad á los rehenes á quienes extendió el beneficio de la amnistía general concedida á los desertores. La balanza sucedió al nivel en los sellos del Estado, lo que era substituir la justicia á la opresión. El sistema de hacienda echó al mismo tiempo los fundamentos del crédito que no han podido derribar las mayores conmociones del orden social. Se puede decir que Bonaparte sacaba la creación de la nada; en efecto, habia sido preciso recurrir al banquero Collot para los gastos de la jornada del 18 brumaire. El erario estaba vacío y acribillado de deudas. Al mismo tiempo la escuela politecnica, establecida por la Convención el 21 de marzo de 1795, recibia tambien una nueva organización. En el origen, la enseñanza se dividia en dos ramos principales: 1º las ciencias matemáticas que comprendian el análisis con las aplicaciones á la geometría, á la mecánica y á la geometría descriptiva: 2º las ciencias físicas, que com-

prendian la física general y la química. Parecía que la Convencion no habia querido formar sino sabios. El cónsul quiso formar sabios militares y administradores, y ademas de los estudios establecidos en la grande escuela bajo los auspicios de Monge, de Berthollet y de Prieur de la Costa de Oro, los alumnos quedaban sujetos á otros cursos de aplicacion para la artillería de tierra y de mar, para los ingenieros militares, para las construcciones marítimas, para las minas y para los ingenieros geógrafos. Bonaparte adivinó cuanto podia hacerse con la juventud francesa; logró darla un carácter sério y meditativo con la nueva disciplina politecnica, y con la que introdujo despues en las escuelas militares y civiles, cuyos profesores eran los consejeros de estado, y de donde salieron tantos hombres distinguidos en los conocimientos de administracion civil, de hacienda, judicial y comercial. La base de la prosperidad de la época que voy á referir, fue del todo matemática. Esta alianza de un grande movimiento con un estudio profundo, le da un carácter original observado por los coetanos. En fin, para consagrar para siempre el consulado y acabar

de conquistar, á los ojos del universo, toda la fama de un grande hombre, dueño de los destinos de su pais, Bonaparte estableció, bajo su direccion inmediata, una comision compuesta de los jurisconsultos mas hábiles para edificar el monumento europeo de nuestras leyes civiles. En la eleccion de los hombres llamados para levantarle, se tomó la fecha de la era actual. Se atendió al talento, no á las opiniones, y el defensor de Luis XVI, Tronchet, tomó asiento al lado del convencional Merlin, para formar el código de la legislacion francesa. Así el primer capitan de la Francia, el gefe y el autor de su regeneracion, adquiria un derecho eterno al agradecimiento de la nacion con este código que basta solo á inmortalizarse. La frente gloriosa de Bonaparte resplandecia con los laúreles de César y de Justiniano. La grandeza de las instituciones justifica la violencia del golpe de estado del 18 brumaire. Solo faltaba al guerrero legislador ser el fundador de un sistema político.

Entretanto, las dos comisiones legislativas se juntaban en el palacio consular para conferenciar en presencia de los cónsules sobre un plan de constitucion. Sieyes habia tomado

parte en la conspiracion con el general Bonaparte, con la esperanza de establecer una forma de gobierno que él mismo habia imaginado. Desenvolvió sucesivamente sus teorías á los ojos de sus colegas y sus bases obtuvieron el consentimiento general. He aquí las principales. Un tribunal de cien individuos que discutía las leyes; un cuerpo legislativo mas numeroso que las admitia ó las desechara por voto individual y sin discusion; en fin un senado á vida con el derecho y la obligacion de conservar la constitucion y las leyes. El gobierno tenia la iniciativa de las leyes y elegia un consejo de estado encargado de arreglar la administracion pública. Quedaba por decidirse una cuestion muy importante para el general Bonaparte. Consistia en el modo de componer el gobierno. Hasta entonces no habia presentado casi ninguna objecion. En fin, Sieyes propuso un grande elector nombrado por el senado para toda su vida, y que despues nombraria á dos cónsules, uno para la paz y otro para la guerra. El grande elector debia residir en Versalles, tener una renta de seis millones de francos y una guardia de tres mil hombres. El senado tenia la facultad de revo-

carlo y de *absorverle* sin dar los motivos. El general Bonaparte solo se acordó de esta última disposicion.

En cuanto á la creacion del grande elector, nadie pudo dudar de que Sieyes habia pensado reservarse este puesto, y esperaba lograrlo por el influjo que tenia en el consejo de los ancianos, cuyos individuos, casi sin excepcion, debian formar el senado. Entonces hubiera nombrado á Bonaparte cónsul de guerra y á Roger Ducos cónsul de paz: mas tarde hubiera procurado hacer *absorver* á los dos cónsules por el senado á la primera ocasion de descontento, y al cabo hubiera reinado.

Bonaparte conoció á la primera palabra cual era el proyecto de Sieyes, y de un rasgo de pluma borró *el grande elector*. La deliberacion siguió acalorada y derribó el plan de Sieyes. Entonces se habló del proyecto de un primer cónsul, gefe supremo del Estado, nombrando á todos los empleos, y de dos cónsules solamente con voz consultativa. Este plan preparado en el consejo secreto del general, encontró la mas viva oposicion de parte de unos hombres que tenian mucho influjo entre los políticos que se habian distinguido en las

asambleas, cuales eran Daunou, Chenier, Chazal y Tourton. Ofrecieron á Bonaparte nombrarle generalísimo con la facultad de tratar con los extranjeros y de hacer la paz y la guerra: « *Soy cónsul*, dijo Bonaparte, *y quiero quedarme en París.* » Chenier insistió con vigor sobre la absorcion en el senado. « *Esto no ha de ser*, exclamó Bonaparte. » Esta contestacion dió fin á la discusion y la propuesta hecha por los amigos de Bonaparte quedó admitida, con solo la modificacion de que el primer cónsul seria nombrado por diez años y podria volver á ser elegido.

De este modo, el senado no siendo la primera institucion, Bonaparte se nombró á sí mismo primer cónsul. Sieyes no quiso ser uno de los otros dos y Roger Ducos hizo lo mismo. Ya se habia provisto á su reemplazo. Cambaceres, ministro de la justicia, y Lebrun, antiguo secretario íntimo del canceller Meaupou, fueron nombrados segundo y tercer cónsules. El general Bonaparte habia apreciado los consejos y las luces del ciudadano Lebrun, en las reuniones que antecedieron al 18 brumaire. Sieyes fue el primero á quien absorvió el Senado, hospicio político que debia servir de

asilo á los veteranos y á los ambiciosos de la revolucion. Fue presidente de aquel cuerpo, y concurrió con Cambaceres y Lebrun á su organizacion. El primer cónsul acabó con la ruina política y con la fortuna prematura de Sieyes, haciéndole dar, bajo el título de recompensa nacional, la tierra de Crosne valuada en un millon de francos.

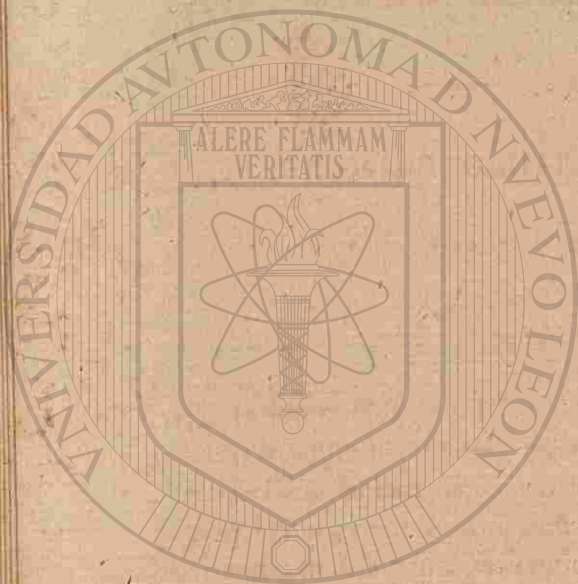
Así dió fin la comision consular ejecutiva, seis semanas despues de haber sido establecida. Entonces, y por la décima vez desde la caida del trono, y en menos de siete años, la nacion experimentó una gran mudanza en su estado interior. El 31 de mayo de 1793 cayeron los Girondinos; el 5 de abril de 1794 los llamados *Cordeliers*; el 28 de julio del mismo año el triunvirato de Robespierre, San Just y Couthon. El 12 germinal (1º de abril de 1795), Barrere, Collot d'Herbois, Billaud Varennes y Vadier fueron sentenciados á la deportacion como individuos del comité de salud pública. El 1º prairial (20 de mayo del mismo año) los Jacobinos experimentaron un tercer destrozo. El 15 vendemiaire (4 de octubre) la Convencion venció á las secciones. El 11 fructidor (4 de septiembre de 1797) estalló la primera re-

volucion en el Directorio. Carnot y Barthelemy fueron desterrados por sus colegas con cincuenta y tres diputados. Los restos de la convencion lograron una victoria el 30 prairial (18 de junio de 1799) con una proscripcion directorial en la que Barras y Sieyes echaron á Merlin de Douai, á Treilhard y á Reveillere Lepaux. El 18 brumaire (10 de noviembre del mismo año), Bonaparte venció al Directorio, á los anarquistas y á los republicanos. En fin, seis semanas despues (el 24 de diciembre), los cónsules Sieyes y Roger Ducos tuvieron que ceder su puesto á Cambaceres y á Lebrun.

La nacion descansó por fin de tantas conmociones. La mudanza de Sieyes y de Roger Ducos le pareció, lo que era en efecto, un arreglo doméstico. Solo miraba entonces, y hasta el fin del consulado al hombre que mandaba, y que la habia libertado de tantos alquimistas revolucionarios. Los errores de la Convencion, las guerras civiles del Directorio, su viciosa administracion, comprobada con la lastimosa situacion del erario en la época del 18 brumaire, su mal gobierno, comprobado tambien por la mala situacion de la República, situacion casi desesperada, á pesar de las victorias

de Brune y de Massena, habian obligado á la Francia, contra su propia voluntad, á desear la autoridad de un solo individuo; pero al mismo tiempo quedaba enteramente republicana. Habia adoptado concenciosamente el sistema democrático, bajo un presidente perpétuo, y acogió á Bonaparte con entusiasmo, porque vió en él á su gran magistrado, al defensor natural de las instituciones patrióticas que la habian costado tanta sangre derramada sobre los cadalsos y en los campos de batalla. Queria sobrevivir íntegra á sus calamidades, y continuar á subsistir como nacion libre, bajo la proteccion del que habia enriquecido con tantos laureles el altar de la patria.

FIN DEL LIBRO QUINTO.



LIBRO SEXTO.

GOBIERNO CONSULAR.

CAPITULO PRIMERO.

CONSTITUCION DEL AÑO VIII.

(1800)

La constitucion del año VIII cerró el siglo décimo-octavo, y Bonaparte entró á reinar. La obra de nuestra organizacion social se completó con un consejo de estado bajo la presidencia del primer cónsul, quien, por una innovacion inesperada, puso su nombre á la cabeza de las actas del gobierno. Este consejo, tanto mas adicto á Bonaparte, cuanto á él solo tocaba revocarle, formaba una excepcion en el órden político y preparaba otros tiempos. Se buscaria en vano en la carta consular los títulos primitivos de la libertad francesa, los derechos del hombre, las asambleas primarias,

la independencia de la tribuna y la de la imprenta. Esta carta fue aceptada conforme habia sido propuesta. Bonaparte otorgó este pacto social en nombre de la República una é indivisible, mientras que estaba todavía sujeto á los votos de la nacion; pero el primer cónsul tuvo la dicha de tener que entenderse con un pueblo tan impaciente como su gefe. Esta disposicion natural de los Franceses fue el grande auxiliar con el cual habia contado á su vuelta de Egipto, y que empleó con tanta destreza durante quince años.

El primer cónsul hallándose con la iniciativa de las leyes y encargado de su ejecucion, asi como de la direccion de toda la administracion interior, del derecho de hacer la paz y la guerra, en una palabra, de todas las atribuciones de la suprema autoridad, heredó en un solo dia á la monarquía y á la República. Una y otra sirvieron de base á su gobierno. Dispuso de las cosas como de los hombres. Dió al senado el palacio del Luxembourg, el palacio real al tribunate, y el palacio Borbon al cuerpo legislativo. El palacio de los reyes sirvió para los cónsules. Una brillante ceremonia, en que se desplegó todo el lujo de la so-

beranía militar, se celebró el dia en que se trasladaron del Luxembourg en donde habian residido hasta entonces, á las Tullerias. En pocos dias se pasó con rapidez de la familiaridad de las sociedades repúblicas del Directorio á la etiqueta de las reuniones del palacio de las Tullerias. Hubo corte en el palacio del primer cónsul. El noble título de ciudadano desapareció de las conversaciones y los trages sin ceremonia fueron desterrados. Cada uno representaba el papel de aprendiz, tanto el amo como los cortesanos. Jamas se vió metamorfosis mas completa. Se acabó con tanta mas rapidez, cuanto las formas exteriores concordaban con las costumbres de la nacion, y sobre todo con las de la capital. Con todo se leía encima de la puerta del palacio consular: «*Libertad, Igualdad, Fraternidad. República francesa una é indivisible:*» y sobre uno de los cuerpos de guardia del Carrousel, antiguamente el de guardias suizas: «*El 10 de agosto de 1792, el poder real fue derribado y nunca volverá á levantarse.*» Tal era el espíritu de aquella época, tan curiosa de observar; el poder se parecia á la igualdad y la obediencia á la libertad.

Al instalarse en la mansion de los monarcas , Bonaparte volvió á poner la monarquía sobre la escena, y acaso entonces su secreto pareció tan bien guardado porque era el secreto de todo el mundo. Así es que al aspecto de esta pompa y de estas costumbres, renovadas de la monarquía, la seducción se apoderó de todos los espíritus, cuyas opiniones inclinaban al sistema real. Los unos se apoyaban sobre la mudanza de dinastía en Inglaterra; los otros, todavía republicanos, recordaban las elecciones de Polonia; otros en fin, partidarios de la casa de Borbon, menos numerosos que los primeros y mas que los segundos, vieron un Monck en Bonaparte, y admitieron con ardor sus recuerdos como esperanzas, y sus deseos como realidades. Un gefe del Vendée, M. Dandigné y M. Hyde de Neuville, presentados de noche al primer cónsul, le ofrecieron auxiliarle con todo el partido realista y del Vendée, con tal que restableciese la monarquía. Pero Bonaparte les contestó: « Me olvido del pasado » y abro un campo inmenso al porvenir. Cualquiera que ande derecho hallará proteccion indistintamente; pero el que se desvie sea á la derecha, sea á la izquierda, mis rayos le

» alcanzarán. Dejad á todos estos Vendeanos » que quieren someterse al gobierno nacional » y ponerse bajo mi proteccion, que sigan la » carrera que se les abre. Un gobierno protendido por los extrangeros nunca será admitido por la nacion francesa. »

Sin embargo, nada escapaba á la penetracion y á la incansable actividad del gefe de la nacion. Creaba y dirigia á la vez todos los intereses de la gloria y de la prosperidad de la Francia. La República, reconocida por la Europa continental, estaba en paz con varias potencias; pero entre todas las legitimaciones que el gobierno podia recibir del extrangero, ninguna tenia tanta importancia como la de la Gran Bretaña. El primer cónsul se decidió á acometer la cuestion con franqueza, dirigiéndose personalmente y directamente al rey de Inglaterra. El 26 de enero de 1800 (5 nivose año VIII) escribió á aquel monarca:

« Llamado por los votos de la nacion francesa para ocupar la magistratura de la República, creo conveniente, al entrar en funciones, de participarlo directamente á V. M. » ¿La guerra que desde ocho años asola á las

» cuatro partes del mundo habrá de ser eterna?
 » ¿No hay medio ninguno de entenderse?
 » ¿Las dos naciones las mas ilustradas de la
 » Europa, poderosas y fuertes, mucho mas
 » que es menester para su seguridad y para su
 » independencia, han de sacrificar á ideas de
 » vana grandeza, el bien del comercio, la pros-
 » peridad interior y la felicidad de las familias?
 » ¿No conocen que la paz es la primera de las
 » necesidades como es la primera de las glo-
 » rias? Estos sentimientos no pueden ser age-
 » nos del corazon de V. M. que gobierna á
 » un pueblo libre, y con el solo fin de hacer su
 » felicidad. V. M. no puede ver en esta comu-
 » nicacion sino mi deseo sincero de contribuir
 » eficazmente, una segunda vez, á una pacifica-
 » cion general, dando un paso tan repentino,
 » inspirado por la confianza y sin atender á
 » las formalidades, necesarias acaso para dis-
 » frazar la dependencia de los Estados débiles,
 » pero que en los Estados fuertes ocultan el de-
 » seo de engañar. La Francia y la Inglaterra
 » con abusar de sus fuerzas, pueden aun por
 » mucho tiempo, y desgraciadamente para los
 » pueblos, seguir haciendo esfuerzos; pero, me
 » atrevo á decirlo, la suerte de todas las na-

» ciones civilizadas depende del fin de una
 » guerra que abraza al mundo entero. »

El ministro Pitt cortó la negociacion, pro-
 nunciando una sentencia que no fue ejecu-
 tada sino doce años despues de la muerte de
 su autor; declaró *que la Inglaterra no podria
 firmar la paz, como la Francia no volviese á
 estrecharse en sus antiguos límites.* No se po-
 dia ultrajar de un modo mas fuerte á la na-
 cion francesa, único árbitro de las leyes de
 su política. Rechazar así publicamente, en el
 parlamento de Inglaterra, la leal y generosa
 propuesta de Bonaparte el victorioso, era im-
 poner un yugo insoportable á la gloriosa Re-
 pública, que hacia temblar á la Europa.
 « *Nunca paz con la Francia,* » habia dicho
 lord Chatam. « *En ningun caso,* repetia su
 hijo, hablando de Bonaparte, *no trateis con
 ese hombre.* » Caton tambien decia cada dia
 al senado: « *Es preciso destruir á Cartago,* » y
 Cartago por fin sucumbió. En vano Fox y She-
 ridan, gefes de la oposicion, sostuvieron con
 todo su talento y toda su energía la causa
 de la humanidad. Lord Grenville dirigió á
 M. de Talleyrand una respuesta evasiva, ó
 por mejor decir, una verdadera declaracion

de guerra. Entonces Bonaparte perdió toda esperanza de paz, y se vió obligado á dar una nueva actividad á la lucha británica. La Francia, á quien la Inglaterra quiso poner fuera de la ley de la Europa, se levantó llena de indignacion para combatir á la coalicion pagada por el gabinete de Londres. El Austria tampoco quiso aceptar la paz, y la Baviera, aunque de mal grado, tuvo que seguir por fuerza el partido de sus antiguos dominadores.

Entretanto, los habitantes de Paris tuvieron la satisfaccion de ver volver á los desterrados del 18 fructidor, y se aturdieron de la llegada de dos princesas de la casa de Borbon. Los sacerdotes detenidos en Oleron se restituyeron á sus familias; se dieron socorros á los colonos de Santo Domingo. El régimen de las cárceles tuvo otra organizacion. La estatua del bienhechor de los huérfanos, San Vicente de Paula, fue colocada en el hospicio de la Maternidad; el antiguo arzobispo de Paris, Juigné, anciano octogenario, volvió á su diócesis; unas exequias solemnes honraron las cenizas de Pio VI, muerto en 29 de agosto de 1799 en Valencia, bajo el gobierno directorial.

El primer cónsul favoreció la eleccion del obispo de Imola, á quien habia conocido durante la campaña de Italia, y que subió por su proteccion á la cátedra de San Pedro, el 9 de marzo de 1800. Entonces se formó un empeño recíproco para un porvenir desconocido entre el guerrero y el pontífice. El banco de Francia, monumento de una alta concepcion de economía política, fue establecido y sirvió de garantía á la fortuna pública y particular. Dos puentes nuevos hermosearon á Paris, el uno llamado de la *Ciudad*, y el otro que recibió mas tarde de la victoria el nombre de Austerlitz. Bonaparte tambien se acordó de la emigracion, que todavía tenia que recurrir á la hospitalidad extranjera. De los ochenta mil emigrados que se hallaban fuera de la Francia, unos mil solamente quedaron sentados en la lista fatal, por su adhesion conocida á la casa de Borbon, los demas fueron borrados sucesivamente y pudieron volver á su patria. Vinieron á alistarse en el nuevo sistema, y luego las tablas de proscripcion dejaron de existir. La guerra del Vendée habia vuelto á encenderse en los últimos tiempos del Directorio; se acabó en un mes con la muerte de algunos

gefes, por la sumision voluntaria de MM. D'Autichamp, Chatillon y del famoso Jorge Cadoudal, y con la conquista que hizo el primer cónsul de los hombres de mas influjo en el pais, que eran el abate Bernier, cura de San Lo de Angers, y M. de Bourmont, que cedieron á las promesas de Fouché. Una amnistía general confirmó los felices efectos de la conducta á la vez firme, activa y prudente de los generales Hedouville y Brune, encargados de ejecutar el plan de pacificación concebido por Bonaparte. El órden judicial y administrativo, envilecido por las violencias revolucionarias, llamó la atencion del primer cónsul. Una ley volvió á organizar los tribunales. Cada departamento tuvo su tribunal criminal y el territorio de la República fue dividido en veinte y nueve cortes de apelacion. La corte suprema de Casacion se reformó; la magistratura y los empleos de judicatura tuvieron estabilidad. Se sustituyeron las subprefecturas á los distritos. Se crearon los consejos de departamentos y municipales para cuidar de los intereses locales, y unos consejos de prefectura encargados de la parte contenciosa y de la administracion. Resultó de estas generosas instituciones que los nombres

los mas honrados volvieron á aparecer en los empleos administrativos y judiciales para proteger eficazmente á los primeros intereses sociales.

En medio de todas estas creaciones interiores inspiradas por la mas alta y la mas paternal sabiduría, una negociacion importante ocupaba al gefe del Estado. Las relaciones de las repúblicas francesa y americana, tan naturales y tan útiles á las dos naciones, habian sido desdeñadas y rechazadas por el Directorio, que cometió la falta de hacer caer el golpe de estado del 18 fructidor sobre el comercio, cerrando orgulosamente los puertos de Francia á los buques neutrales. El primer cónsul no podia desentenderse de una injusticia y de una calamidad de esta clase: volvió á abrir los puertos y entabló negociaciones con el congreso americano que envió plenipotenciarios á Paris. Al mismo tiempo, Bonaparte mandó celebrar con un luto público el aniversario de la muerte del fundador de la libertad americana, y para honrar todavía mas á Washington, el fundador de la regeneracion francesa, por una feliz y hábil combinacion, hizo que se celebrasen á la vez la ceremonia

fúnebre de Washington y la presentación de las banderas de Egipto en el templo de Marte (iglesia de los Inválidos). El vencedor de Aboukir depositaba sus laureles sobre el túmulo del vencedor de la Inglaterra, y hacia partícipe de su gloria al gran ciudadano que triunfó del despotismo libertando á su patria. El panegírico político de Washington fue confiado á Fontanes, muy capaz de comprender y de expresar todo el pensamiento de Bonaparte. El general Lannes pronunció el discurso guerrero en esta circunstancia memorable: « Potencias coligadas! exclamó el general, si » os atrevieseis á violar el territorio, el que nos » fue restituido por la batalla de Aboukir, no » tiene sino llamar á la nación; vuestros sucesos » os serán mas funestos que las desgracias! » Berthier, ministro de la guerra, contestó al orador, y explicó este lenguaje amenazador: « Al momento, dijo, de volver á empuñar las » armas protectoras de nuestra independencia, » si el ciego furor de los reyes se niega á dar » al mundo la paz que ofrecemos, echemos un » laurel sobre las cenizas del héroe que libertó » á la América del yugo de los enemigos los » mas implacables de nuestra libertad. Su som-

» bra ilustre nos muestra, mas allá del túmulo, » la gloria que acompaña á los libertadores » de la patria! » Fontanes alabó dignamente á Washington, y añadió: « Hay hombres pro- » digiosos que aparecen de cuando en cuando » sobre la escena del mundo con el carácter » de la grandeza y de la dominación. Una causa » desconocida y superior los envia á tiempo » para fundar ó restaurar los imperios. En » vano estos hombres, señalados de antemano, » buscan el retiro; la mano de la fortuna los » lleva con rapidez de obstáculos en obstácu- » los, de triunfos en triunfos hasta la cumbre » del poder. Una inspiración sobrenatural » anima todos sus pensamientos; un movi- » miento irresistible dirige todas sus empre- » sas; la muchedumbre los busca todavía en- » tre los hombres y no los encuentra; levanta » los ojos y ve en una esfera resplandeciente » de luz y de gloria, al que parecía un temera- » rio á los ojos de la ignorancia y de la envi- » dia. » Así de esta pompa militar y fúnebre, salieron varios oráculos; el de la paz con el nuevo mundo, el de la guerra con el antiguo y el apoteosis de Washington y de Bonaparte. Esta jornada ofreció un carácter imponente;

exaltó la opinion, y sirvió mucho para asegurar la base de la grandeza que iba á levantar momentáneamente la Francia sobre todas las naciones del globo.

Entretanto, el hombre de los destinos de la Francia, encerrado en la autoridad de una vida enteramente consagrada al trabajo; quitando las noches al sueño, activo, templado, sóbrio y modesto, se parecia á un Esparciata, dueño del palacio de Jerjes, indiferente al lustre del poder, conservando solamente la fuerza, aplicándola á su propia naturaleza y á la voluntad de su ingenio. Su alma, demasiado grande ya, para ceñirse á los límites de la Francia, se dilataba afuera y presentaba á las meditaciones de la Europa los ensayos de una autoridad desconocida hasta entonces. Así el senado de Hamburgo que procuraba justificarse por haber entregado al gobierno ingles los patriotas irlandeses, entre ellos á Napper Tandy, protegidos por la Francia, se vió emplazado al tribunal de Bonaparte, y recibió esta sentencia fulminante: «Vuestra carta no os justifica. » El valor y las virtudes conservan los Estados; los vicios los arruinan. Habeis violado » la hospitalidad. Tal cosa no hubiera sucedido

» entre los bárbaros del desierto; vuestros conciudadanos os lo reprocharán eternamente. » Los desgraciados que habeis entregado morirán ilustres; pero su sangre dañará mas á » sus perseguidores que lo que hubiera podido » hacer un ejército. »

CAPITULO II.

BATALLA DE MARENGO.

(1800)

El Austria se habia dejado seducir por el oro y por las intrigas de la Inglaterra. El imperio, la Baviera, la Suecia, la Dinamarca, la Puerta y la Rusia entraban en la coalicion. Pero el primer cónsul, con un paso imprevisto y lleno de generosidad, inspiró al emperador Pablo; una suerte de admiracion fanática para su persona, le separó de nuestros contrarios y le hizo enemigo de la Inglaterra. Existia en Francia un gran número de prisioneros rusos desde las campañas del general Brune en Holanda y del general Massena en Suiza. Bonaparte, enterado del carácter caballeresco del emperador ruso, mandó vestir con uniformes nuevos á todos los prisioneros, y los hizo salir para Rusia, á su costa y sin proponer cange ninguno. Bonaparte no se habia equivocado en el juicio que habia formado sobre Pablo I°. Este príncipe quedó

tan admirado de esta accion, que mandó retirar las tropas de Alemania, rompió el pacto británico y echó á los Ingleses de su capital. La defeccion tan repentina de la Rusia, sin preliminares, desacreditó á la coalicion, privándola de un auxiliar poderoso. El primer cónsul no perdió tiempo en quitar otros aliados á sus enemigos; envió Duroc á Berlin, con el encargo de determinar á la corte de Prusia á que se emplease en separar de la causa inglesa á las potencias sobre las cuales tenia influjo por su vecindad ó por su propia fuerza. Esta negociacion salió bien; la Suecia y la Dinamarca se decidieron por las instigaciones de la Prusia á guardar una neutralidad rigurosa. Bonaparte habia intentado, para lograr la paz, todo cuanto exigian la política y la gloria de la Francia, sin herir la dignidad de los gabinetes, á quienes ofreció la amistad de la República, y confiando en su conciencia, en su derecho, en el testimonio de su nacion y en la fidelidad de los gobiernos neutrales, no le quedó otro partido que tomar sino el de las armas.

Con las declaraciones parlamentarias y los manifiestos de la Inglaterra, la nueva liga vol-

vió á tomar el carácter de una cruzada contra la revolucion. La Francia , ultrajada por esta personalidad , aceptó la lucha dirigida por Bonaparte , con la misma alegría que habia aceptado las esperanzas de paz. Siempre ha habido en Francia, entre los ciudadanos y sus gefes , una inteligencia, un acuerdo y un sentimiento comun de honor nacional que estalló en todas las épocas de la monarquía. No hay pueblo que sepa coger mas á propósito la ocasion de combatir ó de tratar. El ejército de Italia estaba reducido á la misma penuria en que Bonaparte le halló al tomar el mando en 1796 , y no poseiamos ya nada en la península. Para llevar allí otra vez el teatro de la guerra, era preciso atacar al mismo tiempo sobre el Rhin; pero todas las fuerzas de la República no pasaban de ciento y cincuenta mil hombres. Las enfermedades contagiosas reinaban en los hospitales y se habian llevado al valiente Championnet , que tambien dejó una memoria ilustre en Italia. Entretanto , toda la Francia se conmueve á la voz del primer cónsul. Sabe que va á ser vengada , y ofrece todo genero de sacrificios.

No fueron menester leyes ú otros medios co-

activos para crear nuevas legiones. La nacion entera que habia votado la guerra dió el ejército , y jamas hubo ninguno mas frances como tampoco jamas hubo gefe mas popular que Bonaparte , despues del modo insolente con que la Inglaterra rechazó sus proposiciones. Apelando á nuestra gloria, tuvo de repente por auxiliares el amor de los Franceses heridos en su orgullo , los votos de la Italia ensangrentada con la reaccion real por las proscripciones alemanas, la neutralidad del rey de Prusia , de la Suecia y de la Dinamarca, y el rompimiento de la Rusia con la coalicion. Supo suscitarse otro aliado, no menos poderoso, con la incertidumbre en que entretuvo á la casa de Austria por la impenetrabilidad de sus combinaciones sobre el campo de batalla en donde intentaba medir sus fuerzas con las de aquella potencia. Dijon era el punto central de reunion del ejército llamado de *reserva*. La posicion de aquel punto á igual distancia de Basilea, de Martigny y de Chambery , distrajo la atencion que estaba dirigida desde algun tiempo sobre el Var, donde Melas á la cabeza de ciento y cincuenta mil hombres bien provistos y victoriosos , amenazaba á los veinte y

y cinco mil , intrépidos pero desnudos , mandados por Massena. Pero Bonaparte tenia presente la guerra de Anibal entre Roma y Cartago. El espíritu humano iba á honrarse en la cruel ciencia de la guerra con una de las mayores concepciones del ingenio. El fin de la campaña era conquistar los dos valles del Danubio y del Pó; era preciso bajar allí. El Directorio , con haber extendido el campo de sus operaciones desde la Holanda hasta el embocadero del Var, habia procurado en vano ceñir con sus líneas dilatadas al enemigo que quedaba dueño del centro. La dificultad consistia en maniobrar simultáneamente sobre bases de cien leguas y de empeñar batallas sobre veinte leguas de extension. En lugar de engrandecer la escala de las combinaciones, se habia logrado únicamente debilitarla, privándola del influjo directo del mando inmediato. El mismo sistema habia causado la ruina de los Austriacos en Italia bajo el mando de Bonaparte. No lo olvidó , y siguiendo un nuevo plan , mas conforme á su política y á su carácter , adoptó el sistema de concentracion que daba mas fuerza á su accion. Todo el misterio de sus cálculos estaba encerrado en

el estrecho de la Suiza entre el Rhin y el Rodano. Con la ocupacion de este estrecho, cortaba la comunicacion entre los dos ejércitos austriacos de Alemania y de Italia.

Moreau estaba á la cabeza de ciento cincuenta mil hombres de nuestras tropas viejas , que le habia entregado Bonaparte. Augereau mandaba en Holanda, Massena desde Génova hasta el Var , Berthier en Dijon , cerca de la Suiza , ocupada por el ala derecha del ejército del Rhin, lo que daba á pensar que formaba la reserva de Moreau , y que estabamos amenazando á toda la Alemania y que la guerra de Italia quedaba suspendida. Los movimientos de Moreau sobre el Rhintal, por orden del primer cónsul , á las espaldas del general Kray , separaron de repente á este general del general Melas con la invasion de los desfiladeros de la Selva Negra. Mientras que se estaban ejecutando estas operaciones , Bonaparte gozaba en su palacio de las Tullerias del gusto de engañar con esta combinacion hábil al Austria, á la Europa y á sus propios generales. Moreau solo sabia el secreto del cónsul. Encargado de un papel secundario , pero que podia aumentar su fama militar , siguió con las mas sabias y constantes maniobras

el plan formado de inutilizar el ejército numeroso del general Kray, y poniendo en obra todos los grandes secretos de la táctica militar, preparó los triunfos de Hohenlinden. En fin, el ejército de Dijon se puso en marcha para Ginebra. Las victorias de Engen, de Stokach, de Moeskerch y de Memingen, ganadas por Moreau, dieron á Bonaparte la señal de su partida.

Mientras que la Europa creía al cónsul en Paris, entregado á los cuidados del gobierno, estaba llegando á Ginebra y tomaba el mando del ejército. Allí dispuso las bases de sus operaciones sobre las faldas del Simplon y del San Gothard con el fin de llevar la guerra sobre la orilla del Pó entre Milan, Génova y Turin. Hallándose libre de todo recelo, por parte del general Kray, contenido por Moreau, quiso sorprender los desfiladeros de los Alpes para atacar por la espalda á Melas, cuyas fuerzas esparcidas hacía Génova y el Var, tenían que guardar los desembocaderos de los Alpes y de la Lombardia, ocupada sin ser sometida. Por una resolución repentina se atrevió á hacer pasar el ejército y su numerosa artillería por las cumbres de las montañas, á mas de mil y dos-

cientas toesas de altura sobre el nivel del mar. El general Marescot, encargado de reconocer el San Bernardo, habia tenido mucho trabajo en llegar hasta el hospicio donde estaba estacionada una pequeña partida destacada del cuerpo del general Mainoni. « *¿ Se puede pasar ?* », fue la única pregunta de Bonaparte. « *Sí*, dijo Marescot, *es posible.—Y bien vamos adelante.* » El ejército habia de pasar supuesto que el cónsul lo queria; en cuanto á la artillería habia muchísima dificultad; pero se habia previsto; los cartuchos y las municiones en pequeñas cajas y las cureñas desarmadas se pusieron sobre mulas. Se prepararon unos troncos de árbol, en los que podian meterse las piezas de cañon, y cien soldados tiraron de cada una. Se emprendió la subida del San Bernardo. Los Franceses iban trepando con un increíble valor, en medio de los peñascos los mas escarpados, atravesando hielos eternos y las nieves que cubrian un suelo por donde jamas habia transitado hombre ninguno. Apenas se daban tiempo de respirar por no detener á la columna. Agobiados bajo el peso de sus armas, cantaban para excitarse unos á otros, y cuando se ofrecia un peligro casi insuperable.

ble, pedían que se tocara el paso de carga, y el peligro desaparecía. Bajo los ojos de Bonaparte, todos los obstáculos de la naturaleza se volvían conquistas. La infantería, la caballería, los bagages, los cañones llegaron hasta la cumbre de los Alpes, donde nuestras tropas iban recibiendo unas tras otras los socorros de la caridad mas generosa; despues de un descanso de algunas horas, cada division se pone en marcha con un nuevo ardor, y acaso con mayor peligro, sobre las bajadas rápidas del Piamonte. El mismo Bonaparte bajó sentado en un ventisquero casi perpendicular.

Los enemigos habian mirado siempre la reunion del ejército de reserva en Dijon como una fábula inventada para engañarlos é inducirlos á abandonar el bloqueo de Génova. Bonaparte habia procurado entretener este error con un sin fin de precauciones y ardidés que le habian salido tan bien, que ni en Paris, ni en Dijon, ni en Viena, ni siquiera sus generales de Italia, nadie creía que existiese, aquel ejército, que despues de haber alcanzado el San Bernardo por varios caminos acababa de atravesarlo. Melas, persuadido de que apenas teníamos siete ú ocho mil hombres, cons-

criptos ó inválidos en Dijon, hacia sitiar con vigor á Génova con cuarenta mil hombres, mientras que él peleaba personalmente sobre el Var con el resto de sus fuerzas, contra Suchet separado de Massena, cuando por una parte las divisiones francesas, al mando inmediato del primer cónsul y por la otra, los quince mil hombres, destacados del ejército del Rhin y conducidos por el general Moncey, bajaban las faldas del San Bernardo, del Moncenis, del Simplon y del San Gothard. Una combinacion superior presidia al destino de esta campaña memorable. Bonaparte se dirigia sobre la Italia, entre el ejército victorioso de Moreau, que contenia delante de Ulm las tropas del general Kray reducidas á la defensiva, y entre el pequeño ejército de los Alpes marítimos, que, atacado á la vez por tierra y por mar, defendia á Génova, á las riberas del Var, á las puertas de la Provenza y á los desfiladeros del Piamonte. La heróica defensa de Génova por Massena quedará en la historia como testimonio de lo que pueden el valor y la constancia. Sus tenientes Miollis, Gazan, Soult y Suchet se ilustraron bajo las órdenes de aquel gefe. Massena sabia que Bo-

naparte contaba con su incansable resistencia, y halló entre los generales que servían con él, hombres dignos de entrar á la parte en su gloria y en sus peligros. Una de las mayores hazañas militares fue el volver á tomar los fuertes de Génova, bajo el fuego de la escuadra inglesa. Jamas ha habido campaña en que las fuerzas humanas se hayan desplegado con mas constancia y mas energía que en esta campaña inmortal. Los soldados de Massena, agoviados por todos los males que la guerra trae consigo, tenían que luchar contra la hambre y el contagio. La muerte iba diezmando á la generosa poblacion de Génova, confundida con el intrépido ejército que ya no podia protegerla. La bandera negra tremolaba sobre los hospitales. Pero Massena se hacia cargo de que con su resistencia ocupaba él solo á todo un ejército austriaco, y Soult, que tenía solamente cuatro mil valientes para contener á Melas, habia prestado tambien su juramento á los triunfos del ejército de reserva. Massena y Suchet justificaron la confianza del primer cónsul.

Los ejércitos de las dos naciones se hallaban, despues del feliz paso de los nuestros,

colocados en una media circunferencia casi regular, cuyo punto céntrico era sobre pocas ó mas la plaza de Alejandria. Todo debia decidirse allí, y el que pasase el Pó el primero debia tener mucha ventaja. Pero la cercanía del mar por la parte de Alejandria, del Pó y de los Apeninos favorecia mucho al ejército frances. En una palabra, Melas se hallaba rodeado, y el primer cónsul no podia serlo, sea por la naturaleza propia del terreno que ocupaba, sea por los movimientos mandados ejecutar al ejército del Rhin, pues no se habia olvidado de la funesta innaccion de aquel ejército durante su primer campaña de Italia. El mismo dia del paso, la ciudad de Aost fue tomada por la vanguardia despues de una viva resistencia, y los Croatas fueron rechazados hasta el fuerte de Bard, castillo inexpugnable que cerraba el único camino abierto á los Franceses. Importaba mucho superar este obstáculo, antes de que Melas tuviese noticias de la marcha de Bonaparte, para apoderarse de los desembocaderos de los valles. Pero era imposible tomar el fuerte, único obstáculo que detuviese á todo el ejército. Berthier y Marescot tuvieron la feliz ocurrencia de cortar en las

peñas de Albarado una escalera por donde, á fuerza de trabajos, pudieron transitar los hombres y los caballos. Las divisiones francesas desfilaron sucesivamente por este sendero peligroso con mucha mas dificultad que en el paso del San Bernardo. Nuestra artillería quedaba atras, sin que ningun medio humano pudiese hacerla pasar aquella barrera fatal. Bonaparte llega y manda asaltar el fuerte; la audacia y el valor fueron inútiles; fue preciso contentarse con sitiarse con vigor. Entretanto, la vanguardia de Lannes llegaba á Yvrea sin artillería, y podia ser atacada con ventaja. Entonces una de estas inspiraciones del genio de la guerra, tan frecuentes entre los soldados y los generales franceses, puso un término á la impaciencia y á la perplejidad de Bonaparte, que no era capaz de consentir en verse detenido por una conquista inútil. Se echaron colchones y estiercol en el camino y se guardaron las ruedas con paja. Los cañones envueltos en ramas, y tirados por cincuenta hombres, atravesaron con sus cajones la ciudad entera, á medio tiro de fusil y bajo el fuego del enemigo, que sin sospechar la menor cosa, estaba disparando sin amedrantar ni un solo

momento á nuestros valientes soldados. Una bateria que, á costa de infinitos trabajos, pudo ser colocada sobre el Albarado quedó atras para reducir al fuerte de Bard, que se rindió al cabo de diez dias.

Habiamos pasado el terrible desfiladero. Ivrea y su ciudadela capitularon despues de una corta resistencia, y diez mil hombres del ejército de Melas, mandados por los generales Kaim y Haddig, fueron destrozados sobre las orillas del Chiusella. Este fue el modo con que Bonaparte se abrió el acceso á las llanuras del Piamonte, mientras que las columnas de flanco bajaban sobre Bellinzona y Avigliano. El punto estratégico de la operacion que Bonaparte estaba meditando, sea que Génova fuese ocupada por Melas ó por Massena, era sobre el Pó entre el embocadero del Tesin y el doble afluente del Tanaro y del Bormida. Era preciso echar un puente sobre el gran rio é impedir la reunion de las tropas de Melas con las del Milanés y del Mantuano.

Bonaparte, que marchaba sobre Milan, debia atravesar aquella ciudad para alcanzar á Melas. Despues de haber perseguido á Kaim y á Haddig hacia Chiavaso, mandó avanzar su

vanguardia sobre Pavia, donde halló doscientas piezas de cañon y municiones de toda especie. Dirigió el cuerpo de Murat sobre Vercell y Milan, pasó á viva fuerza la Sesia y el Tesin, defendido por Laudon, y el 2 de julio entró como un libertador en Milan, en donde apenas se acababa de saber la noticia de la invasion del Piamonte por un ejército frances. Su primer cuidado fue proclamar y volver á organizar la república cisalpina enmedio de las aclamaciones de toda la Italia. Esta medida política tenia por objeto proporcionar al ejército todos los recursos de un pais adicto á nuestra causa. Fiel á la costumbre de seguir en sus sucesos como César, no dió tiempo de parar á la fortuna. Esparció el ejército entre el Pó y el Adda, pasó este último rio, se apoderó de Crema, de Bergamo y de Cremona y rechazó á Laudon hasta Brescia. Melas ni adivinó ni comprendió las operaciones de Bonaparte, y no habiendo podido apoderarse del puente del Var habia vuelto á Turin. Uno de sus generales, Elnitz, habia abandonado el Var para situarse sobre el valle del Tanaro; y Ott, persiguiendo á un vano trofeo, habia cometido la falta de no dejar el bloqueo de Génova hasta

la gloriosa capitulacion de Massena. Bonaparte aprovechó con audacia, segun su costumbre, la inaccion y la imprevision de los Austriacos y vino á enseñar á los enemigos el punto que hubieran debido cubrir, ocupando él mismo el terreno entre la Stradella y el Pó. Dirigió sus columnas hácia este rio, para que los enemigos no pudiesen defenderle. Loison le atravesó en Cremona. Murat tomó á viva fuerza la cabeza de puente en Placencia, y Lannes logró pasar delante de Belgiojoso y de San Cipriano á pesar de la resistencia del general Ott. Allí los Franceses establecieron su puente, como en un punto capital, con motivo de la proximidad del Tesin, del desfiladero de la Stradella y de las comunicaciones con Milan. El mismo dia el cónsul puso su cuartel general en Pavia. Melas, encerrado entre el pie de los Apeninos y la orilla del Pó, no tenia otro recurso que combatir. Bonaparte, al momento en que iba al encuentro del enemigo, recibió la noticia de la rendicion de Génova, y de haberse juntado las tropas del bloqueo con Melas. Pero, aunque solo una parte de su ejército hubiese pasado el Pó, empenó con el general Ott la batalla de Montebello ilustrada

para siempre por el general Lannes. Los trofeos de esta jornada consistieron en cinco mil prisioneros austriacos y tres mil muertos.

Uno de los ejércitos enemigos quedaba batido; era menester alcanzar al otro y derrotar á Melas que juntaba sus fuerzas entre el Pó y el Tanaro. Llamó al general Ott, que estaba en San Julian, y que dejó una retaguardia en la pequeña aldea de Marengo, cuyo nombre iba á hacerse tan célebre. El 12 de junio, el ejército frances compuesto de los cuerpos de Lannes, Desaix y Victor, estaba sobre las orillas del Scrivia. La division de Lapoype tenia la orden de juntarse con el general Desaix, que despues de haber conquistado el alto Egipto, vuelto á Francia por la capitulacion de el Arich y traido por la fatalidad de la gloria, habia venido á unirse á las banderas de su amigo, de su general en gefe de Egipto. El resto de nuestras tropas esparcidas en la Lombardia bloqueaba ó contenia los varios cuerpos austriacos. El cuartel general estaba en Voghera. El primer cónsul pensaba encontrar al ejército austriaco en las llanuras de San Julian. El 13 las atravesó sin resistencia y Gardanne echó de Marengo sin resistencia á cinco mil enemigos,

persiguiéndolos hasta el Bormida sin poder ocupar la cabeza de puente. El ejército frances tomó posicion, entre este rio y Marengo, á Pedrabona. Era natural pensar que Melas no queria batirse, supuesto que abandonaba el desembocadero de Marengo tan fácil de defender y que iba á maniobrar por el flanco, sea sobre Génova, donde hubiera podido facilmente ser abastecido por los Ingleses, sea sobre el alto Tesin, donde hubiera vuelto á establecer sus comunicaciones con la Alemania, sea en fin sobre las dos orillas del Pó, en donde hubiera facilmente podido sorprender un paso y una marcha. Pero Bonaparte, que siempre tenia presentes todos los lances al primer golpe de vista, envió á las dos divisiones de Desaix á Castelnovo di Scrivia y á Rivalta para observar las alas del ejército enemigo, y concentró los cuerpos de Lannes y de Victor, entre San Julian y Marengo por escalones, la izquierda delante, preparándose así para todos los movimientos que podian ofrecerse, y para que cada division de las alas pudiese servir de cabeza de columna en la misma direccion. La division de Boudet situada en Rivalta, bajo las órdenes de Desaix, debia comunicar con el

cuerpo de Massena y de Suchet que se habian dirigido á Acqui.

Al dia siguiente, 14, el primer cónsul quedó sorprendido viendo á las cuatro de la mañana al ejército austriaco desfilando por el puente del Bormida y por los pantános que le rodean. Cinco horas despues solamente, pudo formarse en tres columnas. Constaba de unos cuarenta mil hombres al principio de la accion. El ejército frances contaba apenas veinte mil hombres, casi todos conscriptos. El cuerpo de Victor habiendo sido atacado con vigor y rechazado, el de Lannes entró en línea á la derecha y despues de algunas ventajas tuvo que seguir el movimiento de retirada de la izquierda; pero importaba principalmente á Bonaparte mantenerse á la derecha, y á Melas obligarle á que retrocediese. El primer cónsul, viendo que la victoria consistia en que su derecha asegurase la comunicacion con el resto del ejército, hizo avanzar de repente, en medio de la llanura, á esta vieja guardia, terror de la Europa por tanto tiempo, y que jóven entonces, empezó su carrera de gloria en la jornada de Marengo; la posteridad conservará el hermoso nombre de *reducto de gra-*

nito, que recibió del vencedor. Los asaltos los mas terribles del enemigo no pudieron hacerla mover; su resistencia heroica dió tiempo á la division Monnier para llegar y poner una media brigada en Castel-Ceriolo, de manera que el ejército frances se halló formado en un orden casi inverso del de por la mañana, por escalones, el ala derecha delante, manteniéndose siempre en el punto esencial de la primera línea de batalla, cubriendo la comunicacion mas importante, y ocupando con su ala izquierda el camino de Tortona.

La accion se mantuvo en este estado hasta la llegada de la division Desaix. Melas, al contrario, habia quitado fuerzas á su izquierda para aumentar su derecha, que extendia inutilmente sobre Tortona. Bonaparte, á quien nunca se le escapaba ningun movimiento del enemigo, notó esta falta: eran las cinco, la division Lapoype no llegaba; pero Desaix apareció sobre el campo de batalla á la cabeza de la division de Boudet sola. Este refuerzo en manos de Bonaparte fue el instrumento de la victoria. El ejército adivinó los planes de su gefe. Cansado con una larga y sangrienta retirada, vió llegar á la division de Desaix, y

conoció por el instinto de una esperanza, jamas engañada por su héroe, que venia á cubrir la izquierda; sobre toda la línea se repitió con alegría el grito de ataque general. El general Zach, que se hallaba mas allá de la línea austriaca, venia andando hácia nuestro ejército por el camino real con una columna de cinco mil granaderos. El valiente Desaix corre al encuentro con quince cañones, cuando cayó herido de un balazo. En aquel mismo momento, el ilustre Kleber, su amigo, moria en el Cairo á manos de un asesino. Desde aquel dia, solo quedaron dos ilustraciones militares independientes de Bonaparte, Moreau y Massena. La division de Desaix, mas temible despues de la muerte de su general, quiso vengarla aniquilando al cuerpo de Zach, que resistia con valor, aunque aislado en medio de una llanura inmensa; pero el jóven Kellermann, por una maniobra repentina de caballería, acomete por el flanco á la columna austriaca, la destroza y coge prisioneros á los cinco mil granaderos. Entonces nuestra línea pudo avanzar, y apoderarse, en menos de una hora del terreno, cuya ocupacion estaba por decidirse desde el amanecer. El ejército enemigo se ha-

lló cogido por la espalda, y tuvo que retroceder apresuradamente. En vano Melas intentó mantenerse en Marengo; su defensa inútil sirvió únicamente á dar el nombre de aquel lugar á la batalla que iba á mudar los destinos de la Italia, de la Francia y de toda la Europa. Los Franceses persiguieron á los Austriacos hasta las diez de la noche, y no pararon hasta el Bormida. Los trofeos de la noche consistieron en cinco mil muertos, ocho mil heridos, siete mil prisioneros, treinta cañones y doce banderas. Al dia siguiente, al amanecer, Bonaparte mandó atacar la cabeza de puente del Bormida; pero contra todas las apariencias, el enemigo pidió una conferencia. En el discurso de muy pocas horas, los generales Berthier y Melas concluyeron el famoso convenio de Alejandria que nos devolvió todo cuanto habiamos perdido en Italia desde quince meses, exceptuando solamente á Mántua.

De manera que una sola batalla, ganada despues de doce horas de una retirada ofensiva, pero peligrosa, volvió á poner bajo el influjo de la Francia, á la Lombardia, al Piamonte, á la Liguria y á las doce fortalezas que defendian aquellos paises. La línea de neutra-

lidad de los dos ejércitos quedó fijada entre el Chiesay el Mincio. La victoria y la fortuna compitieron en la jornada de Marengo para asegurar el triunfo de Bonaparte, supuesto que Melas, con fuerzas aun superiores y con la facultad de continuar la campaña en el Piamonte, aceptaba unas condiciones rigurosísimas. El general austriaco hubiera podido sin que nadie lo estorbase, abrirse comunicaciones con la Alemania y siendo dueño de Génova, y apoyado al mar y á las montañas, hacer durar la guerra y acaso obligar á la Francia á firmar una paz honrosa para el Austria; pero no tuvo valor para aguantar la desgracia, despues de haber contado con una victoria segura.

Bonaparte, desde luego, cuidó de organizar á la república cisalpina y al Piamonte y de dar á la Francia no unos países vencidos, sino naciones amigas y auxiliares. Pensaba en aquel tiempo que la amistad de los pueblos aprovechaba mas á la patria que no la sumision forzosa. Se acababa de conocer cuanto era cierto este principio; en la última campaña, todos los votos y todos los deseos eran á favor de los Franceses contra Melas. Bonaparte, ansioso de volver á Paris donde le llamaban el entu-

siasmo nacional y los intereses que acababa de conquistar en Marengo, dió á Massena el mando del ejército de Italia, y á Suchet el de la ciudad de Génova, recompensa proporcionada á los servicios notables de estos dos generales. Murat recibió con el mando del ejército de la marcha de Ancona, el encargo de ir á reponer al papa sobre el trono pontifical, lo que dió mucho en que pensar. Bonaparte vino despues á Milan, donde se cantó un *Te Deum* solemne, al que el vencedor asistió. Esta fiesta religiosa era la primera donde presidia, desde el aniversario del nacimiento de Mahoma, celebrado por su orden en el Cairo. Por esta vez no hubo *Te Deum* cantado en Viena; pero hubo nuevos preparativos de guerra que disgustaron á los pueblos, que manifestaron publicamente su descontento en la misma presencia de la familia imperial que no pudo evitar que los habitantes de Viena diesen á conocer el entusiasmo que les inspiraba el héroe de Marengo.

La casa de Austria no tenia mas fortuna sobre el Danubio que sobre el Pó. El 19 de junio, tres dias despues del convenio de Alejandria, Moreau contestó á la victoria de

Marengo con la de Hochstedt que vengaba, después de un siglo, la gloria de nuestras armas. El combate de Neubourg abría á las banderas francesas el centro de Alemania. En esta acción, tan terrible y tan funesta al ejército del general Kray, pereció La Tour-d'Auvergne á quien dos meses antes, Bonaparte habia proclamado *primer granadero de la República*, título nuevo y noble como el apoteosis. Hasta el año de 1814, La Tour-d'Auvergne estaba nombrado, siempre que se pasaba la lista del regimiento, y una voz contestaba, *muerto en el campo de honor*. Con la toma de Feldkerich, Moreau completó su hermosa campaña, y asegurando sus comunicaciones con el ejército de Italia, obligó al general Kray á que siguiese el ejemplo de Melas. Los dos armisticios prepararon la paz de Luneville; pero era menester aún comprarla con brillantes combates en Alemania y con ventajas importantes en Italia.

Antes de llegar á Paris, el primer cónsul se detuvo en Leon, donde dió órdenes para restaurar las ruinas y los monumentos. El 3 de julio llegó á la capital, en donde se manifestó una exaltacion que le dió la idea de lo que podia lograr con el auxilio de un pueblo tan

apasionado. A la primera noticia de la victoria de Marengo, Paris se halló iluminado espontáneamente. Esta victoria tan imprevista como inmensa, habia confundido en un mismo culto todas las clases de la sociedad y debia producir la fusion de todos los partidos; pero al mismo tiempo, desde aquel día, todo el gobierno y desgraciadamente toda la patria, consistieron en un solo hombre.

CAPITULO III.

ROMPIMIENTO DE LAS NEGOCIACIONES DE LUNEVILLE. —
MAQUINA INFERNAL. — VUELVEN A PRINCIPIAR LAS HOSTI-
LIDADES SOBRE EL RHIN Y EN ITALIA. — TRATADO DE
LUNEVILLE.

(1800.—1801.)

DESDE Marengo, los realistas y los revolucionarios, á quienes el júbilo público parecía un ultraje, tomaron el carácter y el papel de dos sectas proscriptas, irreconciliables para siempre, pero teniendo un mismo enemigo y conspirando separadamente para su destrucción. El asesinato amenazaba en secreto al hombre rodeado de tanto lustre, y la venganza le ofrecía á la vez á la monarquía y á la república. El odio de los partidos acogió con una especie de entusiasmo las malas noticias que llegaron á Paris de la primera batalla de Marengo, perdida hasta las cinco de la tarde. Volvieron á aparecer al instante las antiguas enemistades y los agravios recientes

Chenier, Courtois y Sieyes habian vuelto de repente á ser actores y consejeros políticos. En ciertas reuniones se trató de poner á Carnot en lugar de Bonaparte, que segun algunos descontentos, estaba perdido, y de restablecer la república sobre las ruinas del consulado. El partido realista, menos numeroso y sin ningun influjo, tomó parte en el movimiento de la opinion, con el solo fin de destruir al que habia derribado y engañado sus esperanzas, pues la pacificacion del Vendée tenia por causa principal la seguridad, dada por Fouché á los gefes de los rebeldes, de que Bonaparte queria imitar á Monck. Así es que los realistas, sin tener el mismo fin que los republicanos, se unieron á ellos con todos sus deseos para hacer pasar el poder en manos menos temibles. Pero los partes del 21 de junio, escritos por la tarde desde el campo de batalla, derribaron los planes de los dos partidos. El convenio de Alejandria, provocado por el general Melas, á pesar de los numerosos recursos de que podía disponer aun, atemorizó tanto á los enemigos que Bonaparte tenia en la capital, como á los aliados de la casa de Austria.

Sin embargo, estas hostilidades interiores y

este odio civil de París no quisieron ceder al júbilo de la Francia y á la admiracion de la Europa. Siguieron maquinando en el silencio contra el vencedor. Los revolucionarios, mas ardientes y mas interesados porque sus motivos de queja eran mas recientes, recurrieron al asesinato para destruir al hombre cuya vida la guerra se obstinaba en respetar.

En medio de estas conspiraciones republicanas, el primer cónsul recibió las dos cartas siguientes del conde de Lila, por el intermedio del cónsul Lebrun, á quien fueron entregadas por el abate Montesquiou:

« AL GENERAL BONAPARTE ,

» Cualquiera que sea su conducta aparente,
 » unos hombres como vos, *Monsieur*, nunca
 » inspiran recelos. Habeis ocupado un destino
 » eminente y os lo agradezco. Teneis, mas que
 » nadie, la fuerza y el poder, necesarios para
 » hacer la felicidad de una gran nacion. Salvando á la Francia de sus propios furors
 » llenareis los deseos de mi corazon. Devolvedla su rey, y las generaciones futuras
 » bendecirán vuestra memoria. El Estado necesitara demasiado de vos, para que piense

» en pagar con empleos de consideracion la
 » deuda de mi agente y la mia.

» LUIS. »

« Hace mucho tiempo, general, que os habeis grangeado mi estimacion; si dudaseis de mi gratitud, fijad vuestro destino y la suerte de vuestros amigos. En cuanto á mis principios, soy Frances. Siendo naturalmente clemente, no me costará trabajo el serlo, porque la razon lo quiere así.

» No, el vencedor de Lodi, de Castiglione y de Arcola, el conquistador de la Italia, no puede anteponer una vana celebridad á la gloria; pero estais perdiendo un tiempo precioso. Podemos asegurar la gloria de la Francia. Digo que podemos, porque para ello necesitare de Bonaparte, que no lo puede sin mi participacion.

» General, la Europa os está observando, la gloria está aguardando y tengo deseos muy impacientes de volver la paz á mi pais.

» LUIS. »

Parece que Bonaparte no habia contestado

á la primera carta, cuya fecha es anterior. Contestó á la segunda el 7 de septiembre.

• Paris, el 20 fructidor año VIII.

» He recibido, *Monsieur*, vuestra carta; os
 » doy gracias de las cosas atentas que contiene.
 » No debeis desear vuestra vuelta á Francia;
 » para ello seria preciso hollar á cien mil ca-
 » dáveres. Sacrificad vuestro interes á la tran-
 » quilidad y á la felicidad de la Francia. La
 » historia os lo agradecerá. Siento las desgra-
 » cias de vuestra familia. Contribuiré por mi
 » parte en aliviarlas y á la tranquilidad de vues-
 » tro retiro.

» BONAPARTE. »

Los que al principio se encargaron de la combinacion y de la ejecucion de un ataque contra la persona de Bonaparte eran unos demagogos desesperados, los mismos que miraban la jornada del 9 thermidor como un delito nacional. Uno de ellos quiso disfrazarse en gendarme y asesinar al primer cónsul en el Teatro-Frances. Otro, llamado Jouvenat, antiguo edecán de Henriot, debia ir en compañía

de unos veinte cómplices, á la Malmaison para matar á Bonaparte; otros hombres muy oscuros, llamados Humbert, Chapelle y el curtidor Metge, que se habia establecido defensor de oficio de los patriotas, organizaron asimismo una conspiracion contra la vida del tirano. En fin, un cuarto plan fue formado por el escultor Ceracchi y por Diana, ambos Romanos, por el pintor Topino Lebrun, Demerville, pariente y antiguo secretario de Barrere en el comité de salud pública, y por Arena, hermano del diputado que, el 19 de brumaire en San Cloud, se opuso tan noblemente al general Bonaparte. Su plan era dar de puñaladas al primer cónsul en la Opera el 10 de octubre. Estos atentados, peligrosos cuando menos para los que los meditaron, se dirigian á un solo hombre. Pero otro proyecto mas atroz y cuyos resultados eran incalculables, se iba fraguando durante esta época de fermentacion horrorosa por un obrero de artillería en los astilleros de Meudon. Este hombre, que se llamaba Chevalier, conocido como un democrata furioso, inventó una máquina infernal para hacer volar al primer cónsul. Con el auxilio de un tal Veyser, fabricó un tonel

de incendio, probablemente con el intento de colocarle en el palacio consular. Felizmente les vino la idea de ensayarle detras de la *Salpetriere*, y su resultado les espantó tanto, que abandonaron su horrible proyecto. Pero la policía, avisada por un ruido extraordinario, buscó el origen y logró arrestar á Chevalier, mientras estaba ocupado á fabricar una pequeña bomba, para tirarla al coche del primer cónsul. Esta invencion execrable de una máquina infernal, halló imitadores, dos meses despues, en otra faccion mas ilustrada, pero mas perversa.

Entretanto, al dia siguiente del arresto de los asesinos de la Opera, José Bonaparte habia salido para Luneville, para ajustar la paz del Austria con el conde de Cobentzel; pero el 27 del mismo mes, este declaró que no podia abrir las conferencias como no fuese en presencia de plenipotenciarios ingleses, lo que equivalia á una declaracion de guerra y daba á conocer que el Austria habia admitido los subsidios ingleses. Esta mudanza repentina del sistema austriaco se manifestó con la desgracia de los generales Kray y Melas, el uno por el armisticio de Poldsdorf, y el otro por el

de Alejandria, ademas de que el conde de San Julian, encargado de negociar la paz en Paris, acababa de ser encerrado en una fortaleza, por haber firmado los preliminares con anuencia de su corte.

El oro de la Inglaterra produjo esta extremada y repentina resolucion. El Austria llamó á las armas á toda la poblacion, y dió el nombre de nacional á una guerra, en que puso en pie cinco ejércitos. Sobre la orilla izquierda del Danubio el general Klenau con veinte mil hombres, hacia frente al general Santa Suzana. Klenau comunicaba con Albini, que mandaba las tropas de Maguncia, pagadas por la Inglaterra, y á un cuerpo de siete ú ocho mil Austriacos mandados por Simbschon. Augereau, con el ejército galo-batavo, estaba opuesto á estos últimos. El grande ejército austriaco, opuesto sobre el Rhin al general Moreau, estaba mandado por el archiduque Juan, jóven príncipe de diez y ocho años, que reemplazaba al general Kray, y tenia por tutor al general Lauer. El marques de Chasteller mandaba en el Tirol veinte mil hombres y las milicias belicosas del pais, contra el general Macdonald, que marchaba sobre la Val-

telina. El general conde de Bellegarde, con ochenta mil hombres, estaba en el Ferrares, opuesto al general Brune. Un cuerpo de diez mil hombres escogidos formaba un segundo ejército de reserva en las inmediaciones de Amiens, bajo las órdenes de Murat.

A pesar de todos los esfuerzos del conde de Cobentzel para hacer admitir en el congreso á los plenipotenciarios ingleses, Bonaparte se mantuvo inflexible. La corte de Viena se habia aprovechado del armisticio de Hohenlinden y del Congreso, para ponerse con todas sus fuerzas á disposicion de la venganza británica; pero tampoco el primer cónsul se habia descuidado. En sus combinaciones, meditadas de antemano, dispuso que Moreau llegase hasta Viena. Macdonald era el instrumento de un plan sublime de estrategia, cuyo objeto era ligar entre sí á los cinco ejércitos franceses y dirigirlos á la vez con un terrible concierto contra los enemigos de la Francia. Bonaparte dirigia al mismo tiempo su atención sobre Viena y sobre Mántua. Entretanto, el mismo dia en que el mensaje de una guerra terrible llegaba á Luneville, el general Clarke estaba dando una fiesta á los individuos del congreso. Se cantaba

el himno de paz y los plenipotenciarios de ambas naciones se daban abrazos. El convenio del 27 de septiembre habia vencido su término; pero la victoria y no el armisticio de Hohenlinden, debia por fin acarrear la paz.

El ejército galo-batavo, cuyo cuartel general se hallaba en Offenbach, denunció el armisticio, el 9, al cuerpo del baron de Albini; las hostilidades empezaron el 24. El general mungunciano, en vez de retirarse de Aschaffembourg en donde no podia mantenerse, atacó con ímpetu; pero fue rechazado por los Holandeses; al dia siguiente Augereau entró en Aschaffembourg y dirigió sus fuerzas sobre Wurtzburg y Schweinfurt. Albini desapareció para siempre con las tropas electorales. El ejército galobatavo, despues de un ataque reñido, el 3 de noviembre, en Bourg-Elberach, se apoderó del curso de la Rednitz. Al momento mismo en que Moreau ganaba la batalla de Hohenlinden, que fue la accion mas trascendental de la campaña, el general austriaco Simbschon evacuaba la fuerte posicion de Bourg-Elberach, retirándose sobre el alto Palatinado con el fin de cerrar el Pegnitz y el desembocadero de las gargantas del Aersbrack. El general Duhesme ocupó

á Bamberg. Nuestras partidas volantes llegaban hasta Nuremberg. Wurtzbourg estaba bloqueado. Augereau avanzaba victoriosamente sobre las fronteras de Bohemia y del Danubio, cubriendo el ala izquierda de Moreau, lo que permitía á éste concentrarse en la Baviera.

Las operaciones del general Moreau empezaron el 25 de noviembre. Las avanzadas de los dos ejércitos se hallaban entre el Inn y el Yser. Se habia de pasar el Inn para alcanzar al archiduque. Este príncipe, que se hallaba á la cabeza de ciento y veinte mil hombres, viéndose apurado por las órdenes de Viena, formó el proyecto de envolver al ejército frances, muy inferior al suyo, y marchó sobre Hohenlinden con el intento de empeñar la batalla en la llanura dilatada de Ansing. Este proyecto no pudo ocultarse á su hábil contrario, cuyas maniobras de la mas diestra estrategia, desbarataron de repente el plan del consejo aulico, y obligaron al archiduque á que combatiere sobre un terreno menos extenso, intermedio entre los dos rios, aislándole de toda cooperacion con el ejército del Tirol. Varios dias se emplearon en esta maravillosa

combinacion, cuyo suceso tuvo por teatro el lugar de Hohenlinden, y los bosques y desfiladeros que rodean á aquel pueblo. El general Moreau dió al general Richepanse el encargo glorioso de decidir la victoria. Este general, que se hallaba cerca de dos leguas del centro, recibió la orden de ponerse en camino, el 3, con su division, y de acometer por las espaldas al Archiduque, luego que le viese metido en los desfiladeros. La ejecucion de esta mision peligrosa tuvo un auxiliar poderoso en la intrepidez del general Drouet, separado por el primer ataque de la division Richepanse con su brigada, y que sostuvo todos los esfuerzos del enemigo. Entró impetuosamente en el bosque con el 48º regimiento, desbaratando la retaguardia de los Austriacos, mientras que el general Walther contenia á su caballería. Tres batallones de granaderos húngaros venian avanzando en columna cerrada contra la tropa de Richepanse. « *Granaderos del 48º*, exclamó, *¿qué os parece de esta gente?*—*Han muerto*, contestaron los granaderos, y en efecto cumplieron con su palabra en el mismo momento. Entretanto el valiente Ney destrozaba al enemigo en Hohenlinden. A

las tres de la tarde los Franceses habian triunfado sobre tres campos de batalla. Once mil prisioneros y cien cañones cayeron en su poder. Al principiar una campaña, de cuyo éxito el Austria hacia depender el honor y acaso la seguridad de su corona, los Franceses habian destruido el centro y parte del ala izquierda de su grande ejército bajo las órdenes de un archiduque. Moreau, cuyo ingenio habia logrado un suceso tan inmenso, quiso asimismo mostrarse justo, repartiendo sus laureles con sus ilustres generales. ¡Qué época tan brillante aquella en que las divisiones de un ejército estaban mandadas por Lecourbe, Grenier, Ney, Grouchy, Bonnet, Grand-Jean, Bastoul, Deccaen, Richepanse, Legrand, Collaud, Laborde, d'Hauptoult, Gudin, Montrichard, etc. !

Los resultados de la victoria de Hohenlinden fueron inmensos. Quedaba que pasar el Inn para dominar el teatro de la guerra y penetrar en el Austria alta por Saltzbourg. Era imposible acometer de frente la triple línea de Inn, del Alza y de la Salza, detras de la cual vinieron á atrincherarse los cien mil hombres que quedaban todavía al archiduque. Moreau superó todas las dificulta-

des que le presentaba la naturaleza del pais y las posiciones inexpugnables del enemigo engañándole por demostraciones que llamaron su atencion hácia el Inn inferior; pues al mismo tiempo en que, á quince leguas mas arriba, á Neuperen, el general Lecourbe, á la cabeza del ala derecha, forzaba el paso, el 8 de diciembre, y daba la vuelta á la posicion de Stephanskirch por el mismo movimiento, el ala izquierda pasaba el Inn en Mulhdorf y en Wasserbourg, bajo las órdenes del general Grenier. El 12, el general en gefe se hallaba con todo su ejército sobre la orilla derecha del Inn.

El primer cónsul estaba muy lejos de esperar un resultado tan inmenso, en razon de la desproporcion de los dos ejércitos, y de los obstáculos de toda clase que el terreno elegido por el archiduque presentaba al general Moreau. Pensaba solamente que Moreau contendria á los Austriacos sobre el Danubio, y se reservaba, por medio de una operacion confiada á Macdonald, ir á tomar el mando del ejército de Brune y atacar al grande ejército austriaco de Italia. El buen éxito de la campaña dependia del cuerpo de ejército de

Macdonald, á quien habia negado enviarle la reserva reunida en Amiens por el general Murat. Era pues un cuerpo de nueve mil combatientes, casi ignorado en medio de las fuerzas imponentes de Alemania y de Italia y que se hallaba estrechado en los desfiladeros intran- sitables de los altos Alpes, que habia de dar el golpe fatal á la casa de Austria. Macdonald iba á repetir las mismas operaciones de Bonaparte, cuando, ocho meses antes, sorprendió á Melas en Italia con el paso milagroso de los Alpes. El primer cónsul conocia á fondo á los Austriacos. Sabia por experiencia que podia, con buen éxito, valerse contra ellos de unos mismos medios y se prometia las mismas consecuencias que produjeron la victoria de Marengo. Macdonald habia obedecido; pero, mientras estaba buscando durante el armisticio una salida á Italia, encontraba por todas partes trincheras enemigas defendidas por la naturaleza y nuevos peligros causados por la estacion del invierno. Viéndose rodeado de tantos obstáculos, que no podia superar, Macdonald despachó su gefe de estado mayor al primer cónsul, con el encargo de ir á dar cuenta de su situacion difícil al momento en que se de-

nunciase el armisticio, con unos pocos miles de soldados encerrados en un valle, bloqueados por los hielos, privados de toda comunicacion con los ejércitos del Rhin y de Italia y observados por unos enemigos numerosos que dominarian é impedirian todos sus movimientos, en las escarpaduras inexpugnables de las montañas, cuyas cumbres y senderos ocupaban enteramente. Pero el primer cónsul despues de haber oido é interrogado al gefe de estado mayor le dijo: « Nos apoderaremos sin » pelear de esta inmensa fortaleza del Tirol. » Es menester maniobrar sobre el flanco de » los Austriacos y amenazar su último punto » de retirada; evacuarán inmediatamente los » valles altos. No mudaré nada en mis disposiciones. Volveos cuanto antes. Voy á romper el armisticio. Decid á Macdonald que » un ejército pasa siempre, en todas las estaciones, por donde dos hombres pueden poner los pies. Es preciso que, quince dias despues de haber principiado las hostilidades, » el ejército de los Grisonos se halle sobre las » orillas del Adda, del Oglio y del Adige, que » haya disparado tiros sobre el monte Tonal, » que los separa, y que llegando sobre Trento

» venga á formar la izquierda del ejército de
 » Italia y maniobre de acuerdo á las espaldas
 » de M. de Bellegarde. Tendré cuidado de que
 » lleguen á tiempo refuerzos donde se necesi-
 » ten. No mido la importancia del mando so-
 » bre la fuerza de un ejército; pero sí, sobre
 » la importancia y el fin de la operacion. »
 Esta fue la contestacion del primer cónsul.
 No podia tener otro comentario que la ejecu-
 cion de sus planes y él mismo habia dado la
 señal haciendo denunciar el 8 de noviembre
 el armisticio á los Austriacos.

En el mismo momento en que Macdonald
 recibia este *ultimatum* de Bonaparte, el se-
 gundo ejército de reserva, bajo las órdenes
 de Murat, avanzaba sobre los Alpes del Pia-
 monte, y con este movimiento intermedio,
 tenia suspensas las esperanzas del ejército de
 los Grisonos y del de Italia, que deseaban
 igualmente la reunion á sus banderas. Pero el
 primer cónsul solo conocia el misterio de su
 destino, y este ejército, despues de haber atra-
 vesado con lentitud el Piamonte, donde Soult
 acababa de comprimir la insurreccion por su
 prudencia y su firmeza, se habia dirigido so-
 bre el Milanés, donde se acantonó.

Entretanto, Macdonald se habia puesto en
 movimiento, y despues de haber engañado
 con destreza al enemigo por una falsa demos-
 tracion sobre el Tirol alemán, metió á su ejér-
 cito en los desfiladeros intransitables de Splü-
 gen. Las nieves habian cerrado todas la co-
 municaciones entre los puntos habitados; fue
 menester sondear y abrir los caminos. El
 ejército tuvo que luchar contra estas tormen-
 tas terribles que precipitan en los valles aludes
 de nieve y de hielos, desde la cumbre de los Al-
 pes. La 104ª media brigada, extraviada des-
 pues de una de estas tempestades, estuvo dos
 dias para reunirse. Empezaba el mes de di-
 ciembre y el invierno desplegaba todos sus
 rigores en el caos espantoso de los altos Alpes.
 La 3ª media brigada del Oriente representaba
 á Bonaparte en esta guerra contra la estacion.
 Los vencedores de Aboukir y de Heliopolis
 iban á hallarse sobre el teatro de sus prime-
 ras hazañas. El 6 de diciembre el cuartel ge-
 neral del Macdonald llegó á Chiavenna. Allí em-
 pezó la guerra contra los hombres sin cesar
 contra los elementos. Pero el 3, Moreau habia
 ganado la batalla de Hohenlinden, y la noticia
 de esta gran victoria anunciada á la Inglaterra

por las baterías de Calais y de Boloña, retumbó también en medio de las nieves de la Valtellina y del Engaldin. Diez mil Austriacos ocupaban el valle de Nos, que era preciso atravesar para comunicar entre los del Oglio y del Adige. El ataque del monte Tonal, que dominaba á este valle, fue resuelto por Macdonald. Acababa de saber que se hallaba bajo las órdenes de Brune, y ya no podía obrar de un modo independiente; pero habiendo formado el proyecto audaz de envolver enteramente la derecha del ejército austriaco y de echarla mas allá del Adige, pidió á Brune dos divisiones del ala izquierda con el fin de marchar con este refuerzo á la cabeza de veinte y tres mil hombres por Vicencia sobre las espaldas de los Austriacos. Brune se las negó y Macdonald se mantuvo firme en su resolución, á pesar de la debilidad de su ejército reducido á siete mil hombres por la pérdida de ocho compañías sorprendidas en Scampf y en Zutz por el general Bachmann la noche del 8 al 9 de diciembre, y por la muerte de un cierto número de soldados sepultados entre las nieves. Con todo, el general Brune le envió dos mil hombres de la legión italiana. Con estas tro-

pas reunidas, Macdonald logró pasar las cumbres. Pero, hasta haberse reunido con el ejército de Italia, la operación discurrida por el primer cónsul, y cuyos movimientos dirigía desde su gabinete de las Tullerías, era solamente una empresa audaz sin resultado como sin motivo; pero no sucedió así. Los precipicios, las nieves y los escarpes de los Alpes se habían vuelto caminos militares para los batallones franceses.

Entretanto, Moreau había recibido la orden de ir á Viena á dictar la paz. Tenía que vencer á los cien mil hombres del archiduque Juan, que concentró sus tropas en las inmediaciones de Saltzbourg, cuyas avenidas cubría con fuerzas imponentes. Pero desde el 14, el general Decaen sorprendió en Laufen el paso de la Saltza, y el centro y la izquierda del ejército atravesaron el río con rapidez. El 15, después del combate de Vaal, que costó la vida á dos mil Franceses, el general Decaen entró en Saltzbourg por la orilla derecha y el general Lecourbe por la izquierda. La toma de esta ciudad, ó por mejor decir su evacuación por los Austriacos, abrió á los Franceses el camino de los Estados hereditarios que no ha-

bian podido ser defendidos por un ejército nacional de cien mil soldados, mandados por un príncipe imperial, en las fuertes posiciones y en las plazas de guerra, que guarnecen las orillas del Inn y de la Saltza. Moreau quiso ilustrar todavía su campaña por una gran batalla y mandó á sus tenientes perseguir á los Austriacos con vigor y celeridad. El general Richepanse, que mandaba la vanguardia, salió de Saltzbouurg; anduvo corriendo las doce leguas que le separaban de la retaguardia austriaca, la acometió al día siguiente al rayar el alba, la destrozó, y despues de otras dos jornadas de combates, alcanzó al enemigo que se habia atrincherado en Shewanstadt. La derrota de los Austriacos era completa y daba la señal de su última resistencia. El general Richepanse continuó su marcha brillante, ganando las acciones de Lambach y del Traun, y el ejército frances pasó este rio sobre cuatro puntos diferentes, del 10 al 20.

Lintz, la puerta de Viena, cayó en nuestro poder. Pero mientras que Moreau seguia ganando victorias, el ejército austriaco habia mudado de general á instancias del mismo archiduque Juan. El emperador, ocupado en

pasar en Odembourg revista á la insurreccion húngara, la hizo avanzar sobre Viena y declaró que tomaba á su cargo la defensa de la capital. El archiduque Carlos, caido en desgracia desde la paz de Campo-Formio, llamado de repente por la inquietud y por la confianza pública, vivia entonces en Praga, en donde estaba ejercitando á las milicias de Bohemia. La corte de Viena solia recurrir á este príncipe en sus grandes calamidades. Buen ciudadano, como capitán experto, tuvo la generosidad de admitir el título de generalísimo. Debió al miedo y á la necesidad el que se le devolviesen todas las distinciones que habia perdido por el odio que le tenia la emperatriz. Menos sensible, sin embargo, á este favor político, que al amor y á la estimacion de su nacion, vino en el mes de marzo al ejército; pero llegó á Wals, en donde se hallaba el cuartel general, la víspera de la derrota de Shewanstadt al tiempo en que habiamos forzado la línea del Traun. Desde entonces no le quedaron dudas del mal éxito de la campaña. Con todo, procuró reunir sus fuerzas y hacerlas tomar posicion sobre la línea del Ens, la última que quedase por defender. Moreau adivinó los

planes del archiduque, y no quiso dejarle el tiempo de aguardar que llegasen las reclutas húngaras y de Bohemia que venian á toda prisa, con cuyo auxilio el príncipe podía obligarnos á admitir una batalla desesperada debajo de las murallas de Viena. En consecuencia, Richepanse recibió la orden de perseguir y de llegar hasta Kremsmunster, por donde el enemigo se retiraba para pasar el Ens en Steyer. En aquel tiempo existia mucha emulacion entre los generales. El incansable Lecourbe, despues de haber atravesado las montañas al salir de Saltzbουργ, habia alcanzado á la retaguardia austriaca en Kremsmunster, y ocupaba ya la ciudad baja cuando Richepanse entró. El 20 de diciembre el ejército frances estaba formado al otro lado del Traun. El 21, el conde de Meerfeldt, el negociador de Leoben, se presentó como parlamentario, al momento en que Richepanse iba á marchar sobre Steyer. Pidió una suspension de hostilidades; pero Moreau, no hallando suficientes los poderes que tenia el conde, solo concedió cuarenta y ocho horas, declarando que continuaria marchando si no llegaban nuevos poderes de Viena y añadió que no con-

sentiria en un armisticio, como el Emperador no se decidiese á firmar una paz sin la Inglaterra y á mandar á sus tropas evacuar el Tirol.

Siguiendo los planes del archiduque Carlos, los generales Klenau y Simbschon habian concertado sus operaciones contra el ejército galobatavo, y el 18 de diciembre, Augereau tuvo sus dos alas empeñadas separadamente con los Austriacos en las inmediaciones de Nuremberg, que dió su nombre á la batalla. Augereau, á la cabeza de doce mil hombres contra treinta mil, habia tenido la habilidad de conservar sus posiciones, guardando el Redentz, Wurtzbουργ, Nuremberg, y de impedir que por una diversion, combinada entre los generales Klenau y Simbschon y el príncipe bavaro de Berkenfeld, se amenazase al ejército de Moreau. El general Santa Suzana habia progresado por su parte á la derecha de Moreau y era dueño de Ratisbona. Este suceso quitaba á los enemigos la ventaja de su marcha ofensiva y los obligaba á volver á sus posiciones primitivas. Moreau dió pruebas repetidas del ingenio militar mas completo; pero debió mucho al acuerdo unánime de los generales los mas

apartados de su centro de operaciones , para segundarle con todos sus medios , como si hubiesen obrado bajo el influjo diario y directo de su mando. El honor nacional estaba representado con dignidad por los ejércitos.

Habiendo pasado las cuarenta y ocho horas sin noticias de Viena , Moreau , cuyas avanzadas habian llegado hasta dos jornadas de la capital , marchaba sobre Steyer cuando el general Grune se presentó con plenos poderes. El 25 de diciembre el armisticio fue firmado en Steyer por Grune en nombre del archiduque y en nombre de Moreau por el general Lahorie que pereció despues tan miserablemente. Por este armisticio , el Tirol quedaba evacuado y puesto bajo la disciplina francesa; y el ala derecha del ejército de Alemania podia reunirse con el ejército de Italia. El ejército frances disponia de todos los recursos del Austria alta , de la Baviera y de Suaba , y en cuarenta y ocho horas podia llegar hasta las murallas de Viena. En veinte y cinco dias , Moreau habia conquistado noventa leguas de pais , cortado y defendido por las cuatro líneas fuertísimas del Inn , del Saltza , del Traun y del Ens , y habia llenado el grande objeto político de la

Francia , que era excluir á la Inglaterra del tratado de paz.

Entretanto , las victorias que hacian depouer las armas á la casa de Austria á las puertas de Viena , animaban en Paris á los asesinos del primer cónsul. Unos compañeros de Jorge Cadoudal señalaron el dia 24 de diciembre para matar á Bonaparte con la explosion de una máquina infernal , cuando pasaria para ir á la Opera , donde debian hallarse reunidos el primer cónsul con su familia , toda la corte y lo mas selecto de la sociedad de Paris , con motivo de la representacion del famoso oratorio de Haydn , titulado la *Creacion del mundo*. Los autores de este plan execrable se llamaban Saint-Regent , antiguo oficial de marina , Carbon , Limoëlan , Joyant dicho d'Assas , y Lahaye San Hilario. Estos monstruos , segun se ha dicho , pensaron en colocar la máquina debajo del mismo teatro de la Opera. A eso de lassiete de la tarde , pusieron un carro con un barril de pólvora y balas en la calle de San Nicasio , entonces una de las mas pobladas de Paris. Saint-Regent y Carbon dicho el pequeño François , debian cuidar de la ejecucion. Bonaparte tuvo avisos ; pero imitando a

César los despreció, y debió la vida á su cochero, que hallándose borracho salió á todo escape y con haberse adelantado solo en dos segundos frustró las esperanzas de los conspiradores. Habian calculado con serenidad el momento de la explosion con el paso ordinario del coche del primer cónsul, sin acordarse del número de víctimas. Cincuenta y seis personas fueron heridas y veinte y dos muertas. El teatro estaba tan lleno de gente y tan alborotado con la llegada del primer cónsul, que nada se oyó del ruido espantoso de la explosion. De repente se esparció la noticia y ya algunos empezaban á alarmarse, cuando Bonaparte apareció, y al mismo tiempo el teatro se hundió en aplausos; pero cuando en el patio y en los palcos se supo el peligro que acababa de correr, la exaltacion pública no conoció límites. Todas las miradas, todos los gestos se dirigieron simultáneamente hácia el palco del primer cónsul. En aquel día, sin duda, tuvo el mas hermoso triunfo de toda su vida, y conoció cuanto la poblacion escogida de la capital se interesaba en su conservacion. Se decía por todas partes que su salvacion tenia algo de maravilloso, y en efecto no se podia negar

que no fuese el hombre de los milagros. De manera que el atentado del 3 de nivose aseguró su poder mas que ninguna de sus victorias, porque su existencia fue mirada por una expresion unánime como una felicidad pública. Bonaparte, con haber escapado de un peligro tan difícil de evitar, pareció á muchos espíritus religiosos predestinado por la providencia, y la supersticion legitimó su fortuna.

Pero el cónsul, que habia manifestado la mayor serenidad en medio del peligro y durante toda la opera, echó despues una mirada severa sobre el acontecimiento. Fouché, ministro de la policia, quiso justificarse á sus ojos de la ignorancia en que habia estado de un atentado, que no podia ser un crimen aislado sino el resultado de una conspiracion. Se acordó con oportunidad de su antiguo oficio de proscripcion. En consecuencia para satisfacer á la pasion del momento que hacia acriminar á los republicanos todas las empresas contra Bonaparte, y con el fin de no dar lugar á la menor sospecha de connivencia con sus antiguos amigos extendió una lista de ciento y treinta patriotas, que los cóasules mandaron desterrar por un senado-consulto redactado

de noche. Fouché, que debía renovar este medio revolucionario en 1815, bajo un rey de Francia, Fouché no se ciñó á hacer ejecutar el decreto dado contra unos ciudadanos inocentes de la conjuración que se les acriminaba. Despues de un informe suyo, las cárceles se abrieron para otras víctimas: en fin Bonaparte, á quien servian con tanto celo los hombres de la revolucion que formaban sus consejos, se atrevió á pasar enteramente los límites de la legislacion, y pidió una ley, que no solo estableció tribunales especiales que eran necesarios, sino que daba tambien á los cónsules la facultad de desterrar á las personas sospechosas. Esta proposicion se hizo primero al tribunato; y este cuerpo mereció dignamente su desgracia próxima con una discusion muy viva sobre el senado-consulta. Jamas hubo batalla legislativa mas reñida y tan indecisa. En aquella época los ciudadanos respetaban aun al patriotismo de los oradores y á los derechos individuales. Los acentos republicanos retumbaban todavía en la tribuna; los debates eran libres y las leyes no se votaban por fuerza ó por seducccion. Entonces Daunou, Chenier, Benjamin Constant se ilustraron de-

fendiendo á las libertades públicas y rechazando á las innovaciones presentadas por el consejo de estado. La lucha entre el poder y el tribunato duró siete sesiones; la resistencia de los tribunos recordaba los dias hermosos de la legislatura francesa, y una mayoría de ocho votos solamente, que hizo admitir la ley, cubrió de gloria á la parte de aquella asamblea que la rechazó. Luego que el gobierno se vió autorizado con nuevas facultades, todas las conspiraciones, que habian amenazado directamente la vida del primer cónsul, fueron perseguidas ante los tribunales civiles ó militares; Arena solo fue sentenciado por un jurado. La inspiracion de la ley que creaba tribunales de excepcion venia de los campos de guerra de Italia y de Egipto.

La gloria iba á cubrir de laureles los excesos del poder. Los ejércitos beligerantes abrieron la campaña de Italia el 15 de diciembre. El general Bellegarde, á la cabeza de setenta mil hombres, tenia que aguardar la cooperacion de los ejércitos del Tirol y de Nápoles para pasar el Mincio y entrar en el Milanés. El general Brune no podia igualmente tomar la ofensiva sobre la fuerte línea del Mincio,

antes de haber asegurado su ala izquierda con la marcha del ejército de los Grisones. El 17 de diciembre, Bellegarde habiéndose movido, Brune salió avanzando. Dupont mandaba el ala derecha francesa, Moncey la izquierda; Suchet el centro y Delmas la derecha. El general Rochambeau, destacado del ala izquierda, debía comunicar con el ejército de Macdonald. Marmont mandaba la artillería. El paso del Mincio estaba señalado en el lugar de Mozambano. El 21, se empenó una acción general; los Austriacos echados de todos sus puestos se retiraron hasta Peschiera. Moncey se apoderó de Mozambano y Suchet ocupó la posición de la Volta. Dupont echó al enemigo al otro lado del Mincio, y se estableció delante de Goito; pero recibió la orden de echar un puente á Molino della Volta, enfrente del lugar de Pozzuolo, y de dirigirse con su cuerpo hacia la Volta. Se le encargaba hacer un falso ataque el 29, mientras que se estaba efectuando el paso en Mozambano, el mismo día. Este falso ataque, combinado con habilidad y ejecutado con vigor, dió motivo á que pasase al otro lado á pesar del fuego del enemigo, y vino á ser una batalla decisiva que daba fin á la campaña

desde el principio, si el general en jefe no se hubiese obstinado en su primera resolución, á pesar de los mensajes de Dupont que le informaba que estaba peleando con el centro y con la derecha del ejército austriaco. En vano Suchet vino á asegurar que el general Loison estaba peleando en Borgheto con la misma energía que Dupont en Pozzuolo; Brune se mantuvo inflexible. En fin el general Dupont despachó el general Ricard, su jefe de estado mayor, para anunciar y representar que, en lugar de limitarse á la diversion propuesta, se hallaba empeñado en una batalla formal, cuyo resultado quedaba asegurado con el paso del rio, si los tres cuerpos de ejército restantes se reunían al suyo. Nada pudo vencer la obstinación del general en jefe. Sin embargo, á pesar de su resolución, la batalla de Pozzuolo duró todo el día. La aldea, cuya ocupación era importantísima, se tomó y se perdió muchas veces. El general Suchet con tres brigadas, sostenía el cuerpo de Dupont; Pozzuolo quedó en poder de las tropas francesas. El enemigo perdió seis mil hombres, entre ellos dos mil prisioneros. El general Brune no se contentó con detener á la victoria, quiso hacerla retroceder. Los ge-

nerales Suchet y Dupont, aunque victoriosos, tuvieron que abandonar sus posiciones y venir á tomar el puesto que les correspondia en la operacion de Mozambanò, que se efectuó el 17, á pesar de la resistencia la mas viva. Los combates de Vallegio y de Salionzo añadieron nuevos laureles á los de Pozzuolo, y costaron todavía seis mil hombres al enemigo que se retiró sobre el Adige. El general Bellegarde concentró su ejército en el campo de San Martin delante de Verona. Pero el general Brune le anduvo siguiendo, repitiendo sobre el Adigela maniobra del Mincio. Un falso ataque, confiado tambien á Dupont delante de Verona, distrajo al enemigo, y el paso se efectuó el 1º de enero de 1801 en Bussolengo.

Al momento en que el general Delmas, á la cabeza de la vanguardia, atravesaba el Adige, un parlamentario del conde de Bellegarde vino á dar parte del armisticio de Steyer y ofrecer de estipular un convenio bajo las mismas bases; pero existia una dificultad, de cuya resolucion dependian las facultades que tenia el general frances para tratar. El primer cónsul, en una carta, habia fijado las condiciones de una ocupacion política y militar.

« Os advierto que hagais conocer al general »
 » Brune que no debe consentir en ningun ar- »
 » misticio, como no se le conceda la ocupacion »
 » de Mántua, Peschiera, Ferrara, Ancona y á »
 » lo menos la parte de Leñano que se halla sobre »
 » la orilla izquierda del Adige; en el caso en »
 » que el enemigo no quiera admitir las condi- »
 » ciones, debe situarse sobre el Piave. Man- »
 » dareis al general Macdonald dirigirse sobre »
 » Trento y facilitar, con sus movimientos en »
 » las gargantas de Basano, el paso del Brenta. »

Tales eran las órdenes del primer cónsul; la corte de Viena, al contrario, prescribia al general Bellegarde conservar á Mántua á toda costa.

Al día siguiente, 2 de enero, todo el ejército frances estaba sobre la orilla derecha del Adige, Bellegarde habia levantado su campo de San Martin y evacuado á Verona. Aguardaba con impaciencia la cooperacion de los generales del Tirol, á quienes habia mandado reunirse con él en Vicencia por el valle del Brenta. Pero con sus nueve mil hombres, Macdonald estorbaba su retirada, al mismo tiempo que procuraba seguir los movimientos de Brune, que le dió parte del paso del Mincio y le daba

la órden la mas expresa de llegar á Trento antes que las tropas que tenia enfrente. Brune, mas generoso esta vez, puso á la disposicion de Macdonald los tres mil hombres de la division Rochambeau. Para entonces Macdonald, siguiendo su marcha audaz por los hielos y peñascos, habia llegado el 6 de enero á Storo, á veinte y cinco leguas de Trento. El ejército de los Grisones habia cobrado un nuevo ardor con la noticia del paso del Mincio, y los generales austriacos del Tirol italiano hicieron nuevos esfuerzos para impedir la reunion de Macdonald y de Moncey; pero éste último habia llegado el 9 á Roveredo, despues de haber batido á los Austriacos en la Chiusa, en la Corona y en Serra-Valle. El general Laudon habia concentrado sus fuerzas entre Roveredo y Trento, cuando Macdonald entró en aquella ciudad, despues de haber andado en un dia cuarenta millas. Laudon escapó á Moncey, engañando su lealtad con la falsa alegacion de un armisticio como el de Steyer, estipulado entre Brune y Bellegarde. Moncey no tuvo dificultad en firmar el convenio y no conoció el engaño de Laudon hasta despues de haber llegado cerca de Trento.

El ejército frances perseguia con vigor al ejército austriaco; despues de un encuentro muy reñido, llegó el 8 de enero á Vicencia; el 12 pasó el Brenta. Dos dias despues el general Bellegarde se hallaba separado del ejército victorioso por el Piave; pero al momento en que el coronel Sebastiani entraba en Treviso, los plenipotenciarios austriacos se presentaron con poderes. El general Brune vino á Treviso, donde firmó el armisticio el 16.

Quedó estipulado que todas las plazas designadas en la carta del primer cónsul al ministro de la guerra, se entregarían á los Franceses, exceptuando á Mántua, que debia quedar bloqueada á ochocientas toesas. Pero, como era fácil de preverlo, el primer cónsul, lejos de ratificar el armisticio de Treviso, amenazó con denunciar el de Steyer, si Mántua no se entregaba. Un nuevo armisticio, cuyas condiciones dictó, se firmó en Luneville el 26 de enero y Mántua abrió sus puertas al ejército de Italia. Segun se ha visto, Brune, desde el principio de la campaña, no quiso tomar consejo sino de sí mismo. Así es que, despues de haber hecho perder á su ejército la ocasion de una victoria decisiva, ofrecida por el ene-

migo en Pozzuolo, hubiera perdido con la cesion de Mántua el fruto mas apreciable de la victoria, si el primer cónsul no hubiese insistido. Así se acabó la campaña de Brune, tan brillantemente sostenida por Dupont y Suchet. Brune estuvo muy lejos de recordar, á la cabeza del ejército de Italia, el guerrero de Rivoli y de Berghen; y tuvo mucho que agradecer á los generales Suchet y Dupont que tuvieron todo el honor de la campaña.

La cooperacion de Nápoles, á favor del ejército austriaco, habia sido absolutamente nula, pero podia hacerse peligrosa; pues el general Miollis, que con tres mil hombres solamente habia podido contener á la Toscana, y reprimir la insurreccion de Arezzo, se vió precisado á hacer avanzar las levass cisalpina y piamontesa contra los Napolitanos que habian llegado hasta Siena, con el cuerpo del general austriaco Sommariva; felizmente los rechazó sobre el camino de Roma. El primer cónsul habia previsto esta diversion que le pareció un verdadero peligro en caso, de que el ejército de Italia experimentase alguna desgracia. Para oponer de repente una fuerza respetable á los Napolitanos, dirigió sobre los

Alpes la segunda reserva de diez mil hombres formada en Amiens, la que salió de Milan el 12 de enero dirigiéndose sobre la Toscana y sobre Ancona. Esta marcha cubria todavía un misterio, pues era todo á favor del Santo Padre, cuyos Estados, invadidos por los Napolitanos, Murat tenia el encargo de libertar. Entonces el primer cónsul hizo entrar por la primera vez al Papa en los cálculos de la política francesa tomando bajo su proteccion el patrimonio de la Iglesia, y logrando del Sumo Pontífice que cerrase sus puertos á los Ingleses. En cuanto á los Napolitanos, nunca quiso mirarlos como confederados del Austria, aunque los hubiese cogido *in flagranti*, sino como los de la Inglaterra que ocupaba sus puertos. La misma consideracion que le habia determinado á no admitir á la Inglaterra en su negociacion de Luneville con el Austria, le hizo igualmente prohibir al general Brune el incluir al ejército napolitano en el armisticio de Treviso. Al recibir esta noticia, la reina Carolina, asustada ya con el paso del Mincio, viéndose aislada en un extremo de la Italia, y expuesta á las venganzas del vencedor, salió apresuradamente para San Petersburgo, donde logró in-

teresar á su favor, acerca del primer cónsul, al emperador Pablo I°. En qué brillante posición se hallaba entonces la República francesa! Un emperador de Rusia despachaba á uno de los principales oficiales de su corona para solicitar á favor de la reina de Nápoles. El montero mayor de Rusia logró con facilidad del primer cónsul el que admitiese como medianero á su soberano. Bonaparte tenía interés en que toda la Europa conociese la union que existía entre él y Pablo I°, en el momento en que su ejército obligaba á la casa de Austria á pedir la paz á dos jornadas de Viena. El embajador de Rusia fue recibido con una pompa real, y mantenido durante todo el viage que hizo, por orden de su soberano, desde Paris á Napoles para determinar á la reina Carolina á que aceptase las condiciones de la Francia. El ejército de Italia le hizo los mayores honores. En llegando á Florencia, Murat salió á recibirle, y halló la ciudad iluminada. Por la noche fue al teatro, donde se le ofreció una bandera rusa, que juntó con una francesa diciendo: «*Dos grandes naciones deben ser amigas para la paz del mundo y el bien general.*» El desgraciado Pablo pagó con la

vida las pruebas que dió de su adhesión á este principio generoso. Su intervencion detuvo entre las manos de Bonaparte el rayo que iba á hacer cenizas al trono de Nápoles, y obligó á la reina Carolina á firmar el 18 de febrero de 1801, un armisticio de treinta dias, que cerraba sus puertos á la Inglaterra, su natural protectora, y á entregar sus plazas principales al ejército frances. En esta circunstancia, Pablo apoyaba poderosa y patentemente el sistema continental, cuya renunciacion estipulada, doce años despues, en su propio palacio, debia llamar á su aliado Napoleon á Moscou, y á su sucesor Alejandro á Paris. La reina Carolina se determinó con prontitud, cuando supo que Murat, á la cabeza de parte del ejército vencedor del Austria, marchaba sobre Nápoles. De manera que esta princesa perdió la esperanza de ser comprendida en el tratado que el Austria negociaba en Luneville. Los doce mil Franceses que entraron en las plazas fuertes napolitanas, bajo las órdenes del mariscal Soult, en virtud del convenio militar, se llamaron ejército de ocupacion, y el erario de Nápoles tuvo que pagar 500,000 francos mensuales para su sueldo.

El tratado que dió fin á la guerra entre la Francia y Nápoles, se firmó en Florencia el 28 de marzo.

Despues de haber ganado la batalla de Hohenlinden, Moreau dijo á sus generales: *Acabamos de conquistar la paz*. En efecto, el conde de Cobentzel quese habia quedado en Luneville, varió enteramente su actitud despues de la victoria de Moreau. En una nota del 31 de diciembre, declaró que se hallaba autorizado por su soberano á interpretar sus poderes en el sentido que entendian los plenipotenciarios franceses, y á *tratar sin el auxilio de los Ingleses*. Esta gran concesion, cuya conquista acababa de causar en Alemania, é iba á causar en Italia tantos desastres y tantas pérdidas para la casa de Austria; era la paz del continente. El paso dado por el conde de Cobentzel formaba una declaracion supletiva. La ocupacion de la Italia y la toma de Mántua, la parcialidad del papa, la accesion tan directa, tan temible del emperador de Rusia, y la humillacion de la corte de Nápoles que, por orden de aquel monarca, se entregó al alvedrío del primer cónsul, produjeron, el 9 de febrero, la paz de Luneville.

Este famoso convenio, recordando todas las cláusulas del tratado de Campo Formio, volvía á ratificar la cesion de la Bélgica á la Francia y le traspasaba la soberanía de la orilla izquierda del Rhin; quitaba ademas al emperador de Austria el protectorato del cuerpo germánico, rompiendo el lazo federativo, y dejando la votacion al alvedrío de Bonaparte, preparaba la confederacion del Rhin, señalaba el Adige por límites de las posesiones francesas y austriacas en Italia; obligaba á la corte de Viena, á reconocer la independenciam de las repúblicas cisalpina y liguriana, batava y helvética; despojaba al hermano de Francisco II de la Toscana, y bajo el vano título de reino de Italia, erigido en cambio del ducado de Parma, hacia con el gran ducado una recompensa de la fidelidad de la casa de Borbon de España, y de su enemistad contra la Inglaterra. Al momento en que se publicó el tratado, los ejércitos se maravillaron con espanto del nuevo órden político que salia de repente de los campos de batalla de Alemania y de Italia, y del espectáculo, desconocido, dado al universo por la fuerza y la fortuna. Los hombres advertidos juzgaron que la auto-

ridad despótica de los campos de batalla, origen de la primera autoridad regia, iba á presentarse á la Francia bajo de otra forma, y que, noteniendo nada que esperar en adelante del amor ó de la gratitud de los pueblos y nada que temer de su ingratitud ó de su enemistad, Bonaparte, levantado ya tres veces sobre el paves triunfal por la derrota de la casa de Austria, no se contentaria con ser el primer magistrado de la nacion durante la paz, ó su dictador en los peligros. Los hombres de 89, que habian apoyado la revolucion del 18 brumaire y puesto en los resultados las esperanzas mas lisongeras, tuvieron que refugiarse á sus recuerdos; no habian previsto tanta gloria seguida de tanto poder. El tratado de Luneville daba en que pensar á todos los partidos que existian en Francia, y á todos los intereses exteriores. Nadie se atrevia á correr el velo que cubria el porvenir, todo el mundo aguardaba en silencio.

El 12 de febrero, llegó á París la noticia de la paz de Luneville, y sorprendió á los habitantes de la capital, entregados á las diversiones del Carnaval. La fiesta popular se volvió fiesta heroica. La poblacion entusiasmada

acudió á las Tullerías; allí se formaron bailes de improvisó; la música militar de la guardia consular sirvió de orquesta, y en medio de los gritos de viva Bonaparte se celebró una funcion de triunfo y de paz. El ruido de la artillería se mezcló hasta la noche al alborozo popular. Se cantaron en los teatros himnos compuestos repentinamente por los poetas de la República, los habitantes iluminaron espontáneamente sus casas, y los Parisienses volvieron á ejercer aquella soberanía popular, que apenas habian abdicado en la época del terror. La subida de los fondos, que despues se mostró tan infiel á los intereses de la Francia, señaló desde aquel dia la marcha, ó por mejor decir el entusiasmo de la opinion. Se especuló sobre el tratado de Luneville como se habia especulado sobre el 18 brumaire, y este agiotage, creado por la gloria que cubria la Francia, pareció una garantía de la fortuna pública. La funcion la mas brillante fue la que dió M. de Talleyrand, ministro de relaciones exteriores. Allí el primer cónsul recibió los homenajes de todas cuantas personas distinguidas en todas clases, nacionales y extranjeras, estaban en París; las ilustraciones

de la monarquía y de la revolucion, antiguos cortesanos y antiguos repúblicanos; nuevos ricos, guerreros, sabios, poetas, magistrados, legisladores, artistas, todos se juntaron para honrar en el primer cónsul el pasado, el presente y el porvenir. Paris se entregaba sin prevision á todo el delirio de la prosperidad nacional. Bonaparte recogió entonces los votos para este otro 18 brumaire que estaba meditando. Nunca la libertad de un gran pueblo, cual era entonces el pueblo francés, sucumbió á un peligro mas hermoso.

Sin duda, esta perdido ya el recuerdo de este entusiasmo y de esta seducción; pero el tributo, pagado á la industria por el hombre de los campos de batalla, debía vivir para siempre en la institucion del 4 de marzo de 1801. Desde aquel dia, la exposicion de los productos manufactureros é industriales de la Francia quedó señalada para los últimos dias del año republicano (17 á 22 de septiembre). Esta creacion, que dió á conocer otra superioridad de aquella época tan memorable, igualó la gloria de las artes útiles á la gloria de las armas, á la que ha sobrevivido; y la ciencia, modesta, laboriosa y fecunda, tuvo

bien sus conquistas y sus triunfos. El genio de la guerra en su descanso dedicó este homenaje á la paz y le ofreció á la patria, que se mostró tan agradecida que se entregó á su alvedrío con todas sus esperanzas y todos sus recursos, admitiendo imprudentemente en cambio de sus libertades, los trofeos de la victoria.

CAPITULO IV.

CONTINUACION DE LA GUERRA CON LA INGLATERRA. — CONFEDERACION DEL NORTE. — MUERTE DE PABLO I°. — GUERRA DE PORTUGAL CON ESPAÑA. — PAZ DE MADRID. — CONCORDATO. — CAPITULACION DE ALEJANDRIA EN EGYPTO. — PAZ CON LA BAVIERA. — PRELIMINARES DE PAZ CON LA GRAN BRETAÑA. — PAZ CON LA RUSIA. — CON LA PUERTA OTOMANA.

(1801)

La coalicion se reducía á la Inglaterra, al Portugal, su colonia, y á la Puerta Otomana, hecha su satélite por la guerra de Egipto. Las cortes del Norte con su neutralidad armada se oponían como las de Francia, España é Italia, al despotismo marítimo de la Gran Bretaña. Jamas estalló declaracion mas formidable contra la soberania de los mares. Esta acta quedará como uno de los mas hermosos monumentos del consulado de Bonaparte. Toda la parte de acá del Elba se habia sometido á las estipulaciones del tratado de Luneville. El cuerpo germánico, siguiendo la suerte del Austria, se habia visto comprendido, sin

ser consultado en los sacrificios impuestos al Emperador. Los Franceses poseían ú ocupaban toda la Italia desde la parte de acá del Adige. El soberano del Piamonte y la república genovesa iban á desaparecer. El nuevo reino de Etruria no hacia pronosticar una existencia muy duradera; el pleito de la corte de Nápoles estaba aun pendiente; pero se hallaba en una especie de entredicho político. Todos los príncipes seglares de la península habian perdido su consistencia, el Sumo Pontífice solo conservaba la suya. El Papa obtenia su entera independendencia con la condicion de cerrar sus puertos á los Ingleses, y el supremo magistrado de la República francesa reconocia las leyes del Vaticano.

El general en gefe Murat, á quien el primer cónsul mandaba, por el intermedio del ministro de la guerra, asistir á alguna ceremonia solemne religiosa, estaba encargado acerca del Santo Padre de una negociacion, cuya tradicion se originaba únicamente del hijo primogénito de la Iglesia. El general Soult y su estado mayor recibieron la órden de ir á misa en el reino de Nápoles y de vivir en paz con los curas. La obediencia de los

generales no era dudosa ; pero lo que se miró entonces como una orden de mera disciplina militar encubria un gran secreto entre el Papa y Bonaparte.

Entretanto, y aunque la Italia entera llevase el yugo de la República, un puerto de una isla arrimada á la Toscana ofreció con su larga resistencia una excepcion honrosa al poder de la Francia. Por el tratado de Florencia de 28 de marzo entre la Francia y Nápoles, la reina Carolina nos cedió el principado de Piombino y todo cuanto poseia en la isla de Elba ; lo demas pertenecia á la Toscana. Pero los Ingleses ocupaban militarmente la isla entera, y los puertos napolitanos de Porto-Longone y de Porto-Ferrayo, de donde salian los cruceros británicos, tenian bloqueado estrechamente al reino de Etruria. En consecuencia, Murat recibió el encargo de apoderarse de la isla de Elba. Bonaparte, como si se hallase dominado por una prevision fatal, puso tanto empeño en este asunto que él mismo extendió el plan de ataque. La expedicion salió de la isla de Córcega el 30 de abril, bajo el mando del coronel Mareotti, y solo experimentó algunos obstáculos por parte de

unos puestos ingleses que fueron rechazados. El gobernador napolitano de Porto-Longone entregó, en virtud del tratado, la plaza á los Franceses. La expedicion que salió de Piombino, bajo las órdenes del general Tharreau, no tuvo un igual suceso delante de Porto-Ferrayo. El gobernador era Ingles, y como tal no quiso conformarse al tratado de Florencia. Fue preciso sitiar á aquella plaza, lo que hizo el general Watrin ; pero luego el almirante Warren cercó á toda la isla con su escuadra. Los Franceses experimentaron algunas pérdidas marítimas, y las tropas del sitio se hallaron enteramente aisladas de la tierra-firme. Porto-Ferrayo, defendido por algunos centenares de hombres, resistió con vigor á muchos asaltos, y sostuvo un bombardeo. La plaza quedó en poder de los Ingleses, hasta que se formaron los preliminares del tratado de Amiens, cinco meses despues del ataque del general Tharreau. De manera que la voluntad impaciente de Bonaparte no pudo reducir á su imperio á este puerto reservado por los hados como un asilo á su caida ; estaba, por decirlo así, llevado á pesar suyo á hacer un reconocimiento en el porvenir ; habia dado ya

una prueba notable de esta disposicion singular de su espíritu, cuando, despues del tratado de Luneville, dijo á los diputados de la Bélgica: « *Aun cuando el enemigo hubiese tenido su cuartel general en el arrabal de San Antonio, el pueblo frances nunca hubiera renunciado á la Bélgica.* »

La Inglaterra reinaba sobre los mares; pero no se hallaba en disposicion de ejercer su imperio, por habersela cerrado todos los puertos de la Europa. Habia procurado romper la confederacion del Norte, hecha á instigaciones de la Francia, en el mes de diciembre de 1800, entre la Rusia, la Prusia, la Suecia y la Dinamarca. Pero las negociaciones abiertas en Berlin no habian podido tener resultado y se habia proclamado un embargo recíproco y universal. El emperador Pablo era el alma de esta proscripcion contra la Inglaterra. El plan general de defensa se concertó en los consejos de San Petersburgo. Hostilidades locales señalaron la cruzada de los confederados. Las bocas del Elba, del Weser y del Ems quedaron cerradas; la Prusia invadió el Hanover y los Dinamarqueses ocuparon á Hamburgo. Se hicieron inmensos preparativos en los astilleros

y en los puertos de Holanda, de Rusia, de Suecia y de Dinamarca. Tres ejércitos rusos se reunieron en Lituania. Pablo I^o, aliado y amigo sincero de Bonaparte, desde que éste le habia devuelto los prisioneros moscovitas, era el gefe natural de todos los pabellones del Norte contra el derecho de visita. Sus fuerzas marítimas consistian en ochenta y siete navíos de línea y cuarenta fragatas. La Suecia tenia diez y ocho navíos de alto bordo y catorce fragatas. La Francia cincuenta y cinco navíos de línea y cuarenta y tres fragatas; disponia, ademas, de la marina holandesa, española y napolitana. Jamas se habia reunido armamento mas formidable contra el poder de la Inglaterra. Las costas del Norte se cubrieron de baterías. Una escuadrilla de lanchas cañoneras estaba estacionada cerca de Altona en donde estaban acampados veinte mil hombres. Si las tres potencias del mar Báltico hubiesen tenido tanto concierto como fuerzas, el pabellon ingles no se hubiera atrevido á presentarse en esos parages. Pero es regular que se supiese en Londres cual era el verdadero estado de las cosas, pues Nelson se atrevió á desafiar con cincuenta y dos buques á los ciento

noventa y seis de la coalicion , sabiendo muy bien que no se hallaban reunidos. El punto natural del ataque de los Ingleses era todavía la infeliz ciudad de Copenhague , cuyo gobierno habia adoptado para siempre la divisa de *Honor y Fidelidad*. La escuadra inglesa salió de Yarmouth el 12 de marzo. El gobierno ingles, antes de la expedicion, hizo proposiciones tan humillantes, que se contestó al negociador con sus pasaportes. El 30 de marzo los Ingleses pasaron el Sund , y por la tarde anclaron delante de la rada de Copenhague. Se podian contar desde la ciudad los navíos que iban á hacerla cenizas. Se veía reducida á defenderse sola. En efecto , por una fatalidad, que acaso deja sospechar algun misterio en la coalicion, la escuadra sueca no debia hacerse á la vela sino á la mañana siguiente , y la escuadra rusa se hallaba demasiado lejos ; de manera que las baterías de tierra y de mar de los Dinamarqueses, no pudiendo igualar las de la escuadra británica , Nelson pudo repetir con suceso la maniobra de Aboukir. Esta batalla terrible, en que los Dinamarqueses tuvieron toda la gloria , y los Ingleses la victoria , tuvo lugar el 2 de abril y duró cuatro horas.

La pérdida de los combatientes midió las fuerzas respectivas. Los Ingleses tuvieron mil muertos y los Dinamarqueses dos mil. Solo habia seis mil hombres de tropa en Copenhague. Un armisticio de cien dias dió fin á esta lucha desigual.

Los empeños de Pablo I° con Bonaparte contra la Inglaterra no se limitaban al mar Báltico. Los dos aliados tenian proyectada la invasion de la India con un ejército combinado frances y ruso de setenta mil hombres , que debia llegar á las orillas del rio Indo en el discurso de cuatro meses. La ciudad de Astabad , sobre el mar Caspio , en Persia , era el punto de reunion general. Bonaparte , cuando concibió esta empresa audaz , tenia el Egipto á la mira ; salvaba al ejército generoso que habia dejado en aquel pais y conservaba á la Francia una colonia preciosa. Al mismo tiempo, hacia participar la metrópoli á los intereses del Asia y del Africa , libertaba á los mares , derribaba á la media-luna y mudaba la faz del mundo.

Pero el atentado mas execrable sirvió entonces á la fortuna británica. En la noche del 24 de marzo , Pablo I° halló asesinos en su pa-

lacio. A pesar de una defensa heroica, este príncipe pereció del modo mas cruel y por manos las mas nobles de su imperio. Despues de este crimen, que preservó á la Inglaterra, se leyó en el Monitor de Francia: *Pablo I° ha muerto en la noche del 23 al 24 de marzo. La escuadra inglesa ha pasado el Sund el 30. La historia dirá las relaciones que han podido existir entre estos dos acontecimientos.* La proclama imperial de San Petersburgo publicó que el emperador habia muerto de *apoplejía!!!*

La muerte de Pablo I° rompió la coalicion del Norte. Alejandro se dió prisa en abjurar la conducta de su padre, y por un tratado de comercio, concluido el 17 de junio del mismo año, reconoció el derecho odioso de visita, contra el cual el honor de las naciones acababa de armarse. La Dinamarca, la Prusia y la Suecia tuvieron que acceder á este tratado impuesto por la fuerza. Los Dinamarqueses evacuaron á Hamburgo, los Prusianos al Hanover, y todas las costas del norte volvieron á admitir á los Ingleses.

El Portugal, único aliado de la Gran Bretaña al principio de este año, quedaba abierto

por la parte de tierra á la invasion de la Francia y de la España. Era el único punto del continente, donde Bonaparte podia en adelante alcanzar la potencia inglesa, y su política le mandaba quitar este último apoyo á su enemigo. Con el fin de completar el bloqueo general, que entonces rodeaba á la Europa, tomó la resolucion de valerse de la España para sus planes contra la corte de Lisboa. Dió á su hermano Luciano el encargo de ir, como embajador á negociar en Madrid, la invasion del Portugal por las tropas españolas y francesas combinadas; pero antes propuso la paz al gabinete portugues, con tal que renunciase la alianza inglesa, cerrase sus puertos y entregase la cuarta parte del reino á los ejércitos franceses y españoles. Esta proposicion fue rechazada por el príncipe regente con mucha altanería, porque pensaba que esta circunstancia debia asegurarle el apoyo y los auxilios de un gobierno por quien exponia su propia existencia política. Pero en Inglaterra, en donde se atiende al provecho primero que al honor nacional, el consejo decidió que los preparativos que se hacian abiertamente, para salvar al Portugal, podrian encubrir una expe-

dicion, sino tan generosa á lo menos mas útil. En efecto los navíos preparados para defender á aquel reino se dirigieron sobre el Egipto, y la mayor parte de las fuerzas inglesas se embarcó en el mismo Lisboa para este nuevo destino. Así es que el Portugal cayó de repente con relacion á la Inglaterra en la misma situacion que se hallaba la Dinamarca respecto á la Suecia, y se vió reducido á sus solas fuerzas.

El primer cónsul, para lograr la cooperacion de la España, habia estimulado el amor propio del príncipe de la Paz, valido todo poderoso, á quien obedecian el rey, la reina y la nacion. Hizo ademan de ponerle á la cabeza de la expedicion que se componia de un ejército español de cuarenta mil hombres, y de un ejército frances, reunido en Burdeos, bajo el nombre de ejército de los Pirineos, y mandado por el general Gouvion San Cir; el título de generalísimo y de conquistador se dejaron á Godoy; el tratado se firmó en Madrid. Pero el primer cónsul no quiso correr los lances de una confianza entera en los talentos militares del generalísimo. Hizo él mismo el plan de la campaña, y para asegurar mejor

la ejecucion, dio á San Cir el encargo de ir á tomar en Madrid la direccion de aquella guerra, y nombró á su cuñado el general Leclerc comandante del ejército de los Pirineos. Entretanto, y á pesar de tantas precauciones, el ardor belicoso del príncipe de la Paz desbarató las medidas tomadas. Un cuerpo de quince mil Portugueses se habia adelantado, y despues de haberse cangeado las declaraciones de guerra entre los dos Estados vecinos, el ejército español habia marchado sobre el enemigo. En pocos dias este ejército, aunque mandado por el príncipe de la Paz, no hallando resistencia ninguna, ni en las plazas ni en las posiciones, se apoderó con la mayor facilidad de dos ó tres provincias. En tales circunstancias, la corte de Lisboa pensó que podría apartar el nublado que la amenazaba por parte de la Francia, cediendo á la España la fortaleza de Olivenza con su territorio. El príncipe de la Paz, que habia adquirido un nuevo título al nombre que llevaba, con esta campaña, adquirió otro derecho por el tratado que se dió prisa á firmar en Badajoz con el príncipe regente de Portugal, y sin pedir la anuencia del aliado poderoso que ha-

bia puesto en movimiento al gobierno español. Su vanidad sola podia igualarse con su ignorancia. Hizo venir á Badajoz el rey y la reyna para presenciar su triunfo y recibir once banderas halladas y no conquistadas, atencion que tuvo su recompensa. El rey habiéndole dado dos de estas banderas, le escribió que las añadiese á su escudo de armas. El primer cónsul supo muy pronto esta escena ridícula, y cuando el ministro Pinto llegó á Lorient con el encargo de comunicar al gabinete de las Tullerías el tratado del príncipe regente con la España, se le contestó que podia volver á embarcarse é ir á Badajoz á unirse con los negociadores. La guerra continuó entre Francia y Portugal. El príncipe regente logró poner sobre las armas hasta veinte y cinco mil hombres. Por su lado el general Leclerc, que ocupaba la provincia de Salamanca, empezó las hostilidades. En fin, la paz de Badajoz habiendo quedado como nula, el Portugal firmó otra en Madrid, el 29 de septiembre, con la Francia y la España. El primer cónsul, para lograr esta paz, se contentó con las dos ventajas que deseaba tener, que consistian en cerrar los puertos de todas

las posesiones portuguesas á los navíos ingleses, y en un aumento de territorio para la Guayana francesa. Quedó tambien estipulada la admision de los comerciantes de las dos potencias en los puertos respectivos, ínterin se concluyese un tratado de comercio. Esta campaña, algo estraña, acarreó otro resultado en beneficio de Bonaparte, habiéndose aumentado la enemistad entre las dos naciones de la Península.

Mientras tanto, el continente, sea por cansancio de tantos sacrificios, sea por sumision al ascendiente del gobierno consular, no quiso tomar parte en la lucha entre la Inglaterra y Bonaparte. Pero ya éste no queria popularizar la revolucion en los paises extranjeros. Procuraba únicamente convertir á los enemigos de la República por sus victorias. Era en el hecho el dueño de la Francia, despues de haber sido su libertador; y marchaba hácia la autoridad absoluta, á la cabeza de la nacion. Discurrió que se acercaba el tiempo en que podria manifestar absolutamente los secretos de su política y de su gloria. Los Franceses no advirtieron las usurpaciones del poder, porque se dejaron alucinar por su glo-

ria. Y acaso conocian menos los verdaderos intereses de la libertad que los Franceses de 1789, que la proclamaron con un entusiasmo tan unánime. Pero Bonaparte, tan prudente como audaz, juzgó necesario de grangearse todavía el favor público con un beneficio que interesaba á todas las clases, la paz general. Esta paz debia negociarse mucho mas que conquistarse. Muchos datos manifestaban entonces que la guerra encubria la posibilidad de un concierto pacífico. A pesar del tratado de Luneville, el embajador de Austria, Otto, se habia quedado en Londres, bajo diferentes pretextos. Un encargado de negocios ingles permanecia en Paris; los paquebotes iban continuamente desde Calais á Douvres, y en fin, el ministerio de Pitt, que él primero combatió la libertad francesa, acababa de desaparecer de la escena política. Su retirada era una gran revolucion en los consejos británicos; pues Pitt, tanto por sus antecedentes, como por la obstinacion de su odio contra la Francia, y particularmente contra la persona de Bonaparte, cuyo genio triunfaba del suyo, formaba él solo un obstaculo insuperable para toda conciliacion. Sin embargo, á pesar de este

mismo estado de cosas, las hostilidades marítimas en defecto de las continentales, seguian con un vigor extremado en las dos orillas de la Mancha.

Esta gran contienda parecia interminable en razon de la naturaleza del campo de batalla y de los agravios de los dos partidos; el uno no reconocia siquiera el estado político del gobierno frances, y el otro tampoco la soberania de los mares de su rival. La Inglaterra tenia entonces ciento y treinta mil marineros y setecientos ochenta buques de guerra que reinaban sobre todos los mares, y bloqueaban á todos los puertos de la Francia y de sus aliados. Bonaparte, solo contra este terrible contrario, halló en la energía de su carácter y en la de la nacion bastantes recursos por no contentarse en resistir á la tempestad británica. Todos los puntos vulnerables de las costas del Océano se cubrieron de baterías y de reductos, desde el embocadero del Garumna hasta el Escalda. Un ejército inmenso defendia todas estas posiciones. Las líneas telegráficas se multiplicaron desde Paris á Boloña, situado enfrente del enemigo y que por esta razon era naturalmente el puerto natural de la expedicion pro-

yectada. Bonaparte encargó esta expedición al vice-almirante Latouche-Treville, marino ilustre que la Francia no ha reemplazado aun. La perseverancia y la intrepidez triunfaron por fin de todos los obstáculos del bloqueo rigoroso que ceñía á la Francia. Las escuadri-llas construidas en los rios llegaron sucesiva-mente, bajo la proteccion de las baterías de las costas, al punto señalado de Boloña. Varios combates entre las lanchas cañoneras france-sas y los cruceros ingleses, dieron importancia á esta nueva lucha é inquietaron á menudo el desprecio altanero que afectaba el gabinete británico.

Habian pasado diez y ocho meses desde la vuelta de Egypto de Bonaparte; al salir de allí habia prometido socorros al ejército que ocupaba aquel pais; pero los muchos aconte-cimientos que tuvieron lugar no le permitie-ron realizar sus promesas, que no habia olvi-dado. El ejército de expedición se hallaba desgraciado bajo el mando de Menou, suce-sor de Kleber, y desesperaba á la vez de man-tenerse en Egypto, y de volver á Francia. Sin embargo, el primer cónsul, habiendo sabido inopinadamente que una escuadra inglesa se

estaba reuniendo en las islas Baleares, bajo el mando de Sir Ralph Abercrombie, para obrar con un nuevo ejército turco y libertar al Egypto, concibió el proyecto audaz de pre-venir esta reunion formidable y de enviar por su lado un ejército para defender el Nil, la expedición y su ejecucion. El contra-almi-rante Gantheaume, el mismo que trajo á Bo-naparte desde Egypto, salió de Brest con siete navíos y dos fragatas; llevaba cinco mil hom-bres mandados por el general Sahuguet. Los Ingleses luego lo supieron; pero el almirante Harvey se equivocó sobre el destino de esta escuadra; pareciéndole imposible que los Fran-ceses se atreviesen con tan pocas fuerzas á navegar en el Mediterráneo y discurrió que se dirigian hácia el oeste. Pero mientras que los hacia buscar en el camino de las Antillas, Gantheaume pasaba el estrecho de Gibraltar, y escapaba al almirante Warren que mandaba la division que estaba cruzando en aquellos parages. Pero Gantheaume no pudo ocultar el fin que se proponia. Viéndose perseguido por la escuadra de la Mancha, tuvo que refu-giarse á Tolon, despues de haberse apoderado de una fragata enemiga. Otra escuadrilla, sa-

lida de Rochefort, tuvo peor suerte, fue atacada, perdió su comandante y las tempestades la dispersaron.

Gantheaume, aunque bloqueado en Tolon por Warren, recibió la orden positiva de salir y de llevar los cinco mil hombres á Egypto. Logró engañar otra vez la vigilancia de los Ingleses; pero el contagio se puso á bordo y tuvo que separarse de tres de sus navíos. Con los restantes llegó hasta la vista de las costas de Egypto; pero al momento de desembarcar se vió precisado á admitir el combate. Tuvo la fortuna de escapar á la escuadra del almirante Keith que tenia cuarenta navíos, y á la de Warren y de volver gloriosamente á Tolon despues de haberse apoderado de un navío y de una corbeta.

Sin embargo, Bonaparte lejos de desanimarse, se empeñó en su plan. El contra-almirante Linois salió de Tolon con tres navíos y una fragata para unirse en Cadiz con una escuadra francesa y española de doce navíos mandada por el almirante Moreno, y se dirigió con ella hácia Egypto. En el camino, Linois se encontró, el 5 de julio de 1801, con seis navíos ingleses y tomando posicion

en la bahia de Algeciras, les presentó noblemente la batalla. Sostenido por las baterías de la costa, obligó á un navío á arriar la bandera y á otro á retirarse. Si el almirante español no hubiese empleado tres dias en salir de Cadiz y en llegar á Algeciras, donde no apareció hasta el 9, el almirante ingles no hubiese tenido tiempo para descansar, y la escuadra combinada hubiera llevado al infeliz ejército de Egypto los refuerzos que aguardaba desde tanto tiempo. Moreno fue atacado durante la noche. Dos de sus navíos creyéndose enemigos, chocaron entrambos y perecieron incendiados. Los enemigos se apoderaron de un tercero. El *Formidable* pudo desembarazarse de varios navíos, que le acometieron á la vez, y llegó á Cadiz. Este navío acreditó el nombre que llevaba. Tenia por comandante al valiente capitan Troude que fue despues contra-almirante. La fortuna marítima faltaba decididamente á Bonaparte, y el Egypto aguardó socorros en vano. Seis semanas despues, el 30 de agosto, el general Menou firmaba en Alejandria una capitulacion de cuyas resultas veinte mil valientes volvieron á Francia sobre buques extranjeros.

El almirante Nelson habia tenido el encargo de venir á quemar la escuadrilla de Boloña. El 4 de agosto se presentó con treinta navíos y un gran número de brulotes, bombarderas y cañoneras. El contra-almirante Latouche-Treville, que le estaba aguardando delante de la rada, empenó la accion. Nelson, batido por el fuego de la escuadrilla, y por las baterías de la costa, tuvo que irse á rehacer en Deal y en Margate. El 15 y el 16, volvió á presentarse con setenta buques, resuelto á destruir de un solo golpe toda la armada naval que tenia aun la Francia. Se valió de la noche para sorprender al puerto y á la escuadra; pero se vió en la precision de retirarse, al amanecer, con una pérdida de doscientos hombres y de aguantar el desprecio y el vituperio de los habitantes de Londres. El recuerdo de Aboukir no le fue tan útil delante de Boloña como en Copenhague, pues habiendo querido intentar la misma maniobra, tuvo la torpeza de decir en Londres lo que los Mamelucos dijeron de nuestras compañías de infantería, que andaban atadas entre sí con cadenas. En defecto de otras armas, las plumas continuaron una guerra muy reñida que ocultaba á la Europa los traba-

jos secretos de una negociacion activa. En ninguna época, el odio exterior encubrió con mas misterio la proximidad de la paz.

El grande acontecimiento, que parecia entonces tan lejano en la mente de los dos gobiernos, fue precedido por un evento inesperado que sorprendió igualmente á los filósofos de la Francia y á la Europa católica, el concordato con la corte de Roma. La conversion de Bonaparte pareció repentina, sin embargo era mucho mas sincera de lo que se creyó entonces. Así es que la noticia dejó estupefactos á todos los que tenian presente cuanto distaban de semejante resultado los principios que poco antes regian á la Francia republicana y despues al Directorio. Las dos terceras partes de la poblacion francesa estaban enteramente ajenas de este nuevo tratado que les pareció una inovacion estraña. Y en efecto era tan audaz como extraordinaria. Bonaparte llamando á una nobleza eclesiástica probaba el terreno para introducir á otra excepcion social. El altar preparaba el trono y reconciliaba el primer magistrado de la terrible República francesa con los príncipes de las monarquías hereditarias á quienes se proponia luego imitar.

Este concordato era para los extranjeros una prenda solemne de la vuelta de la Francia á ciertos principios de su antigua disciplina. Era un manifiesto contra la revolucion, y, atendida la disposicion general de la opinion pública de la época, tuvo por parte de Bonaparte todo el carácter de una abjuracion. Sin embargo, era mas bien una medida política para con la nacion francesa, que no una prueba de sumision con respecto á la corte de Roma, pues se mantuvieron en todo su vigor las libertades de la Iglesia galicana. El primer cónsul solo deseaba adquirir un aliado mas en el gefe que daba á la Iglesia francesa recientemente resucitada. Tambien habia calculado diestramente que el concordato le proporcionaria la adhesion de la mayor parte de las familias, irreconciliables hasta entonces de la monarquía, y le daria un nuevo poder sobre una porcion del pueblo. Halló asimismo alguna satisfaccion en humillar á los gabinetes extranjeros, imponiéndoles en cierta manera, respeto para la ley del vencedor, ley ya sin apelacion, y que el Sumo Pontifice acababa de consagrar por su alianza. El tratado concluido el 15 de julio; el 8 de abril de 1802 se pro-

mulgó como ley del Estado. El Papa queriendo él mismo dar mucho lustre, no á la negociacion que se habia seguido con mucho secreto en Roma, pero al tratado, que fue su consecuencia, envió á Paris el hombre de mas consideracion de su gobierno, el cardenal Gonsalvi, primer ministro, á quien acompañaron el cardenal Caprara y Monseñor Spina, que fue cardenal despues, entonces arzobispo de Génova.

Todo prosperaba; la industria, la administracion, el poder y la política. La compañía del Africa restablecida; el camino del Simplon abierto; una brillante exposicion de los productos de la industria francesa; cuatro nuevos departamentos formados con los territorios cisrhenanos cedidos por el tratado de Luneville; bolsas de comercio fundadas en las ciudades que no las tenian; la construccion de tres puentes sobre el Sena, decretada por los cónsules; el forum Bonaparte inaugurado en Milan; la sociedad de la Caridad maternal organizada bajo la proteccion de madama Bonaparte madre, daban al gobierno derechos positivos á la gratitud pública, y lo que debia aumentar este sentimiento, la paz coronó el

glorioso año de 1801. El 1.º de enero habia sido señalado con el protocolo de las conferencias de Luneville: el 9 de febrero siguiente los plenipotenciarios del Emperador y del primer cónsul firmaron un tratado definitivo. El 28 de marzo, volvió á establecerse la harmonia entre la corte de Napoles y la República francesa. El 15 de julio se concluyó el concordato con el gefe de la Iglesia. El 24 de agosto y el 29 de septiembre se firmaron las paces de Portugal y de Baviera con la Francia. El 1.º de octubre tuvo lugar el grande acontecimiento político que la República no habia podido producir con todos sus triunfos, y que solo bastaba para legitimar la fortuna del primer cónsul; se firmaron los preliminares de paz con la Inglaterra. José Bonaparte y lord Cornwallis fueron los ministros que en el congreso de Amiens reunieron dos gobiernos y dos naciones tan cruelmente divididas desde tanto tiempo. En aquel mismo dia, la España, por el tratado secreto de San Ildefonso, retrocedió á la Francia la importante colonia de la Luisina. El 8 se concluyó la paz con la Rusia; el 9 hubo preliminares firmados con la Puerta Otomana,

y mas tarde, un tratado con la regencia de Argel fue el último paso que se dió para la reconciliacion general.



CAPITULO V.

NUEVAS CONSTITUCIONES DE LAS REPUBLICAS BATAVA, CISALPINA, LIGURIANA Y HELVÉTICA.

TODAS estas conquistas de la humanidad sobre el genio fatal de la guerra aseguraban el reposo del mundo sin dar seguridad á los Estados. El nombre de Bonaparte retumbaba diversamente en todas las capitales en las fiestas de la paz. El tratado de Amiens se dejaba ver en el horizonte político como un planeta lleno de brillo y cargado de tempestades. En cuanto al de Luneville, dimanado de las derrotas del emperador de Austria, imponía un silencio de etiqueta á las quejas germánicas, al paso que creaba en Francia gruesas fortunas diplomáticas con el arbitraje de las indemnizaciones adjudicadas, sobre la orilla derecha del Rhin, á los príncipes desposeídos de la orilla izquierda. Pero si estos dos tratados, que realmente fundaron el poder de Bonaparte, dejaban en paz, por entonces, á las monarquías vencidas, el de Luneville fomen-

taba agitaciones en las repúblicas amigas de la Francia; este tratado decía: *Las partes contratantes salen mutuamente garantes de la independencia de las repúblicas, batava, helvética, cisalpina y liguriana, y de la facultad, para sus habitantes, de adoptar la forma de gobierno que mejor les convenga.*

Bonaparte resolvió ser el legislador del nuevo derecho público que debía originarse de este artículo. Había formado el proyecto de transformar la República francesa en metrópoli; era pues necesario que las otras repúblicas, que ya eran los satélites armados de la nuestra, fuesen también sus auxiliares políticos. Pero como sus constituciones se diferenciaban mucho de la de la Francia, y conservaban más ó menos rastros del espíritu del Directorio, por cuyo influjo habían sido instituidas, el cónsul se valió del inmenso ascendiente que le daban los preliminares de Londres, para someter estas repúblicas á un mismo nivel y colocarlas bajo el cetro republicano, que había conquistado sobre la constitución fructidoriana. Discurrió, con mucha razón, que las repúblicas se darían prisa en interpretar literalmente el tratado de Luneville, y en ejercer la indepen-

dencia que se les devolvía. En su calidad de dictador de los Estados populares, se reservaba la intervencion política y militar en sus conmociones, para imponer las instituciones conformes al gran sistema de unidad republicana que había adoptado. En consecuencia, un oráculo como el del 18 brumaire llegó al mismo tiempo á la Haya, á Milan, á Génova y en Berna, advirtiéndolo á los patriotas de estas cuatro repúblicas que el reinado de la libertad, conforme el Directorio le había establecido, habiendo cesado en Francia, debía cesar también para sus aliados.

La revolucion de la república batava se hizo á domicilio así como la de Génova. Fue pronta como el genio de Bonaparte, y pacífica como el carácter holandés. El embajador Shimmelpennink, disfrazado repentinamente en plenipotenciario del primer cónsul, llegó de Paris á la Haya con los elementos de la nueva constitucion; las tropas francesas, parte necesaria en las mudanzas, ayudaron con su sola presencia á la accion del poder ejecutivo, pues el mismo directorio batavo tomó á su cargo su propio ostracismo. Envió la constitucion al cuerpo legislativo, advirtiéndolo que no había

que deliberar, supuesto que estaba ya presentada á la aceptacion del pueblo. En contestacion á este mensaje imperioso, las cámaras se honraron, decretando la supresion de las medidas extralegales que el Directorio se había atrevido á tomar. Entonces el golpe de estado se efectuó. Una proclama mandó disolver las dos cámaras y cerrar el palacio del cuerpo legislativo. En el mes de noviembre de 1801 la nueva constitucion batava fue aceptada y publicada, casi sin que el pueblo lo supiese. Como la de Francia, guardaba todas las formas de la libertad, destruyendo el sello revolucionario; pronunciaba la abolicion de los secuestros de las propiedades; así es que lo mas selecto de la poblacion recibió como un beneficio una ley fundamental impuesta de un modo tan extraño por unos hombres sin mision y por una voluntad entonces irresistible.

La revolucion de la Cisalpina varió en un solo punto, pero se ejecutó con mas ruido. El 12 de noviembre, la *consulta* de la república cisalpina decretó que una *consulta* extraordinaria se juntaría en Leon, para fijar las bases de las leyes orgánicas de la república. *El primer cónsul*, añadía el decreto, *está suplicado*

de suspender las inmensas tareas de su magistratura para partir con los diputudos de la consulta extraordinaria el peso de sus deliberaciones. No era menester un grande esfuerzo de imaginacion para adivinar de donde dimanaban tales súplicas. Con todo, no dejaba de ser una novedad, llamar á un gobierno extranjero á discutir sus intereses en una ciudad de un Estado vecino. La Francia y la Europa quedaron igualmente chocadas de este sistema de autocracia legislatora que se originaba repentinamente del tratado de Luneville. Cuatrocientos cincuenta y dos notables italianos salieron para Leon, donde se reunieron el 21 de diciembre; Murat, general en jefe del ejército de Italia, y el ministro de Francia Petiet, antiguo presidente del cuerpo legislativo de la república cisalpina, vinieron desde Milan á Leon. Los ministros de relaciones exteriores y del interior, Talleyrand y Chaptal, llegaron de Paris con el encargo de ejercer la mas brillante hospitalidad para con los diputados de la Italia. La ciudad de Leon tomó á su cargo adornar la solemnidad que el primer cónsul debia honrar con su presencia. El 11 de enero de 1802 hizo en Leon su entrada triunfal como pacifi-

cador y legislador. Sus laureles, cubiertos con las palmas cívicas, volvieron á aparecer en la magnífica decoracion con que la industria leonesa adornó la sala de la asamblea general. La consulta habia empezado sus sesiones el 4 de enero, bajo la presidencia del conde Marescalchi. Nombró, entre sus individuos, una comision de treinta individuos para proponer al primer cónsul la eleccion á los primeros empleos del Estado, y en particular para la primera magistratura.

El 25 de enero, se celebró la última sesion de esta alta comision, cuyo informe tenia por resúmen suplicar al primer cónsul que se dignase honrar á la república cisalpina, admitiendo el cargo de gobernarla. Al dia siguiente, el primer cónsul vino con gran pompa á la sala de las deliberaciones de la consulta y acabó del modo siguiente el discurso que hizo en italiano: « *Las elecciones que tengo hechas*
» *para vuestras primeras magistraturas, lo*
» *han sido independientemente de toda idea*
» *de partido, y de todo espíritu local. En*
» *cuanto á la presidencia, no he hallado toda-*
» *vía entre vosotros, ninguno que tenga bas-*
» *tantes derechos sobre la opinion pública,*

» que sea bastante independiente del espíritu
 » local y que haya hecho bastantes servicios
 » á su país para confiarsela..... Me conformo
 » con vuestros deseos; conservaré todavía el
 » gran pensamiento de vuestros negocios....»

Todo el mundo se levantó y la sala se hundió en aplausos unánimes, y para consagrar esta gran mudanza, los diputados pidieron y obtuvieron que se substituyese el nombre de república italiana al de república cisalpina. El primer cónsul nombró vice-presidente á M. de Melzi, que fue despues duque de Lodi, y le dió un abrazo. De este modo concluyó esta sesion política en que fue proclamada la nueva constitucion italiana, redactada en el gabinete del primer cónsul.

La revolucion siguió otra marcha en la Helvecia en donde, en razon de los recuerdos y del carácter de la nacion y de las resistencias parciales, no podia establecerse tan facilmente como en Holanda, en Génova y en Lombardia. El primer cónsul habia ya obrado en el sentido de la campaña política que se proponia ejecutar antes del tratado de Amiens, poco despues del de Luneville. Tenia igualmente proyectado separar el Valés de la union hel-

vética y hacerla independiente bajo su proteccion especial, con el fin de asegurarse el camino militar para el Milanés y afianzar su base de operaciones en Alemania y en Italia. Tales eran en aquel tiempo las combinaciones de Bonaparte. Presentaban el carácter, no solo de una alta especulacion de su espíritu, sino de un plan arreglado, cuya ejecucion podia alarmar. Desde luego, los partidos se hallaron en presencia uno de otro en Helvecia, y la guerra se declaró entre los unitarios y los federalistas; el antiguo régimen atacó abiertamente á la revolucion. Una dieta general, convocada en Berna, el 7 de septiembre de 1801, estableció un nuevo senado y una comision ejecutiva presidida por Aloys Reding, gefe ardiente de la oposicion federal. Reding vino de su propio movimiento á Paris, para lograr el restablecimiento del órden de cosas derribado por el Directorio. Fue acogido con poco favor. Bonaparte se ciñó al espíritu del tratado de Luneville, y se contentó con manifestar el deseo de que seis individuos del nuevo régimen reemplazasen, en la comision ejecutiva, á otros tantos antiguos. Resultó de su admision un plan de constitucion, que ocupó tres me-

ses al senado. Pero seis comisarios, recién elegidos, se juntaron, el 17 de abril de 1802, bajo la direccion del embajador de Francia, derribaron esta constitucion y redactaron otra que fue aceptada desde luego por los cantones democráticos á quienes se dejó esperar la próxima salida del ejército frances. Bonaparte aprovechó esta revolucion para hacer proclamar la independenciam del Valés. El 20 de julio, sus tropas evacuaron el territorio helvético. Sin embargo, el 23, los cantones democráticos de Schwitz, Ur y Unterwald anunciaron que se separaban de la union. El nuevo gobierno declaró ilegales sus juntas y sus resoluciones. Al instante la insurreccion estalló y cundió en los cantones de Zug, Glaris, Apenzell, San-Gall y el Rhintall. Toda la Suiza se puso sobre las armas. Los insurgentes batieron á las tropas helvéticas en dos encuentros. Con todo, habiendo marchado sobre Zurich, que no quiso abrir sus puertas, bombardearon la ciudad, el 7 y el 13 de septiembre, pero fue en vano. En fin, el 18, los insurgentes se apoderaron de Berna, y echaron al gobierno por capitulacion. El antiguo gobierno volvió á instalarse

en Berna por una proclama que Reding dirigió á todas las potencias de la Europa. La contra-revolucion era completa. Una tregua que se habia firmado venció el 26 de septiembre; entonces un ejército, creado bajo el nombre de ejército de la *liga*, se formó al mando del general Bachmann. Este ejército se puso en movimiento y en pocos dias se apoderó de Fribourg, de Moret y de Neufchâtel.

El gobierno helvético estaba para evacuar Lausana y refugiarse á Saboya, cuando el general Rapp, edecan del primer cónsul, llegó con la siguiente proclama:

« La sangre suiza ha sido derramada por la
 » mano de los mismos Suizos. Habeis disputado tres años enteros sin entenderos; y si se
 » os abandona á vosotros mismos, os matareis
 » otros tantos años sin entenderos mejor. Por
 » otra parte, vuestra propia historia comprueba
 » que nunca vuestras guerras intestinas han
 » podido tener término sin la intervencion de
 » la Francia. Es cierto que tenia resuelto no
 » mezclarme en nada en vuestros intereses
 » y pasiones. Pero no puedo ni debo quedarme insensible á las desgracias que os agobian. Vuelvo sobre mi resolucion; seré el

» mediador de vuestras discordias ; pero mi
 » mediacion será eficaz y digna de los grandes
 » pueblos , en cuyo nombre os hablo. » Esta
 proclama explicaba todo el pensamiento de
 Bonaparte , y Rapp tenia el encargo de indi-
 car los medios de ejecucion. Cinco dias des-
 pues de esta notificacion , el senado debia
 volver á Berna ; todas las nuevas autorida-
 des debian dejar de ejercer sus funciones ,
 y las tropas federales debian ser licencia-
 das , deponiendo sus armas. Las tropas hel-
 véticas solas quedaban en pie , y dos medias
 brigadas suizas venidas de Francia , debian
 formar la guarnicion de Berna. Se llamaba
 á Paris á algunos diputados para redactar ,
 bajo los ojos del primer cónsul , una cons-
 titucion federativa. Rapp tuvo poca dificul-
 tad en hacer consentir los vencidos en una
 proposicion que les volvia la autoridad ; pero
 en Berna , las cosas anduvieron de otro modo
 que en Lausana ; se declaró que se consulta-
 ria á la dieta de Schvitz que habia enviado á
 Viena y queria ganar tiempo. Entonces Rapp ,
 en su calidad de mediador , concedió cinco dias
 de término á la dieta para contestar , en defecto
 de lo cual el ejército del mariscal Ney volve-

ria á ocupar el territorio. La dieta se sometió ;
 pero fue protestando contra la sumision. Ney
 se detuvo. Entre las potencias que quisieron
 intervenir , la Inglaterra fue la que habló con
 mas fuerza. Entretanto , el 9 de octubre , la
 dieta dirigió á las autoridades francesas una
 declaracion , en la que , recordando la inde-
 pendencia asegurada á la Suiza por el tratado
 de Luneville , decia , *que no podia conside-
 rar al gobierno helvético , odiado por los mas
 justos motivos , sino como impuesto por la
 fuerza á la nacion.* Al instante el general Ney
 se puso en marcha con su ejército ; ademas
 del mando militar , estaba autorizado á tomar
 el carácter de embajador en lugar de Verni-
 nac. El gobierno destronado estaba retirado
 en Lucerna , y el gobierno , vencido por aquel ,
 habia vuelto á aparecer en Berna , donde Rapp
 le instaló solemnemente. Mientras que Ney es-
 taba avanzando sobre la Argovia , Murat ,
 general en gefe del ejército de Italia , envió
 una columna sobre el territorio de los Griso-
 nes ; así la Suiza se veia bloqueada é invadida.
 En fin , por el senado-consulta del 23 de oc-
 tubre , que prescribia á los 18 cantones el
 modo de eleccion , la reunion de los diputados

en Paris quedó señalada para el 15 de noviembre.

Pero nada habia podido alterar á la dieta de Schwitz, y, lejos de disolverse, Bachmann su general habia juntado las milicias, con las que guardaba militarmente la línea de la Reuss. El general, dueño de Zurich, envió á Lucerna á intimar la separacion al gobierno provisional, y preguntar á la dieta si queria adherir á la proclama del primer cónsul. La dieta obedeció por fin; pero siguió protestando publicamente contra la violencia que se la hacia, y declarando que *cedia á la fuerza*, sin perjudicar á los derechos *de la Suiza para en adelante*. Aloys Reding fue arrestado en Schwitz con algunos otros por orden del gobierno helvético, y encerrado en el castillo de Chillon sobre el lago de Ginebra. El 10 de diciembre, cincuenta y seis diputados se reunieron en Paris. El primer cónsul extendió un plan de la constitucion en una declaracion. Los senadores Barthélemy, Fouché y Roederer concurrieron á las sesiones para discutir esta constitucion y el acta de mediacion. En fin la sesion general del 24 de enero de 1803, no habiendo producido un

resultado definitivo, Bonaparte llamó á diez individuos de la diputacion, cinco unitarios y cinco federalistas, y el acta de mediacion, discutida en su presencia, fue redactada definitivamente y dada á los Suizos el 19 de febrero. El 10 de marzo el gobierno central se disolvió en Berna. El acta de mediacion nombraba al general Luis d'Affry *landamann* de Suiza para el año de 1803. La primera dieta se juntó en Fribourg el 4 de julio; Aloys Reding asistió á ella como diputado de Schwitz. La presencia del gefe de los federalistas, en la primera dieta, probó que si la reconciliacion no era completa, á lo menos la oposicion á la Francia no podia existir ya. El primer cónsul no queria otra cosa. Deseaba que la Suiza fuese feliz, y no hubo pais mas tranquilo que aquel, durante todo el tiempo de la mediacion de Bonaparte. El partido aristocrático estuvo siempre comprimido; así es que, trece años despues, el partido oligárquico, solo, fue quien abrió las puertas de la Francia á la invasion extranjera.

CAPITULO VI.

PAZ DE AMIENS. — AMNISTIA DE LOS EMIGRADOS. — NUEVA
ELECCION DE PRIMER CÓNSUL POR OTROS DIEZ AÑOS. —
LEGION DE HONOR. — CONSULADO PERPETUO.

(1802)

El año de 1802, sobre el cual ha sido preciso anticiparse por no perder el hilo de las mudanzas acontecidas en Suiza, intimamente ligadas con las que el primer cónsul ejecutó al mismo tiempo en Holanda y en Milan, empezó, como se ha visto antes, por la asociacion de la república italiana á la república francesa. El 25 de febrero, se firmó la paz entre la Francia y Tunes, y el 25 de marzo se publicó en Paris el tratado de paz de Amiens entre la Francia, la España, la república batava y la Inglaterra. Este tratado, que decidia, en honor inmortal del primer cónsul, la gran cuestion de la libertad de los mares, perdida por el Norte desde la muerte de Pablo Iº, devolvió á la Francia y á sus aliados las posesiones

conquistadas por los Ingleses, exceptuando á la Trinidad y á Ceylan. El Cabo de Buena-Esperanza volvía á la república batava; la isla de Malta, declarada independiente, se restituía á la órden de San Juan de Jerusalem. Esta órden religiosa y militar, tan poco simpática con la Inglaterra presbiteriana y con la Francia republicana, habia sido el objeto de la adopcion la mas singular por parte del emperador de todas las Rusias, que tomaba el título de gran-maestre. La órden, en el hecho, era un emigrado despojado por toda la Europa, á quien la política inglesa reservaba un destierro eterno. El 18 de abril, la proclama del concordato dió lugar á una ceremonia religiosa. En esta funcion, dispuesta y presidida por el primer cónsul, se celebró en la catedral de Paris el restablecimiento del culto católico y la paz de Amiens, cuyas ratificaciones se cangearon el mismo dia. Habia mucha diferencia en esta funcion, y la que el consulado, en su origen dedicó en el templo de Marte á las cenizas de Washington y á los trofeos de Aboukir. El 21 de mayo, la república liguriana, siguiendo el ejemplo de la república italiana, adoptó, bajo los auspicios de la Fran-

cia, su nueva constitucion. Así se concluyó la revolucion consular de la Italia, pues el 25 de diciembre anterior, la república de Luca habia adoptado igualmente la reforma política. El 25 de junio se firmó la paz entre la Francia y la Puerta Otomana. La isla de Elba, cuya defensa habia honrado durante seis meses al valor ingles, vino á ser una parte integrante de la República, en virtud del tratado de Nápoles. El 21 de julio, el Valés se constituyó en república independiente de la Suizá, bajo la proteccion de la Francia. En fin, el afortunado Bonaparte recogió el fruto de su primera victoria con la incorporacion del Piemonte á la Francia. Los triunfos de Montenote y de Millesimo volvieron á la memoria, cuando se publicó la reunion á la República de los seis departamentos del Pó, del Doire, del Sesia, del Stura, del Tanaro y de Marengo. Estos son los fastos políticos exteriores de 1802.

En cuanto á los fastos políticos interiores, llevaron visiblemente las señas de este poder, repentinamente colosal, que, puesto en pie sobre los tratados y los despojos de la Europa, negociaba ya, al modo de los conquistadores, con las instituciones y las libertades de su pais.

Pero el genio de Bonaparte, que le llamaba irresistiblemente al poder absoluto, le inspiraba asimismo la grande idea de levantar la Francia á la cumbre de las prosperidades industriales y de los conocimientos que caracterizan á la mas alta civilizacion, hallándose dueño del primer pueblo del mundo por su gloria civil. En consecuencia, el 4 de marzo, un decreto consular mando al Instituto nacional extender un informe general del progreso y del estado de las ciencias, de las letras y de las artes desde 1789 hasta 1801. Este informe debia, ademas, indicar los descubrimientos, cuya aplicacion podia ser útil á la administracion pública, especificar los auxilios y el fomento necesarios para las ciencias, las letras y las artes, y señalar las mejoras posibles en los métodos diversos de la enseñanza. La instruccion pública, dirigida por el célebre Fourcroy, recibió una nueva organizacion. Se establecieron escuelas primarias y secundarias en los pueblos, y se crearon liceos y escuelas especiales á costa del Estado. La ley que autorizaba todas estas creaciones salió el 1º de mayo. El 14 de junio, un nuevo decreto señaló una cantidad de 60,000 francos para

los sábios nacionales ó extranjeros que harian progresar el galvanismo y la electricidad. El 4 de octubre, la sociedad galvánica se formó en Paris. El 16, los liceos estaban abiertos ya en Maguncia, en Bruxelas y en Leon. El 18, un senado-consulta, digno del gobierno mas liberal, concedió los derechos de ciudadano frances, despues de un año de domicilio, á todo extranjero, que en el discurso de los cinco años siguientes, contrajese méritos por sus servicios ó por la introduccion de un descubrimiento ó de una industria útil, ó creando un grande establecimiento. En fin, el 24 de diciembre, el cónsul mandó formar cámaras de comercio en los pueblos principales de la república, y un consejo general de comercio en Paris.

Estas instituciones, estos decretos, eran un homenaje al triunfo civil de la libertad. Pero esta libertad, que en 1789 fué la única base del poder constitucional, era solamente un instrumento en 1802, y ya no reinaba como ley suprema. Las inovaciones políticas y legislativas de 1802 comprobaron demasiado cuan distante estaba el primer cónsul de los principios de la revolucion. El 26 de abril, sa-

lió un senado-consulta, relativo á los emigrados amnistiados por la Francia pacífica y gloriosa. Desde aquel dia, en consecuencia de las disposiciones favorables de esta acta política, que se extendia hasta devolver á los antiguos proscriptos sus bienes, no vendidos, la emigracion se reconcilió, no con la revolucion que se apagaba, sino con Bonaparte. El 7 de junio siguiente, otro senado-consulta prorogó por diez años la magistratura consular en la persona de Bonaparte. « *La fortuna ha favorecido á la República*, decia en contestacion al mensaje del senado, *pero la fortuna es inconstante, ¡y cuántos hombres no hay, colmados de sus favores, que han vivido demasiados años! El interes de mi gloria y de mi felicidad parece que señalan el término de mi vida política al momento en que la paz del mundo acaba de proclamarse..... Pero supuesto que juzgais que debo al pueblo un nuevo sacrificio, haré, si el bien del pueblo lo exige, lo que vuestros votos autorizan.* »

Dos leyes, absolutamente nuevas en el código de nuestras libertades, salieron de esta modificacion de la constitucion. La primera,

publicada el 19 de mayo, creaba la Legion de honor. Esta ley halló en el tribunato mas resistencia que el concordato, que habia sido admitido por una mayoría de 78 votos sobre 85. Las denominaciones de *consulado regio* y de *orden de caballería* retumbaron frecuentemente en los discursos. Los tribunos Chauvelin y Savoye Rollin fueron los que manifestaron la mayor oposicion. En el cuerpo legislativo, hubo solamente una mayoría de 56 votos sobre 275 individuos presentes. La República habia muerto, pero no todos los republicanos. La igualdad habia sido declarada en estado de peligro en el tribunato con la creacion de la Legion de honor; pero mayores fueron los de la libertad natural con una segunda ley que mantenía la esclavitud en las colonias devueltas á la Francia por el tratado de Amiens. En efecto, el 14 de septiembre, las tropas republicanas desembarcaron en la Martinica, donde restablecieron la antigua disciplina. Lo mismo habia sucedido en la isla de Guadalupe el 7 de mayo anterior. Pero, por una casualidad ó prevision particular, esta ley tan extraña debia decidir la sublevacion de la colonia, á la que no podia aplicarse en virtud del tratado de

Amiens. Santo Domingo tomó para sí el decreto dado contra la Martinica y Guadalupe. Los negros de aquella colonia no pudieron persuadirse que se les destinase otra suerte que la de éstos.

En fin se ofreció de repente á la votacion del pueblo la cuestion siguiente: ¿Napoleon Bonaparte será cónsul para toda su vida? El 2 de agosto un senado-consulta proclamó los votos del pueblo. Barthelemy, presidente del senado, presentó al primer cónsul el resultado de la votacion, por el cual quedaba sentado que 3,557,885 ciudadanos habian votado libremente y dado 3,368,429 votos afirmativos. Esta eleccion es, sin contradiccion, una de las mas notables de la historia. « La vida de un » ciudadano pertenece á la patria, contestó el » primer cónsul á la diputacion del senado; el » pueblo frances quiere que la mia toda en- » tera le sea consagrada; me conformo con su » voluntad. La libertad, la igualdad, la prosperidad de la Francia quedarán aseguradas.... El mejor de los pueblos será el mas » dichoso..... Entonces, contento con haber » sido llamado por la orden de aquel, del » cual dimana todo, á establecer sobre la faz

» de la tierra el orden y la igualdad, veré
» acercarse sin sentimiento mi última hora. »
Con esto se acabó de proclamar la monarquía
hereditaria.

Dos días después se publicó la mudanza de
la constitucion. Los tres cónsules quedaron
perpetuos y se instituyeron varios grados de
eleccion. El principio sagrado del derecho elec-
toral, que consistia en la anualidad se halló
derribado por la division del cuerpo legisla-
tivo en cinco séries, renovadas sucesivamente
por unos electores perpetuos. Con los senados-
orgánicos, el senado se dió el derecho de tras-
tornar las instituciones, y de disolver el cuerpo
legislativo y el tribunate, reduciendo el pri-
mero á doscientos cincuenta y ocho individuos
y el segundo á ciento. La monarquía electiva
se hacia absoluta.



CAPITULO VII.

EXPEDICION DE SANTO DOMINGO.

(De 1801 a 1804.)

Dos meses después de la firma de los preli-
minares de paz entre la Francia y la Inglaterra,
se anunció en el parlamento ingles la espantosa
noticia, que una escuadra inmensa, francesa y
española, se estaba disponiendo á salir de Brest
para la India oriental. Se supo tambien que
siete escuadrillas armadas en Lorient, Roche-
fort, Cadiz, Tolon, Brest, Havre y Flesinga,
hacian parte de este armamento. Ochenta na-
víos franceses, españoles y holandeses, lle-
vando á bordo veinte mil hombres, casi todos
sacados del ejército vencedor de Hohenlinden,
iban á hacerse á la vela. Esta novedad impre-
vista agitó mucho al pueblo ingles y dió lugar
á unas discusiones muy acaloradas en las dos
cámaras. Se dijo que el tiempo intermedio en-
tre los preliminares y la paz estaba general-
mente reconocido como un intervalo de segu-

» de la tierra el orden y la igualdad, veré
» acercarse sin sentimiento mi última hora. »
Con esto se acabó de proclamar la monarquía
hereditaria.

Dos días después se publicó la mudanza de
la constitucion. Los tres cónsules quedaron
perpetuos y se instituyeron varios grados de
eleccion. El principio sagrado del derecho elec-
toral, que consistia en la anualidad se halló
derribado por la division del cuerpo legisla-
tivo en cinco séries, renovadas sucesivamente
por unos electores perpetuos. Con los senados-
orgánicos, el senado se dió el derecho de tras-
tornar las instituciones, y de disolver el cuerpo
legislativo y el tribunate, reduciendo el pri-
mero á doscientos cincuenta y ocho individuos
y el segundo á ciento. La monarquía electiva
se hacia absoluta.



CAPITULO VII.

EXPEDICION DE SANTO DOMINGO.

(De 1801 a 1804.)

Dos meses después de la firma de los preli-
minares de paz entre la Francia y la Inglaterra,
se anunció en el parlamento ingles la espantosa
noticia, que una escuadra inmensa, francesa y
española, se estaba disponiendo á salir de Brest
para la India oriental. Se supo tambien que
siete escuadrillas armadas en Lorient, Roche-
fort, Cadiz, Tolon, Brest, Havre y Flesinga,
hacian parte de este armamento. Ochenta na-
víos franceses, españoles y holandeses, lle-
vando á bordo veinte mil hombres, casi todos
sacados del ejército vencedor de Hohenlinden,
iban á hacerse á la vela. Esta novedad impre-
vista agitó mucho al pueblo ingles y dió lugar
á unas discusiones muy acaloradas en las dos
cámaras. Se dijo que el tiempo intermedio en-
tre los preliminares y la paz estaba general-
mente reconocido como un intervalo de segu-

ridad, durante el cual debia evitarse recíprocamente toda demostracion exterior, y se miraba, como un sacrilegio político, la empresa misteriosa que ponía de repente en movimiento fuerzas combinadas de tanta importancia. La Inglaterra pidió explicaciones al gobierno consular, que dió á conocer el verdadero motivo de sus preparativos, los que no fueron considerados como contrarios ni á las condiciones de los preliminares ni á los intereses de los poseedores de la Jamáica; pero al paso que la expedicion francesa se dirigía hácia Santo Domingo, la prudencia británica envió una escuadra de observacion á las Antillas.

El 14 de diciembre de 1801, la escuadra de Brest salió bajo las órdenes del almirante Villaret Joyeuse; el almirante Gravina mandaba la division española; las escuadras de Lorient y de Rochefort, destinadas á formar la vanguardia al mando del almirante Latouche-Treville, salieron el mismo dia. Esta primera expedicion, compuesta de veinte y un navíos y de diez y nueve fragatas y corbetas, conducía once mil y doscientos hombres de tropas. Las fuerzas de tierra estaban al mando del general Leclerc, nombrado capitan general de Santo

Domingo, que tuvo orden de dejar de repente el ejército del Gironda. El total del ejército de expedicion, comprendidos los refuerzos que habian de seguir sucesivamente, ascendía á veinte y un mil y doscientos hombres; pero los once mil que se embarcaron los primeros con el capitan general debian ejecutar solos la primera operacion que consistia en ocupar la isla. Este ejército acababa de dictar la paz á dos jornadas de Viena, y solo podia compararse con las legiones inmortales que despues de haber conquistado la paz sobre la casa de Austria, siguieron á Bonaparte á Egipto. Pero la expedicion del Mediterráneo, concebida y dirigida por Bonaparte solo, no se halló comprometida en su marcha por las instrucciones de un ministro. Quince dias de tempestades perdidos en el golfo de Gascuña, aguardando á las escuadras de Lorient y de Rochefort, cuyo primer punto de reunion indicado estaba en Bellisle, quitaron á los Franceses la ventaja de sorprender indefensa la isla de Santo Domingo. El almirante Latouche habiendo tomado sobre sí el no seguir á la letra las órdenes, cuya ejecucion podia ser fatal á la escuadra, se quedó, sin embargo, cru-

zando cuatro días delante del Bellisle, y luego tomó la derrota de Samana, donde Villaret se reunió con él, diez días despues; de manera que hubo que temer el hallar á los enemigos sobre la defensiva, en lugar de haber dado fin á la guerra, de un primer golpe, con una invasion repentina. Pero no era esta desgracia la sola que hubiese de experimentar el ejército á su llegada; otras imprevisiones, mas funestas aun, acarrearón desdichas cuyos efectos fueron irreparables.

Hacia mas de ocho años que un esclavo se habia constituido, en aquella desgraciada colonia, heredero de la mas sangrienta revolucion y afianzaba con su despotismo la independencia de la tierra donde habia sido comprado. Este hombre, cuyos principios habian sido ser conductor de animales en la habitacion de Breda, tenia mas de cuarenta años cuando tomó las primeras lecciones de leer. La historia filosófica de las dos Indias se apoderó de su imaginacion y Raynal fue su profeta. Silencioso como los abismos de la tierra y vengativo como la serpiente, violento y rápido como el rayo, zeloso como un déspota y receloso como un esclavo, llegó á la cumbre del poder, mas

bien por su política que por sus talentos militares; opresor y protector alternativamente de dos castas enemigas, dominador absoluto y sin ostentacion, perspicaz sin dejarse penetrar, sóbrio como un Esparciata, apasionado como un Africano, Toussaint-Louverture parecia haber sido creado como una excepcion de su casta para civilizarla y gobernarla. En lo interior ejercia la dictadura; afuera, el nuevo mundo le reconocia, en virtud de los tratados, como gefe de nacion. La misma Inglaterra no se habia desdeñado de abrir relaciones con Toussaint, aunque su existencia política amenazase la seguridad de sus propias colonias. El general Nougé, gobernador de la Jamáica, y Toussaint hicieron un convenio de asistencia recíproca que quedó anulado por la paz de Amiens. El gefe negro, para mejor establecer su autoridad, procuró con mucha destreza detener los progresos de la civilizacion, y segun los principios de la primera edad, dividió todo su pueblo en dos castas, los guerreros y los labradores, quedándose solo exento del sistema de igualdad. Este plan atrevido le salió bien. Supo con mucho arte aprovecharse de su ascendiente para hacerse necesario á to-

das las clases, y logró que así los blancos como los negros respetasen su poder supremo. Su voluntad, siempre ignorada, pero siempre absoluta ó terrible, era la ley única que regia á toda la poblacion. Diestro hipócrita, dejaba á sus tenientes y sobre todo al feroz Desalines toda la odiosidad de las medidas crueles que él mismo mandaba ejecutar. La existencia política de Toussaint-Louverture empezó el 22 de agosto de 1791 en que estalló la rebelion excitada por el negro Juan Francisco, de quien era confidente. En aquel dia se descubrió la conspiracion fraguada contra la supremacia de los blancos. El incendio de las propiedades fue la señal de muerte de todos los blancos y europeos; y lo que fue muy extraño, los asesinos llevaban escarapela blanca y gritaban *viva el rey!* al paso que la asamblea colonial llevaba la escarapela de la revolucion. Toussaint se hizo célebre en esta guerra de exterminio, fruto de sus maniobras secretas: así es que el general Leveux, enviado á Santo Domingo por la Convencion, procuró tratar con él solo; y el ambicioso esclavo, abandonando á Juan Francisco, entró, en clase de coronel, al servicio de la República. Desde aquel

momento, los blancos dejaron de ser perseguidos. Mas tarde, los Ingleses, á quienes habia echado de todas sus posiciones, no quisieron entregar el fuerte de San Nicolas sino á Toussaint y no al general Hedouville, nuevo agente de Francia. No contentándose con haber obligado á los comisarios de la Convencion á proclamar la libertad de los negros, Toussaint tenia resuelta la independencia de su patria adoptiva, y cuando se negaba á reconocer la autoridad de los comisionados de la metrópoli daba por motivos *que no queria partir con nadie la gloria de conservar Santo Domingo para la Francia*. Luego que Toussaint se vió libre de la lucha con los extrangeros y de la autoridad de la Francia, y que no tenia otro émulo que Rigaud, gefe de los mulatos, todo su afán fue perseguirle y obligarle á embarcarse. Estaba reinando sin resistencia, cuando la revolucion del 18 brumaire colocó á la cabeza del gobierno frances al general Bonaparte. El consulado le mantuvo en el puesto de general en gefe que se habia atribuido á pesar de los comisionados franceses, y desde luego pidió que se le pudiese en posesion de la parte española de Santo Domingo, cedida á la Francia por el

tratado de Basilea, y logró su pretension, la que supo apoyar con un numeroso ejército. Pero luego que conoció, por las noticias que recibió de Europa, el vuelo que tomaba el primer cónsul, empezó á tener cuidado, y para conservar su autoridad, concibió la idea de hacerse necesario al primer cónsul y á la madre patria, y con este fin quiso imitar á Bonaparte. En consecuencia, promulgó una constitucion y se nombró á sí mismo gobernador perpetuo, con la facultad de elegir un sucesor. Hizo adoptar este nuevo pacto por los habitantes, y mandó ejecutarlo hasta que viniese la aprobacion del gobierno frances, enviando al coronel Vincent con el encargo de solicitarla, y de comunicarsu nueva constitucion al primer cónsul. Pero ya se habia resuelto en Francia quitarle de Santo Domingo. Toussaint no se habia olvidado de asegurar su sistema con la creacion de bienes nacionales provisionales, repartiendo las heredades de los colonos ausentes, reservándose una parte, y dando la otra á sus generales para tener partidarios. Esta conducta conciliaba los intereses de la agricultura y del comercio con los de la política de Toussaint. Va-

rios colonos, confiados en las felices consecuencias de su administracion, habian vuelto á ocupar sus propiedades. Es cierto que debia tener una capacidad mas que mediana, el hombre que, despues de haberse bañado tantas veces en la sangre de los blancos, les inspiraba tanta confianza. Este fue uno de los motivos que, acaso, mas que la constitucion de Toussaint, abrió los ojos al primer cónsul, y le hizo desgraciadamente procurar no perder tiempo en sacar la colonia de manos de un gefe tan hábil.

En efecto, treinta millones de productos coloniales, que existian en los almacenes cuando llegó la expedicion, ó que estaban para cogerse, atestiguaban la excelente administracion y la inteligencia superior de Toussaint-Louverture. Habia adoptado por sistema obrar siempre en nombre de la libertad de los Africanos y de la independencia del pais. Afectaba exteriormente el papel de Washington, y cuidaba que la mas perfecta igualdad reinase bajo sus órdenes. Así es que la patria entera no consistia en él solo, y así es tambien que despues de su arresto y de su destierro, los derechos de la casta africana no perecie-

ron con él. En el momento en que escribo, esta verdad ha sido consagrada por los acontecimientos. El rey de Francia reconoce, por fin, la independencia de nuestra antigua colonia. El pueblo de Haïti se ha colocado entre los aliados de su metrópoli. Los diputados de Santo Domingo han venido á Paris para pagar, no el rescate de su esclavitud, destruida de veinte y cinco años á esta parte, mas el precio de la soberania conquistada por sus armas, y sobre todo, por sus instituciones.

Toussaint tuvo de antemano aviso de la llegada del almirante Latouche en vista de Samana. Vino á esta ciudad, donde se quedó hasta la reunion de la escuadra principal con las otras escuadras. Pronto conoció que un armamento tan inmenso venia con miras hostiles, y, acordándose de repente de la primera insurreccion, que él mismo habia dirigido, mandó defender todos los puestos que podian ser defendidos, quemar todo cuanto no podia serlo, y se puso en camino para el Cabo, con el fin de proclamar una guerra de exterminio. Entretanto, la colonia que hubiera podido ser sorprendida, así como la fidelidad de Toussaint, si el almirante Villaret no se hubiese de-

tenido quince dias en el golfo de Gascuña, se veia amenazada por varios lados. El general Kerversau tuvo el encargo de apoderarse de Santo Domingo; el general Rochambeau del fuerte Delfin, el general Boudet del puerto del Príncipe. Estas expediciones salieron del punto de reunion de Samana. El general Leclerc tomó á su cargo el ataque del Cabo, cuyo canalizo se proponia acometer á viva fuerza si Toussaint se oponia al desembarco. El 3 de febrero, un capitan de fragata, portador de una carta del primer cónsul para Toussaint y de una proclama del gobierno, se presentó delante del canalizo con tres navíos; pero las balizas se habian quitado, las señales de reconocimiento quedaron sin contestacion, y la artillería del fuerte Picolet disparó á bala roja sobre el Cúter que habia penetrado ya en el canalizo. De manera que ya no quedó duda sobre las resoluciones de Toussaint; pero no se pudo emprender nada aquel dia, porque Villaret se habia descuidado de llevar consigo pilotos prácticos de la bahia del Cabo. Con todo, el capitan del puerto vino á bordo del Almirante para declarar que aguardaba las órdenes de Toussaint para dejar entrar la es-

cuadra. Entonces el general Leclerc escribió á Cristofe, que mandaba en el Cabo. El oficial, portador de la carta, volvió con una respuesta negativa. En defecto de piloto, el almirante resolvió de valerse del capitan del Cabo, que era un mulato, llamado Sangos; pero ni ruegos, ni amenazas, ni dinero pudieron determinarle. Se le ofrecieron 50,000 francos: se le puso la cuerda al cuello, se mantuvo firme. Esta circunstancia prueba el imperio de Toussaint sobre su ejército. Luego llegó una diputacion para suplicar al general Leclerc no intentase el desembarco en el Cabo, si se queria evitar el que todos los blancos fuesen degollados y la ciudad quemada, como lo proyectaba Cristofe. Se perdió un tiempo precioso delante del Cabo, donde habiamos llegado cuarenta y ocho horas antes que Toussaint. El Cúter, habiendo pasado, las dos fragatas hubieran podido seguir; el general Leclerc y el almirante Gravina lo querian así; pero la discordia se interpuso entre el general en gefe y el almirante Villaret, porque uno y otro tenian la pretension de mandar el desembarco. En fin, habiéndose malogrado la ocasion, el general Leclerc se resolvió desembarcar mas al oeste,

y mandó embarcar inmediatamente seis mil hombres, á pesar de la violencia del mar; la tempestad fué tan fuerte que el navío el *Patriota* perdió muchos palos. Al anochecer, las tropas entraron en las canoas, y al amanecer el general Leclerc bajó á tierra cerca de Limbé. Se apoderó de los puestos y llegó por la tarde á la villa del alto Cabo que estaba quemada y de donde echó á Cristofe. Pocos instantes despues de la salida del general Leclerc, se vió desde la escuadra como una nube entremezclada de centellas, encima de los peñascos que cubren la rivera del oeste, y se oyó un grande estruendo; las llamas en fin que se levantaron de repente en los aires anunciaron el incendio de la ciudad del Cabo. La noticia de la toma del fuerte Delfin por el general Rochambeau y de su marcha sobre el Cabo determinó á Cristofe á cumplir con sus amenazas, ó por mejor decir, y para hacer una relacion verdadera, el teniente de Toussaint tuvo que obedecer, sopena de la vida, á la órden de su gefe, comunicada por la tercera vez. Por la mañana siguiente, el viento habiendo mudado, la escuadra siguió á los navíos el *Cipion* y el *Patriota* de 74. Se pasó el canalizo y las tripulaciones

de la marina desembarcaron, bajo las órdenes del general Humbert, sobre el suelo ardiente del Cabo. La reunion se efectuó con el general Leclerc en el alto Cabo. De ochocientas casas, apenas sesenta se salvaron del incendio; todos los almacenes habiendo sido quemados, hubo que sacar las provisiones de la marina para sustentar al ejército. Así principió esta fatal expedicion.

En vano el gobierno frances proclamó en Santo Domingo los principios de la libertad; la inmensidad del armamento manifestaba demasiado cual era el fin de la expedicion. Parecia que los negros conocian las instrucciones del capitán general. Las últimas disposiciones prescribian al general Leclerc el restablecimiento de la esclavitud en Santo Domingo; pero la ejecucion de esta orden era difícil, no solo con motivo de la resistencia de los negros, sino tambien en razon de las opiniones que reinaban en el ejército frances. En efecto, jamas hubo ejército mas republicano, y víctima de una causa mas opuesta á sus propias ideas.

Entretanto, el general Kerversau se apoderó con mucha facilidad de la parte española y de la ciudad de Santo Domingo. Pablo Lou-

verture, hermano de Toussaint, que mandaba, ofreció someterse despues de un simulacro de resistencia. El general Claparede ocupó asimismo Santiago, evacuado por el mulato Clervaux. El fuerte Delfin opuso una vigorosa resistencia y se rindió al general Rochambeau despues de un asalto. Se hallaron ciento y cincuenta cañones en el fuerte. El general Brunet, que mandaba la vanguardia, tuvo que apoderarse á viva fuerza de los fuertes del Ausa y de la Bougue. El general Humbert atacó el puerto de la Paz, pero el general negro Maurepas, no pudiendo resistir, le pegó fuego, y atrincherado en una fuerte posicion, rechazó á Humbert, que no pudo reunirse con el general Boudet en las Gonaivas. El fuerte San Nicolas se rindió al presentarse una fragata. El 5 de febrero, el almirante Latouche, cuya escuadra llevaba la division Boudet, apareció en vista del puerto del Príncipe, cuyo comandante era un blanco, llamado el general Agé, que acogió muy bien al oficial que llevaba una carta del general Boudet; pero la guarnicion se sublevó; detuvo al edecan de Boudet, depuso á todos los empleados franceses y despachó un oficial al negro Dessalines,

gefe militar de la parte del Oeste en San Marcos, para consultarle. Este se dió prisa en declarar que si la escuadra francesa entraba en el puerto, la ciudad del puerto del Príncipe seria quemada y los blancos degollados. En consecuencia, el 6, el general Boudet desembarcó, mientras que el almirante Latouche amenazaba con sus navíos á la playa y al fuerte Bizoton que cubria la ciudad. Pero, por un favor inesperado de la fortuna, este fuerte importante que obedecia al mulato Bardet se sometió con su guarnicion, sin resistencia. El general Boudet se dirigió con rapidez sobre la ciudad para preservarla del incendio. Al mismo tiempo la escuadra penetró en el puerto. Se intimó la rendicion á la guarnicion; pero contestó con un fuego muy vivo y la escuadra canoneó la plaza en donde nuestros granaderos entraron atropelladamente. Se armó un combate reñido en las calles; en fin nuestros valientes soldados se apoderaron del fuerte de San José y á las siete de la tarde fuimos dueños del puerto del Príncipe. Dessalines se estaba preparando á salir de San Marcos, con todos los blancos, para defender el puerto del Príncipe, cuando supo la victoria de Boudet;

mandó quemar á San Marcos, degollar á los blancos, y se retiró sobre la villa del pequeño Rio, por las Verretas, y por el Artibonite, quemando y degollando á troche y moche.

La conquista del Oeste fue precursora de la conquista del Sur. El negro Laplume, que mandaba en las Cayas, se puso con sus tropas bajo las órdenes del general Boudet. El negro Domage siguió este ejemplo en Jeremias. En el espacio de diez dias, el ejército de expedicion, que ocupaba en el Norte la ciudad del Cabo, el fuerte Delfin y el fuerte San Nicolas, ocupó tambien la parte española, el Sur y el Oeste de Santo Domingo. Solo quedaba que alcanzar á Toussaint-Louverture, á Dessalines, á Cristofe y á Maurepas, que ocupaban las posiciones del interior y cortaban las comunicaciones del Norte con el Oeste.

El general Leclerc, antes de marchar contra Toussaint, le despachó sus dos hijos con una carta del primer cónsul que le nombraba teniente del capitan general. Los acompañaba Couanon, principal del colegio en donde el gobierno los habia hecho educar en Paris. Toussaint vió á sus hijos, les dió un abrazo y les encargó decir al general en gefe que le

pedia un término para resolverse. Los hijos volvieron con la respuesta del general Leclerc que concedía á su padre cuatro días, al cabo de los cuales, no volviendo á parecer á su cuartel general, Leclerc declaró rebelde á este enemigo encubierto, que solo aguardaba una ocasion favorable para declararse. Pocos dias despues, del 12 al 15 de febrero, llegaron las escuadras de Tolon y de Cadiz, y desembarcaron en el Cabo unos tres mil y ochocientos hombres, y el 27, Leclerc empezó las hostilidades á la cabeza de trece mil hombres. Todas las divisiones se pusieron en movimiento. El general en gefe salió del Cabo con la division Hardy; el general Rochambeau del fuerte Delfin; el general Desfourneaux del Linbé, y el general Debelle del puerto de la Paz. Las posiciones, reputadas inexpugnables, del Dondon, de Marmelade, del Barranco, de las Culebras y del distrito de Ennery, residencia acostumbrada de Toussaint, fueron tomadas al instante por las tropas francesas y el teatro de la guerra se trasladó al Oeste. Maurepas, viéndose apretado por todas partes, se reunió al general Debelle. El 24, el cuartel general se hallaba en las Gonaivas, desde donde el

general en gefe se embarcó para el puerto del Príncipe, con el fin de ir á arreglar con Boudet los asuntos políticos generales que habian quedado suspendidos, desde que aquella ciudad habia sido tomada por este general.

En los primeros dias de marzo, así como durante toda esta terrible campaña, el ejército caminó enmedio de los incendios ejecutados por el feroz Dessalines. Este monstruo fue perseguido, sobre el mismo teatro de sus crueldades, hasta el fuerte y los bosques de la Crete-à-Pierrot. El general en gefe, luego que supo el estado de las cosas, salió del puerto del Príncipe con la escolta poco numerosa que le habia seguido desde las Gonaivas, y vino á reunirse con la division del general Boudet. El 3 de marzo, esta division se apoderó del puesto atrincherado de Trianon, y llegó á las villas de Mirabalais y de Verretas, al momento en que Dessalines acababa de hacer degollar á todos los blancos en número de mil y doscientos. En llegando á Verretas, el general en gefe mandó atacar una segunda vez la Crete-à-Pierrot, en donde Dessalines habia reunido los restos y la reserva del ejército negro. El general mutilado, Lamartiniere, mandaba allí. El salto, á pe-

sar del fuego terrible de las plazas, se ejecutó por las divisiones Boudet y Dugua, bajo las órdenes del general en gefe. Los dos generales fueron heridos. El ejército perdió seiscientos hombres, y se rechazó á los negros hasta dentro de sus trincheras. Pero el fuerte no podia ser tomado sin artillería. Entonces el general en gefe trasladó su cuartel general á San Marcos, ínterin llegase la artillería y las divisiones Hardy y Rochambeau. El 21 de marzo, estos generales llegaron á la Artibonita enfrente de la Crete-à-Pierrot. Dessalines se habia marchado la misma noche, y, viéndose cortado por el general Hardy, se retiró hácia los altos Mornos. En cuanto á Rochambeau, despues de haber batido á Toussaint en el barranco de las Culebras, volvió á derrotarle completamente sobre la sierra del Caos que tenia que atravesar para entrar en el Mirabalais. El mismo día, 21 de marzo, la artillería se halló reunida, y el 23, las divisiones Rochambeau, Hardy y Boudet atacaron simultáneamente. El gefe de batallon Bourke, edecan del general en gefe, mandaba la reserva. Este oficial tenia bajo sus órdenes al gefe de brigada Petion con la 13ª media brigada colonial.

Este mismo Petion, cuyos servicios y talentos le hicieron mas tarde presidente de Santo Domingo, tuvo el honor de fundar la república de Haïti. Pero los negros, sitiados por todas partes, evacuaron silenciosamente el fuerte, durante la noche del 24 al 25. Se hallaron quince cañones, dos mil fusiles y muchos muertos. El mismo día el fuerte fue arrasado y desarmado.

Los negros no tenian ya ninguna posicion para continuar la guerra en la parte del Oeste. El general en gefe volvió al puerto del Príncipe para organizar la administracion. La division Boudet, que iba adelante, batió de paso al general negro Belair. Rochambeau marchó sobre las Gonaivas para establecer las comunicaciones con Placencia, y Hardy se dirigió sobre el Cabo, cuya guarnicion, demasiado débil, resistia con dificultad á los ataques continuos de Cristofe. Hardy tuvo que apoderarse á viva fuerza de las posiciones del Dondon y de Marmelade, y llegó al Cabo despues de muchos combates. La division batava de nuestra escuadra llegó el 5 de abril con dos mil y quinientos hombres. Hardy quiso con este refuerzo volver á tomar el Dondon sobre

Cristofe , que tenia concentradas todas sus fuerzas en aquel punto ; pero hubo de dejar la empresa por no derramar inutilmente la sangre europea , que se hacia de dia en dia mas preciosa. A mediados de abril , el general Leclerc volvió al Cabo. El general Rochambeau reemplazó en el Oeste al general Boudet , que habia ido á las islas de Barlovento. Cristofe y Dessalines, decididos por fin por el ejemplo de los generales Pablo Louverture , Clervaux , Maurepas y Laplume que habian conservado sus graduaciones y sus sueldos , ó sea por el terror que infundian las armas francesas , y acaso por las instrucciones secretas de Toussaint , presentaron su sumision. Poco despues , y como si fuese el resultado de una maniobra política , Toussaint su gefe , conformándose con la voluntad del general Leclerc , vino á entregarse en el mismo Cabo con su estado mayor y su compañía de guias , hombres elegidos y á toda prueba que se mantuvieron fieles á su gefe hasta el último momento.

Despues de una larga conferencia secreta en la que Toussaint se ciñó á negar todo cuanto le reprochó Leclerc sobre su rebelion , este

último le ofreció servir en el ejército frances , como uno de sus tenientes , en clase de general de division. Pero Toussaint reusó tanto por cálculo como por orgullo. Pidió licencia para retirarse á la hacienda de Ennery que le servia de dotacion , lo que se le concedió ; pero los generales Brunet y Touvenot quedaron encargados de celar su conducta.

De manera que , en el espacio de cincuenta dias , Leclerc dió fin á una guerra de exterminio y triunfó de la fuerza y de la astucia de sus enemigos , así como de los obstáculos de la naturaleza ; pero estaba destinado á mayores desgracias. La cruel enfermedad de aquellos climas y las traiciones acabaron con su vida , y al cabo nos echaron de Santo Domingo. El terrible desastre de Moscou pudo solo compararse al que aniquiló á uno de los mas gloriosos ejércitos de la Francia.

Despues de la pacificacion , el general Leclerc procuró y logró conservar sus resultados con la confianza que inspiró á los generales negros. Se hizo cargo de que sin ellos no podia salir bien con su empresa y que su intervencion le era necesaria para desarmar á los negros y reducirlos mañosamente á los ofi-

cios de la agricultura. Pero al paso que tenia que conformarse con esta necesidad, le era forzoso manifestar cierta franqueza en su trato con estos hombres temibles, por no despertar la desconfianza natural de la casta negra. El suceso fue mayor que las esperanzas. Cristofe, Clervaux, Dessalines y Maurepas dieron repetidas pruebas de su celo para llenar los deseos del general en jefe. Lograron reunir un ejército de negros; treinta mil fusiles se recogieron en el departamento del Norte y se almacenaron en la ciudad del Cabo. El general en jefe tuvo que contener el celo de estos generales, cuyo carácter feroz se desplegaba contra los mismos negros que se negaban á entregar sus armas. Si, como se pudo creer por los resultados, esta crueldad para con su propia casta dimanaba de un cálculo de disimulación, ¿qué idea tan triste se puede formar de la miserable situación en que se hallaba el general Leclerc! La misma sabiduría de las medidas, tomadas para establecer de repente la concordia en lugar de la destrucción, contribuyó inevitablemente á abrir la sima que iba á sumergir al ejército de expedición. Para llenar los vacíos, causados por la guerra y las

enfermedades, se hizo preciso admitir en las filas á una porción de negros propensos á la indisciplina y al robo; este inconveniente no tenia remedio. Entretanto, la organización civil adelantaba con la misma rapidez que la militar. Por una feliz inspiración, el general en jefe que habia salido de Francia con la corta cantidad de trescientos mil francos, cuya mayor porción pertenecía á la marina, reconoció las ventajas de los reglamentos establecidos por Toussaint-Louverture. En consecuencia mantuvo los contratos de renta de las heredades vacantes que nunca fueron enagenadas, así como la ordenanza de media esclavitud de los labradores á quienes se concedia la quinta parte de los frutos, y abrió los puertos de la colonia á todos los pabellones sin preferencia. En poco tiempo la ciudad del Cabo, y las demas que habian sido quemadas salieron de sus ruinas. Muchos colonos volvieron; los puertos se llenaron de buques de comercio, franceses y extranjeros, y los derechos de entrada y de salida de los géneros, junto con las cantidades que producian las tierras arrendadas, aseguraron los servicios de la administración y del ejército. Unas letras giradas con la aprobación del gobierno

frances, sirvieron para pagar á los comerciantes los suministros que hicieron á los hospitales y para las demas urgencias de la colonia. Los Americanos se distinguieron por la actividad de sus transportes de toda clase y por el mas honrado desinterés. Ninguno de ellos, ni el gobierno de la colonia, sospecharon entonces que las letras giradas y recibidas para atender á las urgencias de la Isla y de los soldados, no serian admitidas por el gobierno frances, y que una bancarota vergonzosa serviria de pago á una confianza tan generosa. El general Leclerc, que no podia preveer tanta mala fe, logró, por medio de estos auxilios, y despues de la campaña la mas brillante, los mas hermosos resultados de pacificacion civil; la abundancia y la seguridad. Para asegurar la duracion de estos beneficios, formó un consejo de notables, elegidos entre las tres castas de habitantes, para interesarlas á la conservacion del órden establecido, y dió una nueva consistencia á los empleados elegidos por Toussaint, confirmándolos en sus empleos.

Pero por una casualidad fatal, el 7 de mayo, que habia sido el dia de la sumision de Toussaint-Louverture, desembarcaron en Guada-

lupe tres mil y quinientos hombres. A últimos del año anterior, el mulato Pelayo habia proclamado la independencia de la isla de Guadalupe, echando al capitan general Lacrosse á quien embarcó sobre un navío neutral. Luego los negros se apoderaron de la revolucion de Pelayo, y el general Richepanse, cuyo valor se habia ilustrado tanto en Hohenlinden, vino al socorro de Pelayo, que habia vuelto á la obediencia de la madre Patria. Despues de haber acabado con los rebeldes, Richepanse cayó víctima de la terrible enfermedad periódica aguardada silenciosamente por los negros de Santo Domingo, que dejaron percibir una fermentacion sorda en los talleres y en los batallones coloniales. Desde aquel momento, cesó la entrega de las armas que se ocultaron con mas cuidado que nunca. Con la fiebre amarilla, aparecieron sobre los Mornos partidas de insurgentes llamados negros cimarrones. El temible auxiliar de la independencia del suelo de Haïti, del modo primitivo que le concibieron Toussaint y Juan Francisco, es á decir, un imperio negro sin mezcla, arrebató con una rapidez espantosa al valiente ejército cuyos cuarteles se mudaron en hospitales,

teatro continuo de muerte. El general en gefe habia ido con su muger y su hijo, para respirar un aire mas puro, á la isla de la Tortuga, donde habia mandado establecer un hospital de convalecientes. Volvió al Cabo á principios de junio, llevado de un extremado celo, al momento en que la enfermedad estaba en su mayor fuerza, para asistir á la abertura de una junta formada para servir de consejo central y consultativo de los intereses, de los recursos y de las necesidades de la colonia.

Pocos dias despues, se notó cierta agitacion alrededor de la villa de Ennery, en donde residia Toussaint, mientras que una insurreccion abierta reunia un gran número de negros sobre los Mornos, llamados el Monte Negro. Toussaint, en vez de ir en persona á apaciguar estos movimientos, segun lo habia ofrecido al general en gefe, se contentó con armar, bajo el pretexto de su propia seguridad, á una partida de negros labradores, que los Franceses tuvieron por conveniente arrestar. Luego se supo que Toussaint, alegrándose de la fiebre amarilla, repetia incesantemente: Cuento con LA PROVIDENCIA, así se llamaba el hospital mayor del Cabo. En fin algunas de

sus cartas interceptadas no dejaron dudar de su conivencia con los insurgentes, y el general Leclerc mandó prenderle. El general Brunet, habiendo escrito á Toussaint para que viniese á las Gonaivas, éste se conformó para evitar las sospechas, y cayó en la trampa que él mismo habia preparado. Inmediatamente fue puesto á bordo de un navío y enviado á Francia, donde murió dos años despues en el fuerte de Joux, donde habia sido encerrado. Se ha reprochado al general Leclerc el arresto de Toussaint; pero mas racional hubiera sido reprochar al gobierno la expedicion contra Toussaint. La situacion en que se hallaba el capitan general, y sus deberes para con la metrópoli y su ejército, le obligaron á obrar como lo hizo. Toussaint, negándose á unirse á nuestras tropas, se habia hecho temible, y no cabe duda que si se le hubiese dejado tiempo para salir de la inercia en que se mantenía con premeditacion, la casta blanca y la autoridad francesa hubieran perecido en Santo Domingo. Jamas hubo gefe, encargado á la vez del poder civil y del poder militar, que se hubiese visto en un compromiso mas fatal. Por otra parte, el general en gefe se conformó con sus instrucciones. En

fin, el efecto que produjo sobre los negros la determinacion de Leclerc, relativamente á Toussaint, que hasta entonces dirigia á su alvedrío, y con unos medios invisibles, las sumisiones ó las insurrecciones, justificó pronto las medidas de salud pública impuestas por la política y por la necesidad.

Carlos Belair, sobrino de Toussaint, habia vuelto á levantar el estandarte de la rebelion, que no tardó en tomar un carácter de mayor gravedad, aunque encubierta todavia con esta prudencia, de la que los negros suelen no apartarse nunca. Los generales negros, que seguian todavía bajo nuestras banderas, llevaron la perfidia hasta el punto de matar con su propia mano á los negros, cuya insurreccion estaban fomentando debajo de mano. Conforme á este sistema infernal, Dessalines, habiendo mandado arrestar á Belair, le hizo sentenciar á muerte por una comision militar, presidida por el mulato Clervaux, que pocos dias despues siguió el ejémplo de Belair. De manera que no solamente la sumision de los negros, pero su obediencia y hasta su fidelidad, tenian un caracter espantoso, cuya duracion no podia calcularse. Una inquietud ex-

traordinaria tenia suspenso al general en gefe; una circunstancia prevista, pero al mismo tiempo inevitable, se la quitó.

A fines de junio, llegaron cartas de Guadalupe, que anunciaron la llegada á aquella isla del general Richepanse, la derrota de los negros, la expulsion de éstos y de los mulatos del ejército frances, la vuelta del capitán general Lacrosse y el restablecimiento de la esclavitud. Esta noticia, esparcida de repente entre los negros del Cabo, les dió una convulsion eléctrica. La casta negra y la mezclada de Santo Domingo tenian derecho de manifestar publicamente su desconfianza, y lo que acababa de pasar en la isla de Guadalupe legitimaba la insurreccion de los Mornos. El gobierno habia publicado, en el mes de noviembre de 1800, la declaracion de que, *en Santo Domingo y en la isla de Guadalupe no habia esclavos. Todos están y quedarán libres.* Apenas se supo el modo cruel con que se habia desmentido esta promesa solemne, en Guadalupe, una conspiracion general se extendió sobre la colonia entera. Bastantes cuidados tenia el gobierno colonial, viendo diezmar diariamente por las enfermedades lo que quedaba

del ejército blanco. La rebelion de los Mornos y la traicion próxima de las tropas negras, presentaban al capitan general una combinacion de peligros, contra los cuales el valor frances no podia luchar por mucho tiempo. La invasion de tantos males y su profunda impresion sobre el ejército formaban un terrible contraste con el júbilo de la Francia producido por la paz de Amiens. En fin, el general en gefe, hallándose acometido por tantas calamidades, se vió precisado, para conservar su honor y su seguridad, á rasgar el primero el pacto de confianza hecho con los negros. ¿Cómo se habia de aguantar por mas tiempo ver á nuestros batallones, medio destruidos por la fiebre amarilla, enmedio de los batallones siempre completos de los negros mas temibles que nunca? Leclerc se dió prisa en desarmar en sus cuarteles á los negros del Cabo y previno así uno de los muchos peligros que le estaban amenazando, pues el 12 de septiembre, Clervaux y Petion, que mandaban en el alto Cabo, se pasaron á los insurgentes con tres regimientos, y el 16, atacaron al Cabo frances. Una de nuestras avanzadas no pudo resistir á un ataque tan imprevisto y tan im-

tuoso; pero el general en gefe acudió con quinientos hombres y mil hombres de casta mezclada y rechazó á los insurgentes á quienes fueron á reunirse, el dia siguiente, Cristofe y Pablo Louverture. Desde luego quedó declarada una guerra de esterminio entre las dos castas; pero cuan diferentes eran las fuerzas. La poblacion negra constaba de cuatrocientas á quinientas mil personas, y el ejército apenas contaba ocho mil soldados, en estado de llevar las armas, en todas las plazas de la colonia. La guardia nacional del Cabo prestó los mismos servicios que la tropa de línea y se hizo acreedora á las armas de honor que la dió el general en gefe. Se hizo preciso concentrar las tropas que sobrevivieron á la fiebre amarilla. El general Leclerc llamó al Cabo á la guarnicion del fuerte Delfin y del puerto de la Paz; la de las Gonaivas se retiró al puerto del Príncipe, despues de haberse defendido contra Dessalines que dirigia la insurreccion en el Oeste.

Pero otra desgracia amenazaba al ejército de expedicion y á los habitantes de Santo Domingo. El general Leclerc murió en la noche del 1º al 2 de noviembre. Esta muerte, atendido el estado desesperado en que se hallaba

la colonia, fue un desastre político. Ningun recuerdo, ningun empeño quedaba ya que ligase á uno solo de los individuos de la casta negra con la metropoli, y nos hallabámos enfrente de una poblacion poderosa animada por la mayor exaltacion.

M. Daure, ordenador en gefe de la colonia, que, desde la muerte de Benezech, hacia las veces de prefecto colonial, ejercia interinamente los poderes de capitan general hasta la llegada del general Rochambeau, que se hallaba á la sazón en el puerto del Príncipe. El general negro Laplume, que mandaba en la parte del Sur, fue el solo entre los de su casta que no faltó á su juramento. El mulato Lamartiniere, el mismo que defendió con tanto valor contra nosotros el puesto de la Crete-à-Pierrot, se mantuvo asimismo fiel á la bandera francesa y pereció á manos de sus soldados, por haber querido impedir que se reuniesen á los insurgentes.

El ejército, en el espacio de nueve meses, habia perdido el general en gefe y doce oficiales superiores, entre ellos los generales de division Dugua, Hardy y Debelle: los generales de brigada Pambour, Tholosé, San Martin, Ledoyen, Dampierre, Desplanges, Meyer,

Wonderweit, Jablonowsky; mil y quinientos oficiales, setecientos y cincuenta médicos ó cirujanos, veinte y cinco mil soldados, ocho mil marineros, dos mil empleados civiles y tres mil blancos venidos de Francia. De esta multitud de víctimas, cinco mil solamente perecieron por los lances de la guerra; la fiebre amarilla arrebató á todos los otros. Cuando murió el general Leclerc, quedaban unos nueve mil y quinientos hombres, y de éstos, siete mil estaban en los hospitales. La totalidad de las tropas, desembarcadas en Santo Domingo hasta aquella época, ascendia á treinta y cuatro mil hombres. Los estados del ejército que fueron traídos á Francia eran unos verdaderos registros funerales. Sobre cincuenta mil individuos de la casta blanca, que habian venido á Santo Domingo, sobrevivian entonces dos mil y quinientos válidos, y siete mil enfermos, cuyas dos terceras partes murieron. Las nueve décimas partes de la poblacion francesa perecieron en Santo Domingo. No hay ejemplar en la historia moderna de una destruccion tan grande en razon del tiempo y del número. En cuanto al número de colonos degollados por los negros, no puede calcularse!

El general Rochambeau, al tomar posesion del mando, tuvo que sostener un ataque de los insurgentes que se apoderaron de las montañas que rodean al Cabo; pero una bateria que mandó colocar sobre una habitacion situada en lo alto los hizo retroceder. Este suceso le inspiró la mala idea de seguir una marcha diferente de la de su antecesor: en lugar de concentrarse en el recinto del Cabo, cuya posicion era mas adecuada para una defensa militar, quiso apoderarse del fuerte Delfin, y del puerto de la Paz. El general Clausel fue encargado de la empresa que tuvo un feliz éxito. Leclerc se habia esmerado en tratar constantemente con distincion á la casta mulata, natural aliada nuestra, por los motivos de parentesco, de inteligencia, de valor y de odio á la casta negra. Rochambeau la persiguió. Varios valientes oficiales de este color, que formaba la mayoría en la parte del Sur, fueron proscriptos, entre ellos el comandante Bardet, que libertó á los blancos del puerto del Príncipe de una muerte segura, cuando entregó el fuerte Bizoton al general Boudet. Desde aquel momento, un lazo de venganza encarnizada unió á los negros y mulatos; estos últimos se

señalaron con las horrosas represalias que cometieron para vengar á sus gefes barbaramente inmolados.

Rochambeau, ademas de sus crueldades, cometió una falta de mucha gravedad. Trasladó el gobierno al puerto del Príncipe, y dejó el general Clausel con una corta guarnicion para defender el Cabo. Pronto un nuevo enemigo, temible apoyo de los negros, la Gran Bretaña, unió sus fuerzas á los rebeldes. El tratado de Amiens iba á ser quebrantado. Desde luego la insurreccion general, con los auxilios que recibió de los Ingleses en armas y municiones, dió una nueva actividad á sus operaciones ofensivas, de suerte que, en pocos dias, todos los puertos del Oeste y del Sur cayeron en manos de los insurgentes. El general Laplume se mantuvo fiel hasta el último momento; pero desde que los mulatos se hallaban proscriptos, los hombres de este color se juntaban en el Sur, bajo las órdenes de un nuevo gefe llamado Ferou, que combinó con los generales negros los medios de echar á los Franceses. El general Laplume, no pudiendo resistir á tantas fuerzas conjuradas, tuvo que refugiarse al puerto del Príncipe, y desde allí

salió para España, donde murió. Luego que el Sur quedó ocupado por el enemigo, las subsistencias faltaron enteramente en la ciudad y el hambre con todos sus horrores acabó de aniquilar á aquel infeliz pueblo del Oeste, el único punto en donde los Franceses se mantuviesen todavía, aunque en vísperas de verse atacados por los ejércitos reunidos de los negros y de los mulatos. Pero el general Rochambeau recibió de Francia la orden imperativa de volver al Cabo y de establecer allí el gobierno. Llegó á esa plaza, el 24 de junio de 1803, en donde se halló bloqueado por un crucero ingles, que igualmente cerraba los puertos del puerto del Príncipe y de las Cayas. Las guarniciones francesas, esparcidas sobre las costas del Sur y del Oeste, trataron con los Ingleses ó con los negros, y con preferencia con éstos que imponían condiciones menos duras. El general Lavalette, que se había quedado en el puerto del Príncipe para la evacuación, capituló con Dessalines; pero todos los navíos que habían servido de refugio á la población blanca de la ciudad, fueron saqueados por los Ingleses que violaban un convenio firmado por sus nuevos aliados. El general

Brunet entregó las Cayas á los Ingleses. San Marcos se rindió, y Jeremias fue abandonado por el general Frecinet. La metrópoli no poseía otros puntos que el Cabo y el Muelle, cuando, el 18, un ejército de diez y ocho mil hombres, sostenido por el bloqueo de una escuadra inglesa, puso el sitio al Cabo. Los notables de la ciudad suplicaron al general en jefe para que tratase con la escuadra; pero las proposiciones del Comodoro ingles fueron tan exageradas que Rochambeau prefirió entenderse con el bárbaro Dessalines..... Este le concedió diez dias para retirarse; entretanto se desvanecieron las esperanzas concebidas por Rochambeau de escapar de los Ingleses con el favor del mal tiempo, y se vió precisado, al cabo de los diez dias, á entregarse á la escuadra inglesa, con la inmensa cantidad de buques que llevaban todos cuantos habían sobrevivido del ejército y de los blancos.

Con todo, una acción brillante honró la retirada del desgraciado ejército frances. El general Noailles, antiguo individuo de la asamblea constituyente, mandaba en el Muelle San Nicolas; queriendo irse sin capitulación y evitar el negociar con los Ingleses, mandó embar-

car su guarnicion, y al paso del inmenso comboy del Cabo , se puso á la cola sin ser visto por el crucero enemigo. En llegando á corta distancia, dejó la escuadra con los siete navíos que le acompañaban y los condujo á un puerto de la isla de Cuba. Desde allí se dirigió, sobre un bergantin armado y guarnecido de tropas , á la Havana , donde esperaba encontrar al general Lavalette que acababa de perecer en la travesia de la Havana á Santo Domingo ; topó en el camino con una corbeta inglesa, de la que se apoderó; pero, habiendo sido herido gravemente en el combate, murió en la Havana , despues de haber conducido á aquel puerto á la corbeta inglesa, sobre la cual tremolaba el pabellon frances. Esta fué la última hazaña gloriosa en el gran naufragio de uno de los mas valientes ejércitos de la República.

